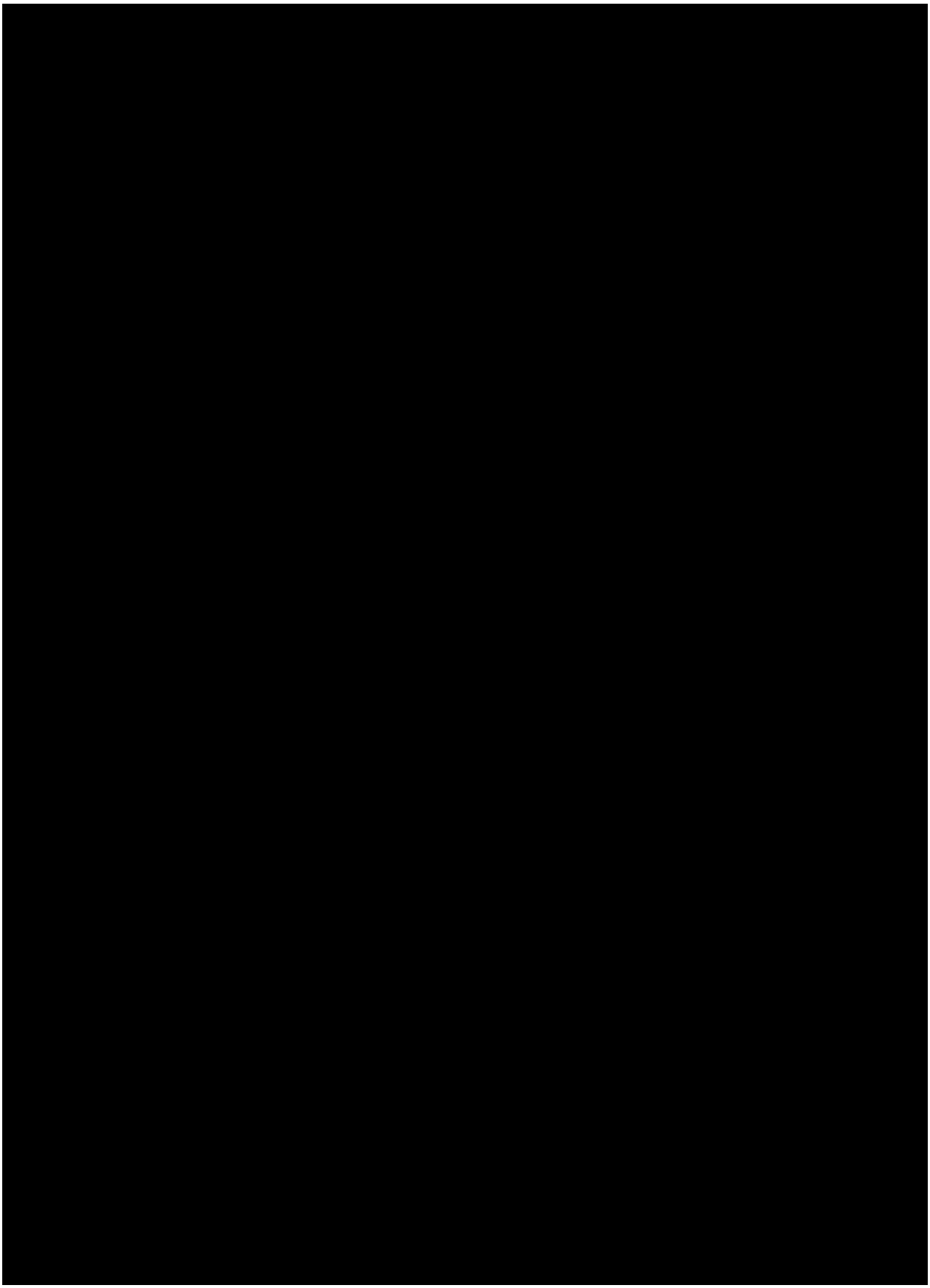

ANNIKA
BRUNKE
Triana 1899
de Papel
EDITORIAL



UNIÓN CONS

DE «ESPAÑA»

EL CRIMEN DE LA CLOACA

Octubre 1.°

Mas declaraciones

Han declarado ó declaran pronto según nuestras noticias, testigos de alguna importancia, que vendrán seguramente á aumentar los cargos que existen contra algunos de los procesados ó al menos á confirmar los que ya existen en el sumario.

No podemos hoy dar detalles, porque no queremos dificultar las gestiones del Juzgado. De las declaraciones de que nos hemos enterado faltan muchas cifras que comprobar y por lo mismo no podemos dar de ellas sino una ligera noticia. Otro día las detallaremos si nos es posible.

Se ha averiguado que el individuo llamado Cirilo, citado en su declaración por el testigo D. M. del Rosario no usaba nunca la «macana» canaria, ni instrumento alguno cortante, ni mucho menos armas. Pues bien, nuevos testigos han declarado que el tal Cirilo llevaba frecuentemente una «macana» colgada por una correa de la muñeca de las manos y que también, cual si fuese un bastón, la llevaba muchas veces, bajo el brazo. Estos testigos vienen á confirmar la verdad lo que se refiere a *Cirilo Food*, pues el vapor en que viajó venía consignado á la «Grand Canary» y todos los libros y registros de aquella fecha fueron destruidos por el fuego de principios de este año, No así el del *Capt. Proud*. Al oficio dirigido por el Juzgado á la Compañía de correos interinsulares, ha contestado D. Rosendo Ramos, según nuestras noticias que creemos exactas, manifestando que en efecto, en las listas del *Viera y Clavijo* del 6 de Febrero de 1899, figura el pasajero *Capt. Proud*, y como comprobación remite el billete de 1.ª clase expendido en Sta Cruz de Tenerife.

¿En este el nombre de la víctima del crimen de la cloaca?

Una declaración

Un testigo.—Ha declarado el testigo que [illegible]

∴

Existen también otras tres declar importantes y de ellas damos noticia tinuación.

Un testigo.—Conoció á un Cirilo, te de uno de los procesados con qu bló por cuestiones de intereses, e pendientes entre aquel y un herma declarante. Un día por dichas cue fué á la casa del Gonzalez y este le de mal modo amenasándole con un cana».

Al testigo se enseñó, según nuestr cias la «macana» encontrada en la let la casa de la rinconada y al parecer noció.

Otro testigo.—Era amigo del Faustina. Llamábase José Romero y le anunció su viaje á América, obsequ le con cerveza, según creemos. Le que con motivo de las quintas se iba sin pasaje, en uno de los vapores qu ban por este puerto. El testigo le ma que se exponía á que el capitán del le mandara á la barra.—¿Y mí? cont Romero. No va á la barra quien tien y enseñó una cartera con billetes de

¿Se averiguará el nombre?

Hace varios días, dijimos que Rosario Ruano, recuerda que el joven inglés á que hace referencia y que visitaba á los señores Stewart, se llamaba *Mr. Floux*, ó cosa parecida. El nombre lo tomamos nosotros al oido, y anoche, un colega había de lo mismo añadiendo que ese apellido es muy parecido á *Faulkes ó Flook*. Pero lo importante es lo que añade. En Enero de 1900, siete ú ocho meses después de cometido el crimen, se recibió un paquete postal dirigido á *L. G. Flouler, Hotel Metropole*, paquete que fué entregado, y esto nos extraña, á un mozo del citado hotel, por no encontrarse ya allí, la persona á quien iba dirigido,

También hemos dicho nosotros que Manuel Vera había de un inglés que cree se llamaba *Mr. Flook*, hospedado primero en el *Metropole* y más tarde en el *Hotel Europa*, inglés que desapareció de pronto y no volvió á ver.

¡El *Mr. Floux* de Rosario Ruano, será el *Mr Flooh* de Manuel Vera, y ambos el *Mr. Flouler* cuyo nombre aparecia escrito en el paquete postal, entregado á un sirviente del «Metropole».

A fin de dar cabida á una interesante información sobre *El crimen de la cloaca*, suspendemos por hoy la publicación del folletín.

La huelgas de carpintero de ribera de Las Palmas, se ha solucionado por haber aceptado los patronos la jornada de ocho horas diarias.

Recusado como Juez especial del Crimen de la Cloaca, como ya saben nuestros lectores, el dignísimo magistrado D. Alberto Ripoll, por el abogado de uno de los procesados D. José Romero, fué designado para aquel cargo el no menos digno Magistrado D. Mariano Cano, que ha sido también recusado por el mismo Sr. Romero Quevedo.

En su virtud, la Audiencia ha nombrado al magistrado D. Miguel Berriz.

¿Qué pasa?

¿Qué propósitos se persiguen?

Dia 4

El perro «Rafh»

Perteneció á la víctima de la cloaca: eso está demostrado plenamente y nadie, por lo mismo, lo pone en duda.

Pero ¿porqué siguió á la tartana que conducía á Teror á unos cuantos amigos de la familia de D. Juan Jimenez? ¿Porqué el perro abandonado y sin amo, no continuó vagando por los alrededores de la cloaca, donde se habia enterrado á la víctima del crimen?

Si el muerto fué el joven inglés que se hospedó en el «Hotel Europa», el amigo íntimo de José Romero, que con tanta frecuencia visitaba la tienda de bebidas de María Ramirez, podria preguntarse ¿la tartana que el dia 3 ó 4 de Junio de 1899, condujo á Teror á los amigos del Sr. Jimenez, era la de José Romero?



ojos humanos.

Así se hizo y en aquella cañería se rrojó el perro olfateando y dando ullidos lastimeros; y como animal ue lleva rastro, salió fuera, recorrió los alrededores de la cloaca, lió delante de las casas de D. José Caballero, donde hace algún tiempo e notaron regueros de sangre, demostrando temor y miedo al llegar al itio de la calle de Domingo J. Navaro, conocido por *La Pianada*, cuyo ugar se encuentra hoy cubierto de scombros y que hace más de un ño estaba lleno de cajones vacios.

El perro ha sido fotografiado para emitir el retrato á las autoridades de os pueblos de estas islas, como isimismo al Gobierno inglés, en averiguación de si el amo del animal ive y quién es, ó si en realidad el erro ha pertenecido á la víctima del rimen misterioso que se supone conectido en la calle de Triana de Las almas.

SUCESOS

A la una de la mañana del sábado, hubo en Las Palmas un conato de incendio en el almacén de la casa que en la calle de Viera y Clavijo posee D. Lorenzo Jiménez.

El fuego fué sofocado á los pocos momentos.

∴

Se ha dictado auto de libertad provisional, por el Juez especial del sumario del *Crimen de la cloaca*, á favor del sereno Pedro Alemán, de Juan Romero, y de los sirvientes de Victoriano Barreto, Carlos Quintana y la mujer llamada Dolores, presos desde el año anterior.

El Juez Sr. Peuichet estuvo con el doctor D. Luis Millares examinando el esqueleto de la víctima de la cloaca, que se halla en el Museo Canario.

Manuel Cabral.—De algo de lo dicho por este testigo tienen noticia nuestros lectores. El 31 de Mayo de 1899, al pasar por la calle de Triaca sorprendióle la abundante sangre que manchaba la acera frente á la casa de Grand Canary hasta la esquina de Mr. Gerber. Observó también la presencia de un perro ahullando sobre la cloaca, y además unas huellas de sangre que dejaban marcados sobre la acera unos pies desnudos. Dichas huellas partían de la esquina de Buenos Aires y trazaban una diagonal en la acera perdiéndose en el estadal ó borde, frente á la casa de los Sres. Caballero, como si aquel individuo hubiera pasado á la acera de enfrente. Haciendo estas observaciones y cálculos pasó junto á él un jóven que le dijo:—«¡No es nada, amiguito; borracheras; nada más que borracheras!» joven que dijo ser un tartanero, llamado José Romero, hijo de la procesada Faustina.

El testigo reconoció al perro *Rafh* como el perro de la cloaca.

Rosario Ruano.—Es la criada de Mrs. Stewart y de sus declaraciones tienen noticias nuestros lectores. De nuevo ha sido llamada ante el juzgado insistiendo en todo lo que tiene manifestado Reconoció el perro *Rafh* con el cual jugaba ella en el jardín de la casa de las Alcaravaneras mientras el joven inglés visitaba á sus amos. Añade que durante una temporada, al venir ella á la plaza en el tranvía de las 8, en el mismo tren regresaba, al parecer del baño porque le veía con una pequeña maleta y una toballa, el joven inglés quien bajaba frente al *Hotel Europa* entrando en dicha fonda. Según nuestras noticias esta testigo ha dado noticia del cocinero al que enseñó á hacer pudines. La Ruano habla también de valiosas anillos que lucía el inglés en los dedos.

También se ordenó, aunque sin resultado satisfactorio, que un guardia llevase el perro á todos los hoteles y fondas de Tafira, del Monte y de aquella población, con objeto de saber á quien pertenece ó ha pertenecido dicho animal; dándose el caso por demás raro, de que, de existir el dueño, no haya reclamado aquel cadrúpedo, cuyo valor se hace ascender de catorce á quince libras esterlinas. Solamente un comisionista que se encuentra en el hotel *Cuatro Naciones* y los empleados del *Metrópole*, dicen que recuerdan haber visto el perro hace año y medio, acompañado de un inglés.

—El cadáver de la cloaca—

CRIMEN MISTERIOSO

A lo menos, esto se deduce de lo que dice la prensa de Las Palmas al ocuparse del cadaver encontrado en la cloaca de la calle de San Telmo de dicha ciudad.

De este misterioso suceso dimos cuenta á los lectores de UNIÓN CONSERVADORA en la edición 243; en ella dijimos que los vecinos del sitio donde fueron descubiertos los restos humanos, hacían memoria de que en los primeros días de Junio

TRIANA 1899

TRIANA 1899

Annika Brunke

Título: Triana 1899

Copyright © 2026 Annika Brunke
Copyright © 2026 Editorial B de Papel

Las situaciones y personajes de esta novela han sido inspiradas en hechos reales, siendo la autora responsable de su contenido.

Diseño de cubierta: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Maquetación: Sara Rodríguez
Corrección: Lorena Pérez Regalado (@lorenapereztr)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1a edición, abril de 2026
Impreso en España
ISBN: 978-84-09-84815-7
Depósito Legal: TF 198-2026

A mi padre, Ingo Brunke, que me enseñó a mirar más allá de las diferencias.

NOTA DE LA AUTORA

Aún estás a tiempo. Si eres de los que se ofenden con facilidad, todavía tienes la opción de cerrar este libro y elegir una lectura más acorde a tu manera de pensar. Hazme caso, sé de lo que hablo. No te lo tomaré en cuenta. Quizá nos volvamos a encontrar en el camino, más adelante...

Si pese a la advertencia has decidido continuar y leer Triana 1899, acepta una sugerencia: afronta la historia con la mente abierta. No con el pensamiento actual, ni siquiera con el que crees que predominaba entonces, sino desde una perspectiva alternativa. Adentrarse en otra época requiere imaginación. Uno ha de percibirse en las calles, en la sociedad, metido de lleno en los aspectos de otra era, pero también debe mirar con los ojos de los protagonistas y su sistema particular de creencias.

Los hechos dicen que el 30 de mayo de 1899 se produjo un crimen en la rinconada de las calles Buenos Aires y Mayor de Triana. Un crimen que sumió a la población de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en estupefacción y miedo. Pese a los cuatro años de investigaciones, encarcelamientos y presión mediática, jamás se averiguó la identidad del fallecido ni el motivo real del llamado «Crimen de la Cloaca».

La obra plantea una hipótesis, una alternativa a lo que pudo haber pasado y está escrita para reflejar una realidad callada. Una ciudad con sus luces y sus sombras, donde la homosexualidad no existía a ojos de los demás, donde el secretismo transitaba en buena parte de la historia. Esta novela no trata de la norma, sino de un grupo de hombres que representaban la excepción, aquellos sin mayor opción que silenciar sus afectos.

Sed bienvenidos, esto es Triana 1899.

BASADO EN HECHOS REALES

«Cuando uno está rodeado de tinieblas, la única alternativa es permanecer inmóvil hasta que tus ojos se acostumbren a la oscuridad». –HARUKI MURAKAMI

PREFACIO

Romero sostenía ambas armas en las manos, preparado para lanzar un ataque en cualquier momento. A su derecha, la macana; a su izquierda, un cuchillo estrecho, largo y afilado que había robado a un carnicero de La Isleta. Respiraba con la dificultad que solo puede explicarse en una situación de profundo miedo. Las pupilas dilatadas y expectantes, el cuerpo tenso, y el cerebro analizando la oscuridad frente a él. Aguardó unos minutos más en silencio, con el silbido que le provocaba su hábito de fumar demasiada mistura como única música ambiental. No los oyó acercarse, no percibió ni un solo movimiento entre la negrura de la habitación cerrada a cal y canto, pero sabía que estaban allí, aguardando el instante exacto para acabar con él.

CAPÍTULO 1

Ciudad de Las Palmas, 25 de febrero de 1909

Pocas cosas alteraban la calma de Ingo Müller. Jamás había sido presa de sus emociones en sus treinta años, sino que se guardaba mucho de mostrarlas abiertamente. Vestía de forma impecable con traje oscuro, camisa blanca y corbata, el pelo atusado con fijador y una barba recortada que hacía cuidar por un barbero de Vegueta una vez a la semana. Se esforzaba mucho en mantener una apariencia acorde a su puesto: recta y cotidiana a un mismo tiempo. Como si se uniformara por necesidad hasta vestido de calle. Analizó su tez olivácea frente al espejo del dormitorio, y ajustó el pañuelo blanco que decoraba el bolsillo frontal de su chaqueta antes de salir.

Aquel no resultaría un día como otro cualquiera. Había empezado muy pronto, antes del alba, con la visita de un guardia del Cuerpo de Seguridad y una notificación escrita. Habían hallado un nuevo cadáver, esta vez en la zona del puerto. Las ratas que invadían la vivienda del finado habían dado buena cuenta de su cuerpo, que se mostraba a medio roer. Si solo se hubieran contentado con la comprobación inicial, quizá se hubiera concluido que los roedores eran los culpables de aquella desgracia, pero a Juan Miranda, el muerto, le habían cortado la lengua de un tajo.

Müller caminó entre el ajetreo de pescadores del Puerto de la Luz, tras un breve viaje en tranvía, e hizo un gesto con la cabeza al guardia apostado en el exterior de la casucha antes de traspasar el umbral.

—¡Carajo, alemán! No sé cómo se las arregla para llegar siempre hecho un pincel. Yo todavía estoy medio dormido —bromeó Ramos.

Dos de los tres hombres presentes a su llegada sonrieron con sorna antes de continuar analizando la escena. El tercero, en cambio, parecía más interesado en descifrar el motivo del apelativo, ya que, a simple vista, el recién llegado no tenía ni un solo rasgo germánico en su fisonomía.

Müller le sostuvo la mirada y frunció el ceño por pura inercia antes de preguntar.

—Usted es...

—Agente Rubio, señor —respondió el joven.

—Un pipiolo de escuela —añadió uno de los veteranos—. Eso cree el comisario que necesitamos, alemán, sangre nueva. Pero ya le digo yo que, visto el percal, van a hacer falta algo más que cuatro reglas de esas modernas que les enseñan en Madrid.

Müller desoyó el comentario de Ramos y se inclinó sobre el cuerpo hinchado y redondo de Juan Miranda. Había caído muerto sobre el suelo repleto de mondas de naranja que, con el transcurso de los días, habían comenzado a pudrirse y cubrían el ambiente con un ligero matiz ácido. Juan vestía una camisilla blanca, además de unos calzones del mismo color, adornados con una mancha amarillenta en la entrepierna.

—Yo lo veo muy claro, Müller, a este viejo le dio un vahído y se quedó en el sitio. ¿No ve cómo está todo? Dicen los vecinos que de esta inmundicia ya ni salía. Estaba tan gordo que apenas se podía mover. La puerta tenía el cerrojo echado.

—Entrarían de alguna manera, Torres, ¿no le parece? —apuntó Ingo con ironía ante la poca profesionalidad de su equipo.

—¿Y quién dice que era más de uno?

—Las pisadas del suelo son de diferente tamaño —instruyó Rubio —. Además, tiene marcas en las muñecas, como si lo hubieran atado, y se ha orinado encima.

—Tenía miedo. —La conclusión de Ingo Müller hizo que ambos intercambiasen un nuevo gesto, como si compartiesen un cerebro que dirigía pensamientos en ambas direcciones y les permitiese argumentar sin pronunciar palabra—. Cortarle la lengua ha sido un aviso a navegantes. Alguien, en algún lugar de esta isla, debe de estar temiendo también por su vida.

CAPÍTULO 2

Puerto de la Luz, 25 de febrero de 1899

Cyril descendió del vapor Loanda por medio de una escalerilla apostada en uno de los laterales, y dio un pequeño brinco para sortear el espacio entre la estructura y el suelo del puerto. Aspiró el aire cálido a pesar de ser invierno. De seguro su madre estaría observando la lluvia incesante caer sobre Londres, con esa humedad grisácea que cubría siempre la ciudad en el mes de febrero. Él, en cambio, solo apreciaba alguna nube en el horizonte que amenazaba al sol con la boca chica, sin la menor intención de descargar una sola gota en el ambiente.

Se atusó el bigote con esmero antes de acercarse a la formación de cocheros uniformados que esperaban clientela, y silbó al aire llamando al *terrier* que curioseaba olisqueando todo a su paso. Se plantó delante del joven más apuesto de todos. No parecía gran cosa, no vestía impecable, ni siquiera demasiado pulcro. Su pelo lucía grasiento bajo la gorra marrón y el cuello de la camisa escondía parcialmente algo de roña acumulada. Era joven, quizá más joven que él, de complexión alta y desgarbada. Cyril sonrió con toda la amabilidad de la que era capaz con un extraño, y señaló a sus cuatro maletas que esperaban varios metros detrás.

El tartanero se quitó la gorra e inclinó la cabeza antes de volver a colocársela y correr a por el equipaje, que acarreó con rapidez de vuelta al vehículo. Colocó la carga en la trasera, afianzándola con una soga, y alzó su mano junto a Cyril para que este la utilizase de apoyo al subir a la tartana.

Apenas intercambiaron una o dos palabras esa primera vez. José conocía solo algunas en inglés, las suficientes como para desempeñar su oficio: «Dónde», «cuándo», «cuánto» y «gracias». Cyril, en cambio, llevaba meses practicando el castellano con un maestro que Paul había contratado para hacerle el capricho. Su acento británico evidenciaba su procedencia, pero podría desenvolverse en las primeras semanas, hasta que se habituase a escucharlo a diario y el resto de los conocimientos adquiridos

salieran con mayor naturalidad de su boca.

José detuvo el caballo al llegar al barrio de los hoteles y descendió de la tartana frente al Gran Hotel Metropole. Entregó las maletas al botones uniformado que aguardaba la llegada de los huéspedes al pie de la escalinata, y volvió a colocarse junto a la tartana con el brazo en alto para que Cyril se apoyase al descender.

En eso consistió su primer encuentro, en unos minutos aleatorios. Si Cyril se hubiera decantado por otro, las cosas hubieran resultado diferentes para los dos. Si José hubiera llegado tarde a la entrada de los vapores, se habría quedado sin cliente aquel día, y la vida hubiera seguido su curso como si nada hubiera ocurrido. Pero la suerte es caprichosa. Una bendición inicial puede tornarse sin demasiado ruido en toda una condena.

El tartanero recordó al inglés durante toda la jornada, le había dado una propina más que generosa, y el dinero en su casa escaseaba. Una propina como aquella, que triplicaba el coste del viaje desde el puerto, era difícil de olvidar. Consideró que regresaría en los días posteriores a la zona. Si la fortuna estaba de su lado, volvería a verlo y quizá llevarlo hacia algún otro lugar.

Cyril también lo tuvo presente el resto del día. Primero, mientras se deleitaba con un jerez en la terraza trasera del Metropole, mirando el mar, y escuchando el rumor de las olas que bañaban la Playa de Santa Catalina, y luego durante la cena tediosa y monótona en casa de los Stewart, sus anfitriones en la isla.

—¿Se ha llevado una grata impresión de la ciudad, señor Todd? Es algo salvaje y muy curiosa en sus costumbres, pero esta es una tierra maravillosa —aclaró Mary Stewart.

—Me temo que todavía no puedo hacerme una idea, señora. Necesitaré de algunos días para darle una opinión más franca —respondió con cortesía.

—Hay muy buenas familias aquí, algunos británicos, por supuesto, alemanes y hasta franceses. Se organizan bailes con regularidad. Estoy segura de que no le será difícil encontrar un entretenimiento más acorde a su edad. Nosotros le mostraremos el entorno, es lo menos que podemos hacer, ya que Lord Bradford nos lo ha confiado.

—Se lo agradezco, señora.

—Es tan considerado por parte de Paul haberse hecho cargo de su tutela. Siempre ha sido muy generoso —insistió ella.

—Querida, creo que el señor Todd estará cansado del viaje. Puede que incluso le estemos aburriendo —puntualizó John Stewart.

—Lo cierto es que sí estoy algo fatigado. Pero no quiero que piensen que no he disfrutado de esta maravillosa cena, todo lo contrario. El salmón estaba absolutamente exquisito.

—¡Cuánto le agradezco los halagos! Rosario, la doncella encargada de la cocina, tiene buena mano, pero es terca como una mula y cuesta mucho que siga mis indicaciones. Acompáñalo, ¿querrás, querido? Esta es una zona tranquila, pero hasta que conozca usted algo más del barrio podría perderse.

John Alexander Stewart se despidió de su mujer con un beso en la mejilla y cruzó la puerta de la casita de madera ubicada junto a la iglesia anglicana. El matrimonio había llegado a la isla dos años antes, con la esperanza de que la tisis que aquejaba la salud de John remitiese con el clima cálido de Gran Canaria. Dos años después, les parecía imposible volver a Gran Bretaña; amaban cada metro de playa y cada rayo de sol. Se sentían libres por primera vez en su vida y casi felices.

—Debería haberte encontrado en el puerto, lamento que hayas tenido que soportar el traqueteo de una tartana —dijo Stewart rompiendo el hielo.

—No seas tonto. Me ha encantado. Ya tendrás tiempo de lucir tu vehículo a motor cuando llegue Paul.

—¿Has hablado con él? ¿Lo sabe?

—¿Estás loco? ¿Qué se supone que debía decirle? —puntualizó Cyril, sacudiéndose la responsabilidad con otra pregunta.

John frenó en seco. Se divisaban algunas luces en las farolas apostadas en torno a los dos grandes hoteles de la Carretera del Puerto: el majestuoso Hotel Santa Catalina y su cercano adversario, el Metropole. No obstante, John y Cyril no habían caminado hacia el sur para acercarse a la ubicación de los edificios, sino que lo habían hecho hacia la derecha, donde solo había arena, palmeras y alguna casa baja habitada por pescadores.

John miró a ambos lados para comprobar que no había nadie en la

cercanía y besó a Cyril con urgencia.

—Te echaba de menos.

—No deberías arriesgarte así. Tu esposa podría habernos seguido.

John lanzó una carcajada al aire y le alborotó el pelo con alegría.

—¿Y aventurarse sola en la noche? No la conoces en absoluto. Y, por cierto, no hacía falta exagerar con respecto a la cena. La pobre Rosario no le hace caso porque Mary siempre ha sido negada en la cocina. A Rosario a veces la deja condimentar algún plato, pero no ha sido el caso del salmón, estaba excepcionalmente insulso. Insulso como mi vida hasta que tú has llegado. Ven, sigamos, ya estamos muy cerca.

Caminaron en silencio otros quince minutos más hasta llegar a una fachada de piedra. La puerta parecía nueva, pintada de verde oscuro, y un candil con una vela alumbraba la entrada. John golpeó tres veces y alguien descorrió el cerrojo al otro lado del umbral. No hubo palabras ni presentaciones, simplemente unas monedas depositadas en la mano del guardián de aquel lugar. Al otro lado solo había sombras. Cyril sintió cierta angustia al mirar hacia arriba y comprobar que la edificación carecía de tejado, solo quedaban en su sitio algunas tejas que impedían que la noche entrase a raudales en el amplio espacio interior.

Tampoco había palabras allí dentro. Solo gemidos ahogados, susurros y el olor a sexo. John olvidó los preámbulos, tiró de Cyril hasta apoyarlo sobre uno de los muros, se arrodilló frente a él, y lo engulló entero hasta que el joven solo se centró en el olor a salitre a lo lejos y en el rumor de las olas mitigado por el sonido de la lengua de John sobre él.

CAPÍTULO 3

Depósito Municipal de Cadáveres, 26 de febrero de 1909

Iván Rubio contuvo el aliento segundos antes de entrar en la sala de autopsias del depósito municipal. Lo había aprendido todo de las formalidades de una investigación, había incluso leído por su cuenta con respecto a las distintas fases por las que pasaba un cuerpo al morir, pero lo cierto era que no tenía apenas experiencia. Hinchó el pecho todo lo que pudo una última vez, y rezó en silencio para que no se notase que estaba a punto de vomitar. Delante de él, como primer oficial de la comitiva, el inspector Müller parecía relajado, a pesar de que su espalda se mantenía recta y los hombros aducían algo de tensión. Saludó al anciano que cortaba con una sierra de mano el cráneo de Juan Miranda, y se colocó justo delante de la estructura de loza blanca sobre la cual reposaba el cadáver.

Rubio continuó rezando. El hedor del cuerpo de Juan Miranda era intenso, y parecía colársele por cada poro de la piel hasta llegar a su cerebro, que amenazaba con ordenar una arcada. Sin embargo, lo más nauseabundo no era el olor de Juan, sino el de su compañero de la derecha: otro cadáver, aún más putrefacto e infinitamente más pestilente. De él apenas si quedaba nada, solo la envoltura. En una mesa contigua a la destinada a albergar el cuerpo, se repartían las entrañas en varias escudillas de latón. Las moscas rondaban sus manjares, preparadas para un festín monumental, y cuando una de ellas salió volando desde la montaña de masa intestinal del más pútrido de los dos cadáveres en dirección a Rubio, el joven corrió hacia el exterior de la sala para descargar su bilis sobre el suelo de azulejo blanco.

Avergonzado, echó mano al pañuelo que guardaba en su bolsillo y se limpió la boca antes de volver a entrar, optando por sostenerlo sobre las fosas nasales. Nada lo había preparado para el momento en el que el olor de su propio vómito le pareciera el perfume de la salvación. Müller, en cambio, se mostraba impasible. Giró la cabeza en dirección a Rubio durante una fracción de segundo, y continuó escuchando la explicación del doctor Millares.

—Es lo que le digo, inspector. A los dos los han matado de la misma manera. El trabajo no es muy fino, no. Profesional casi seguro, pero chapucero.

—¿Más de una persona, doctor? —cuestionó Müller.

—Sin duda. Al más gordo de los dos lo agarraron tan fuerte que hasta marcas de manos tiene sobre los hombros. Uno debió de sujetarlo, y el otro terminó el trabajo. Era un hombre corpulento y no se lo puso fácil, no. Por lo que veo, no han encontrado la lengua.

Rubio emitió una nueva arcada y Müller se dirigió a él con una mirada de reprobación. Los ojos fríos y llenos de indignación del inspector frenaron el gesto natural en seco.

—No, doctor, no la hemos encontrado. Tampoco los ojos del anterior.

—Curioso, ¿no le parece? ¿Para qué querría alguien una lengua y dos ojos? —preguntó el forense con extrañeza.

—Se estarán preparando para un baile de máscaras —bromeó Torres comenzando a reír de una manera que contagió a su compañero.

Si a Rubio le había parecido que Müller era estricto hasta entonces, descartó totalmente la idea al observar su expresión tras el comentario desafortunado del agente. El inspector no dijo nada, no hizo falta. Solo dirigió su gélida mirada hacia los dos veteranos, y estos se dieron media vuelta y salieron de la sala.

—¿Cree usted que podría tratarse de un demente, doctor? —continuó Ingo.

—Hombre, algo mal de la cabeza hay que estar para dedicarse a matar a la gente como oficio, pero esto no es Whitechapel, no sé si me explico. Quien o quienes lo hayan hecho no asesinan por divertimento. Ha sido más bien... ¿cómo lo diría?

—Una ejecución.

Las palabras salieron de la boca de Rubio sin darse cuenta, y tanto el forense como el inspector Müller miraron en su dirección, como si un objeto inanimado acabase de cobrar vida.

—¡Exacto, joven! A estos dos hombres les han partido el cuello. Y le aseguro que, a pesar de lo que se pueda pensar, no es nada fácil romperle el cuello a alguien. Requiere destreza y, sobre todo,

experiencia. Si tuviera que apostar diría que alguno de ellos ha trabajado con ganado. Un matarife, un pastor, quizá. Cuando el ganado enferma, a veces hay que remediar el sufrimiento de la manera más práctica y barata. Aunque si le soy sincero, me tiene fascinado que se hayan llevado piezas, la lengua y los ojos... no lo sé, no lo sé —repitió Millares para sí—. Entiendo que ustedes considerarán importante un dato tan llamativo.

Müller y Rubio atravesaron en silencio el pasillo que unía la sala de autopsias con el área principal médica. Pese a los llantos de los recién nacidos albergados al otro lado del patio, los lamentos de los moribundos y dolientes que ocupaban la zona más cercana a la salida, y el trajín incesante del personal, ninguno de los dos pudo abandonar la abstracción ni sacarse de encima la sensación de que aquellos crímenes tenían un significado concreto.

En el exterior del Hospital San Martín, el sol calentaba la calle pese a la hora. Como si hubiera decidido ponerse en pie mucho antes que otros días. Ramos y Torres debatían apoyados en la fachada del edificio fumando un pitillo. La encrucijada era la apuesta más rentable: Ramos opinaba que las carreras de canes, y Torres se decantaba por las peleas de gallos. No daban la impresión de estar preocupados por los recientes sucesos, como si dos cadáveres no fuesen nada del otro mundo, y solo al ver salir al inspector, con cara de pocos amigos, emprendieron ambos el camino calle abajo, de vuelta a las dependencias policiales en la zona más al sur del barrio de Vegueta.

—¿Su primera autopsia? —preguntó Müller al agente Rubio. Los veteranos habían apurado el paso y llevaban ventaja en la comitiva.

—Así es, inspector. Lamento haber vomitado. No volverá a ocurrir.

—Me temo que a veces es inevitable. Tenga —Ingo sacó un pañuelo pequeño del bolsillo derecho que lucía caro y almidonado—, ayuda si lo guarda usted impregnado en algo de perfume. Lléveselo a la nariz, hágame caso y se le pasará en un rato.

—Este puesto es muy importante para mí, inspector, no quiero que piense que no me lo tomo en serio.

—Esa apreciación suya...

Rubio frunció el ceño con extrañeza, aminoró la marcha sin llegar a

detenerse y quedó expectante a la espera de que Müller continuase.

—Sí, cuando ha dicho que se trataba de una ejecución —puntualizó Ingo.

—Lo siento, no pretendía...

—Todo lo contrario. Me alegro de que por fin envíen a alguien con un poco de formación. Alguien que pueda ver más allá, que pueda deducir y analizar. Usar la cabeza. No vamos sobrados de agentes con ese tipo de cualidades, me temo. Cuando lleguemos quiero que recabe toda la información que tengamos de los dos fallecidos. Me gustaría conocer su opinión.

A Rubio, Müller le pareció sincero, casi amigable, aunque no apreció en su boca ninguna sonrisa. Se mantenía serio, tenso y frío. A pesar de eso, mostraba un ápice de esperanza que Iván identificó como el anhelo de que alguien lo ayudase a resolver el caso. Él aspiró profundamente sobre la tela el perfume algo especiado de Ingo. Olía a cedro, a bergamota y a canela. Se le antojó un aroma inconfundible y propio, y durante todo el trayecto de regreso continuó oliendo aquel paño que lo llenaba de curiosidad.

CAPÍTULO 4

Barrio de los hoteles, 10 de marzo de 1899

«Queridísima madre,

Le escribo mientras espero la llegada del cochero que me llevará de ruta para continuar conociendo esta hermosa isla. Hoy ha organizado para mí una visita a Las Medianías, donde se elabora un vino muy importante y reconocido en toda España. Haré enviar algunas botellas para usted y los vecinos de nuestra calle. Estoy seguro de que quedarán encantados al probar un caldo tan delicado.

Es extraño, pero ya me siento parte de este lugar, con esa sensación que tengo a veces de que acabaré mis días en Gran Canaria. ¿Puede imaginarlo? Cuando sea un anciano y camine por la calle Mayor de Triana, y las señoras inclinen la cabeza con un saludo a mi paso, e incluso los caballeros se retiren el sombrero al verme. A mí me gusta pensar en ello, me hace considerar que aquí cualquier cosa es posible. Las gentes son variopintas y podría uno

pensar que poco civilizadas, pero resulta todo lo contrario. Allá donde voy me reciben con grandes sonrisas y los modales más cuidados. Incluso en este rincón tan apartado de todo saben reconocer la elegancia y la prestancia cuando la ven.

Por las mañanas, me preparo con esmero para el día y bajo al comedor donde disfruto de un desayuno delicioso. Podría hacer que me lo subieran a la *suite*, pero ya sabe cuánto me gusta estar entre la gente. Luego, cuando ya he probado los manjares más refinados de las cocinas del Hotel Metropole, me avisan de la llegada puntual del cochero. Es un muchacho joven, pero con mucho brío, y se dirige a mí solo en respuesta a mis preguntas y en perfecto inglés. No es habitual que los cocheros locales hablen el idioma. Algunos, los más baratos en sus servicios, solo saben algunas palabras pronunciadas con un acento terrible, pero José parece salido del mismísimo Eton. Va uniformado e impecable cuando abre la puerta del carruaje negro para que yo suba. Le juro madre, que cuando iniciamos la marcha y recorro las calles de la ciudad, todos se giran con curiosidad para comprobar quién va dentro. Los cuatro caballos blancos que tiran del carruaje son caballos árabes, los mejores por su fuerza y su agilidad.

Mi vida aquí es todo lo que había soñado, y solo espero que estas cartas le transmitan la alegría que siento. Trataré de volver a escribir pronto, aunque a veces, entre las visitas, los bailes y tantas ocupaciones que tengo a diario, me sea difícil buscar un momento tranquilo para contarle cómo va todo. Prometo hacerlo.

Hasta entonces, me despido.

Su hijo que la quiere,
Marion Cyril Todd».

Cyril dobló con cuidado el pliego de papel antes de lacrar la trasera y soplar sobre la superficie hasta comprobar que se había endurecido. Escribió con cuidado las señas del destinatario y tomó su chaqueta azul marino antes de salir de la habitación. En la planta principal, entregó al recepcionista la misiva sin mediar palabra y salió seguido de cerca por Ralphie, su pequeño compañero de viaje, que olfateaba con curiosidad cualquier cosa.

José llegaba unos minutos tarde, como de costumbre. Cyril suspiró

con resignación. Sería en vano tratar de preguntarle el motivo del retraso, igualmente no entendería más allá de las pocas palabras que intercambiaban, aunque gracias a él, Cyril había aprendido en castellano el significado de «caballo» y «enfermo». Sabía que no se trataba más que de excusas, porque el ejemplar marrón parecía sano, tal vez algo desgarbado, pero cumplía su función tirando de la tartana.

No le apetecía comenzar sus ansiados momentos con José con una discusión a media lengua, sin visos de entenderse, de modo que se colocó una gran sonrisa cuando lo avistó y se ajustó la chaqueta antes de saludarlo. Cada vez le parecía más apuesto, a pesar de que su pulcritud no había mejorado con el transcurso de los días. Ni siquiera con las propinas generosas ni con las invitaciones a almorzar en las fondas a las que iban juntos tras el paseo en tartana. Sin embargo, para Cyril, esos momentos eran el aliciente perfecto.

No estaba acostumbrado a que alguien se hiciera tanto de rogar. Él había ocupado siempre el puesto de perseguido, de seducido. Él era el premio que había que conseguir y no al contrario. Le sucedió con John Stewart, y antes con Paul, íntimo amigo de John. Y antes de Paul Bradford, había ocurrido con nada menos que un miembro de la aristocracia británica: Sir Arthur Hydes. «Pobre Sir Arthur», pensó al recordar al septuagenario, tratando de embestirlo sin éxito en sus últimos días sobre la tierra.

En ocasiones, debía hacer un esfuerzo para recordarlos a todos. Algunos se difuminaban en su memoria, como si pertenecieran a un catálogo de sombreros que pasas demasiado rápido, hojeando con despreocupación. Recordaba muy bien al primero. A él no lo olvidaría jamás. Olía a canela porque bebía su infusión tres veces al día, esperanzado ante la promesa de que le infundiría más vigor. Era guapo y elegante y no superaba los cuarenta y tantos años. Cyril sonrió en la trasera de la tartana al recordarlo mientras acariciaba el lomo de Ralphie. Prefirió obviar el hecho de que él mismo no contaba con más de catorce entonces, y, por tanto, la diferencia de edad era igualmente considerable. Se llamaba Anthony y era banquero, el cliente más reputado de su padre. La salvación de la

familia a su muerte.

«Pierda cuidado, señora Todd», le pareció escuchar en su memoria, «yo cuidaré de los dos. Cyril tendrá la mejor educación cuando venga a vivir conmigo, y sobra decir que usted podrá mantener el estilo de vida al que está acostumbrada». Una frase como aquella no se olvida con facilidad. Esa unión de palabras convirtió a Cyril en lo que sería el resto de su vida. El joven cayó en la cuenta en un instante de realidad. ¿Cómo habría sido su existencia de no haberse emitido aquella frase? Habrían pasado penalidades, hambre quizá. Su madre habría tenido que vender sus joyas, puede que hasta la casa de Kensington. El servicio se habría marchado al no poder pagarles el salario. ¿Habría sido él feliz así?

José dio una voz al caballo para que arrease y Cyril abandonó el pensamiento. Se autoconvenció de que su madre había tomado la mejor decisión, la única posible. Entregar su tutela a Anthony había sido un acto de amor hacia su hijo, y así lo recordaría siempre. Ella quería lo mejor para él, se lo había dicho, y junto a Anthony, junto a Sir Arthur, junto a Paul y junto a John Stewart, Cyril había tenido lo mejor.

CAPÍTULO 5

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, Barrio de Vegueta,
12 de marzo de 1909

La relación entre los dos fallecidos, Juan Miranda y Ginés Pérez era inexistente. No tenían ni un solo rasgo similar en sus vidas, nada que hiciera pensar que había un motivo común para el asesinato de los dos hombres. Juan Miranda, vecino en los últimos tiempos de La Isleta, había sido un emprendedor que había regentado durante años un negocio de importación en la desaparecida compañía «Industrias Canarias y Africanas», ubicada en los bajos del antiguo Hotel Europa, en la calle Mayor de Triana. Su mala suerte comenzó años antes, tras sufrir los daños de un voraz incendio que devastó la mayor parte del edificio contiguo a su almacén, las oficinas de la Grand Canary Coaling.

La Grand Canary había iniciado, a finales del siglo anterior, una fructífera empresa de almacenamiento de carbón, mineral indispensable para los vapores que fondeaban en Gran Canaria a su paso hacia la Península o Gran Bretaña, e incluso hacia destinos en África. Como filial de la Atlantic Coaling Company y la Elder Dempster, se estableció en la isla en 1884, y con el correr de los años, se convirtió en una gran compañía. Además de carbón, la Grand Canary diversificó mercado y contaba con astilleros propios y personal para las reparaciones de buques. El terrible incendio de principios de 1902 no solo arrasó las dependencias de la empresa en la ciudad, donde se archivaban cuidadosamente los registros de la consignataria Elder Dempster, los vapores entrantes, su mercancía y su pasaje, sino que además destruyó buena parte de las estancias destinadas a albergar a los empleados solteros.

Aquel día de febrero de 1902, además de las oficinas de la Grand Canary Coaling, fueron pasto de las llamas otras viviendas y negocios de la zona. También el de Juan Miranda sufrió daños de consideración. No fueron tantos como para causar un antes y un después en Juan, al menos no a ojos de los demás, pero desde aquel día no había levantado cabeza. Quienes lo conocieron en su

juventud lo notaban diferente, taciturno e incluso temeroso. Él, que había sido siempre alegre y hablador, había pasado a ser una sombra de sí mismo, malhumorado la mayor parte del tiempo, y borracho el resto de él.

En agosto del mismo año trató de atentar contra su vida y se arrojó al vacío desde la segunda planta de su casa en la calle Mayor de Triana. El no conseguirlo no hizo más que agriar su carácter y acuciar sus temores. Hablaba solo, murmuraba, lloraba, y miraba constantemente por encima del hombro con el convencimiento de que alguien lo seguía de cerca. Estuvo algunos años en prisión acusado de un crimen que nunca se esclareció, y al salir, se recluyó en una casucha de La Isleta. Tenía pavor a andar solo por las calles, y no aceptó volver a convivir con su familia. A quienes le preguntaban el motivo, respondía que para ellos él estaba mejor muerto. A otros, los más cercanos, confesaba que solo pretendía protegerlos. Auguraba que pronto vendrían a acabar con él, y no quería tener que cargar con otra muerte más sobre su conciencia.

Müller terminó de leer el informe sobre Juan Miranda que había redactado Iván Rubio y encaró al joven, que lo miraba con nerviosismo.

—Ha hecho usted un buen trabajo, agente. ¿Tiene también los datos de Ginés Pérez?

—No lo he terminado aún, inspector. Pero puedo avanzarle que no se conocían. Ginés era intérprete de profesión y prestaba sus servicios en los mejores hoteles de la ciudad, en última instancia casi completamente en el Hotel Santa Catalina, aunque también en el Metropole. Era soltero, vivía solo y no tenía familia en la ciudad.

Torres cruzó la distancia hasta ellos dos pavoneándose un poco. No quería admitirlo, pero desde la llegada de Rubio cualquier excusa era buena para resaltar la falta de experiencia del joven. Sentía celos de su formación y también de su habilidad para hacerse indispensable en el equipo.

—Eso está muy bien, pipiolo. Sabes escribir muy bien, pero en Las Palmas no conoces a nadie. Sí que se habían visto las caras, Miranda y el intérprete. Lo llamaban «La Inglesita». ¿A que eso no aparece en los archivos? —se mofó.

Rubio guardó silencio algo avergonzado. Torres tenía razón, él no podía recorrer las calles y averiguar ese tipo de cosas. En según qué barrios, lo trataban como a un extranjero, y su acento peninsular no hacía sino poner distancia entre las personas a las que trataba de sonsacar y la verdad.

—Esto no es una competición, agente —se indignó Müller—, estamos todos en el mismo bando. ¿Desde cuándo sabe usted que los dos fallecidos tenían trato?

—No tenían trato, inspector —continuó Torres todavía más henchido—. «La Inglesita» declaró contra Miranda en un juicio.

—¡¿Desde cuándo, Torres?! —bramó.

—Unos días, inspector. Solo unos días.

—Y ¿cuál es el motivo de haberse guardado semejante información? —Ingo se mostraba indignado, al borde de la ira.

—Es que parece que aquí el amigo Rubio se las sabe todas, y así no son las cosas, inspector. Ramos y yo llevamos más tiempo. La experiencia es un grado, alemán.

La furia de Müller acabó con el debate. Agarró a Torres por las solapas de su chaqueta y lo levantó varios centímetros del suelo. La cara del veterano era todo un poema. Balbuceaba tratando de excusarse, aunque no consiguió articular una palabra completa.

—Si se vuelve usted a referir a mí en esos términos, Torres, le doy una patada en el culo tan grande que va a tener su señora que desincrustarle la horma del interior. ¿Estamos? Soy su superior, bromitas las justas, Torres. ¿Ha oído?

Torres movió la cabeza en señal afirmativa.

—Entiendan ustedes, y va por todos, que tenemos a uno o varios asesinos sueltos en esta ciudad. ¿Han olvidado eso?

—Inspector —inició Ramos— si lo dice usted así, se le mete a uno el miedo en el cuerpo.

—¡Es que es para tenerlo! Luego se indignan cuando viene alguien de la Península con ganas de hacer las cosas bien, como Rubio, porque lo consideran una amenaza. ¡Él solo hace su trabajo! Ustedes deberían seguir el ejemplo. Estamos los cuatro en este problema, ¡los cuatro! Como vuelva a enterarme de que se guardan un as en la manga para medirse la hombría a ver quién la tiene más grande, los

sanciono a los dos.

Ramos y Torres aceptaron la reprimenda sin alzar la vista hacia Müller.

—Y ahora, desembuchen lo que saben antes de que se me agote la paciencia. Les avanzo que ya me queda muy poquita.

Ginés Pérez recibía el apodo de «La Inglesita» debido a su conocimiento de la lengua y al hecho de no haberse casado nunca. Era habitual encontrarlo en las meriendas que organizaban las damas de la alta sociedad, y a excepción de alguno de los clientes a los que prestaba el servicio de interpretación al español, siempre estaba en compañía femenina. Junto a las señoras se le veía como pez en el agua. Era diferente a los hombres de su edad y todo lo diferente se hacía notar.

No conocía a Juan Miranda, al menos no oficialmente, pero había declarado en el proceso por el que Juan había sido encarcelado. Un crimen sin resolver que convulsionó la sociedad canaria diez años atrás.

—Rubio, vaya al archivo y traiga el informe del caso —indicó Müller —. Veamos de lo que estamos hablando.

—Ya lo he buscado yo —se decidió a decir Torres, todavía con el tembleque en la voz—, pero no está, inspector. He buscado de arriba abajo pero el archivo del Crimen de la Cloaca no aparece. Yo me acuerdo porque ya estábamos aquí Ramos y yo.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza, Torres. Lo buscaremos de nuevo. Entretanto, infórmenos de lo que recuerda.

—Investigamos mucho, inspector. Muchos años. Detuvimos a unos cuantos, a Juan Miranda entre otros. Fue un asunto de lo más raro. Todo surgió por los olores de la cloaca de San Telmo. Había allí una peste tremenda. Los vecinos se quejaban.

—Me acuerdo —apuntó su compañero—, no había forma de escapar de aquel olor.

—Al final, el ayuntamiento mandó a los operarios para abrir la alcantarilla y ver de dónde venía el problema, y lo que se encontraron fue un muerto. De ahí venía el tufo. Habían matado a un tipo y lo habían escondido allí dentro.

—¿De quién se trataba? —se interesó Rubio.

Los dos veteranos se encogieron de hombros antes de que Torres continuase su relato.

—Nunca se supo. Y que conste que removimos cielo y tierra, inspector. Del cuerpo ya solo quedaban los huesos y un pizco de carne. También la ropa que llevaba el día que lo mataron.

—Siempre supimos que era inglés, eso lo sabíamos —añadió Ramos.

—Estuvimos años preguntando y sonsacando, inspector, años. Cuando empezó a salir en la prensa, muchas veces se nos formaba cola en comisaría de tantas personas que venían a contar lo que sabían. Algunos solo por entretenimiento, otros con información que servía. De todo había.

—¿En qué fecha ocurrió todo esto? —preguntó Müller.

—Apareció en noviembre de 1900. Pero no tuvimos más o menos claro el asunto hasta 1902, que fue cuando entró en estas dependencias Juan Miranda —recordó Torres.

—¿Había sido él?

—No le sacamos mucho. Lo acusó un niño. Vino con su padre a declarar. Había ido a casa de su abuela a entregar un poco de zarzaparrilla y allí había visto a un Juan Miranda derrotado, que lloraba a lágrima viva y se echaba las manos a la cabeza. Miranda dijo que él no había matado al inglés, que solo le había dado un macanazo y que los demás habían terminado el trabajo. Después de unos días vino la Guardia Civil, ellos se emplearon a gusto con él y con otros. Les dieron de palos a Juan, a Victoriano y hasta a la madre de los fugados. Nadie soltó prenda, ni siquiera la mujer. Pero daba igual, había mucha gente que había visto cosas. Por esos datos pudimos averiguar la noche de la muerte. Algunos hablaron de que la noche del treinta de mayo del año anterior, cerca de la rinconada de la calle Buenos Aires con Triana, habían visto a un tal Cirilo, a su cuñado Barreto, a Juan y a uno de los hermanos Romero.

—¡Menudas piezas los Romero! —añadió Ramos—. Se fugaron de polizones en un vapor cuando apareció el cuerpo. ¿No le parece mucha casualidad, inspector? Menos mal que el juez Ripoll consiguió que los trajeran de la Argentina. Un hombre muy serio, ese Ripoll, una lástima que se diera por vencido. Y la madre de los Romero,

Faustina, trigo limpio tampoco era, Dios la tenga en su gloria. Se entendía con Juan Miranda desde hacía años.

—¿Y ese Barreto que dicen, no será Victoriano Barreto? El dueño del Hotel Europa —quiso cerciorarse Ingo Müller.

—Sí, inspector. Ya entonces tenía mala fama. Lo malo es que los zorros viejos, como él, en la cárcel aprenden muchas mañas. A no dejarse coger de nuevo, por ejemplo. Barreto juró y perjuró que en su fonda no había ningún inglés, a pesar de que Ginés Pérez lo había visto hospedarse allí. «La Inglesita» pudo hasta indicar la habitación exacta que ocupaba el muchacho en la segunda planta.

—¿El muchacho? —preguntó Rubio.

—Sí, pimpollo, el muerto. Según dicen, no sería mayor que tú. Joven, apuesto, delgado y con mucho dinero.

CAPÍTULO 6

Camino al Toscón, 20 de abril de 1899

José amortiguó un sonido gutural de placer. No le gustaba regodearse, no cuando estaba con el inglés. Si se hubiera tratado de una muchacha, hubiera rugido incluso, gemido a boca llena, porque él se consideraba un macho con todas las letras. En su mundo, un hombre no admitía gozar con otro hombre. Fornicar a cambio de una buena suma o alguna joya era una cosa, pero disfrutarlo era algo muy diferente.

El inglés era su amigo, nada más que eso. Un amigo de parranda que no tenía nada en común con él, que le hacía obsequios y le daba trabajo. Esa era su unión: el trabajo. José se lo repetía siempre minutos antes de llegar al punto de encuentro. Se decía a sí mismo que el dinero bien merecía el esfuerzo, que no le costaba nada acceder a los paseos y a las atenciones si se llevaba unos buenos duros por ello.

Había dejado la casa de su madre porque no soportaba la presencia del impresentable de Miranda. Solo habían transcurrido tres años desde la muerte de su padre, y no concebía, con su escasa experiencia en la vida, que una mujer considerase reemplazar a su esposo fallecido con semejante personaje. No importaba que Juan se portarse con él como un padre, o que, desde que se iniciara su relación, sobre la mesa jamás faltase comida. Para José aquello era lo de menos. Escuchar a su madre y a aquel bastardo rechoncho yaciendo al otro lado de la pared, era peor que una condena, y él hubiera hecho cualquier cosa para escapar de ella. Incluso dejarse atender por un señorito inglés de manos ensortijadas, con un fajo de billetes en el bolsillo y sin ninguna familia en este mundo.

Eso le dijo Cyril, que no tenía familia, que era huérfano de padre y de madre y que lo habían dejado solo pero bien posicionado. En los dos meses que llevaba en la isla, el inglés había mejorado tanto su conocimiento del idioma, que a veces incluso mantenían alguna breve charla. Lo hacían siempre después de tomar alguna copa en la taberna y de llenar bien el estómago. La argucia la descubrió Cyril

muy pronto, a José le gustaba comer, y le gustaba comer bien. Un bocado frugal, unas uvas, algo de queso y un poco de vino no eran suficientes. José quería sentarse en una posada y comer caliente. Le encantaba que los presentes le prestasen atención por ir acompañado de alguien con dinero. Lo hacía sentirse importante. Esa era su debilidad, y Cyril conocía muy bien las debilidades de los hombres.

Podría decirse que José había ido cediendo poco a poco a los besos, a los roces, pero la realidad era que Cyril no se habría atrevido a pasarse de la raya con un bestia como él. El inglés era menudo, delgado y bajito, y en un cuerpo a cuerpo, José lo habría matado con sus propias manos sin demasiado esfuerzo. Cyril se limitó a mirarlo muy fijamente, a colocarse cerca, a sonreír y a pasear el fajo de billetes por toda Gran Canaria. En una única ocasión, sentados los dos en el campo con una botella de *whisky* que José apuraba con avidez, Cyril se atrevió a colocar su mano sobre el muslo del joven, y la respuesta de José fue fulminante. Se lo dijo una sola vez, en tono bajo, grave y en castellano, pero Cyril lo entendió a la perfección: «No me gustan los maricas».

Esa misma tarde, cuando la botella estaba casi vacía, José se puso en pie en medio del campo y se bajó los pantalones. Hizo oscilar su miembro frente a la cara de Cyril entre risas, y cuando bajó la mirada para comprobar la reacción del inglés, pronunció uno de sus pocos recursos en el idioma de la reina Victoria: «¿Cuánto?». Cyril sacó el fajo entero de billetes del bolsillo interior de su chaleco, se lo colocó en la mano, y José aceptó el trato. No permitió que lo tocase más allá de chuparlo y tragarlo a conciencia, convirtiéndose para él en el servicio mejor remunerado de su vida.

Las felaciones comenzaron pronto a ser el pan de cada día, aunque no había ningún tipo de cortejo. Solo bebida, comida y un lugar apartado donde José blandía su arma para que Cyril pagase por verla y por sentirla cerca.

Pero los servicios especiales en ocasiones pierden su cualidad. Tenerlos al alcance de la mano, o de la cartera, los convierte en banales, y Cyril se aburrió con rapidez del servicio oral al tartanero. Parecía como si su aliciente hubiera sido el momento previo a su

rendición. Como si, una vez conseguida la pieza, salir de caza hubiera perdido su gracia. Ya no se veían cada día como al principio, e incluso, al toparse con él en la calle de Viera y Clavijo, donde José estacionaba la tartana frente al circo de Salvador Cuyás, el inglés esquivaba la mirada.

A veces iba acompañado de algún joven, algún empleado de la casa Elder, puesto que Cyril había cambiado el Gran Hotel Metropole por un alojamiento español en el centro de la ciudad. El Hotel Europa, su nuevo hogar fuera del hogar, se erigía pared con pared con la Grand Canary Coaling. Muchas mañanas pasó José por la calle Mayor de Triana mirando hacia arriba con la esperanza de que el inglés reparase en él y volviese a contratarlo. Algunas, lo veía charlar animadamente apoyado en la ventada de su dormitorio de la segunda planta, con el vecino de turno de la edificación contigua. Otras, paseaba por el Parque de San Telmo con cualquier otro muchacho, como si fueran amigos de toda la vida.

Los días pasaron, y Cyril no volvió a contactar con José ni a dejarle recado en ninguna de las tabernas que visitaban juntos, y José Romero se sintió insignificante de nuevo. Cuando se emborrachaba, se reprendía a sí mismo por haber dejado escapar aquel filón de oro. Incluso, una de aquellas noches, llevó la tartana hasta Los Arenales pensando que encontraría en aquella casa sin techo al inglés. Tocó tres veces, como había escuchado que debía hacer, pagó las monedas del peaje de entrada y cruzó el umbral hacia su perdición.

Hicieron falta dos visitas más a «El Hoyo de Arenales» para dar con Cyril. E incluso entonces, no lo vio junto con el resto de los cuerpos semidesnudos y jadeantes, sino en el camino de regreso. José acababa de dejarse sobar por un viejo por media peseta. Estaba angustiado y se arrepentía de haber sido tan soberbio cuando las cosas le iban mejor. Consideró que, si hubiera sabido cuidar al inglés, jamás habría acabado de aquella manera, y rumiaba su lamento al tiempo que arrastraba los pies de vuelta a por el caballo.

Cuando divisó a Cyril acariciando al ejemplar pensó que se trataba de un espejismo. Él también había salido de entre las dunas de arena, y como los piratas traicionados y abandonados a su suerte, estaba teniendo una visión que no era real. Un metro antes de llegar

a su lado, se secó las lágrimas de los ojos y se aclaró la vista antes de lanzarse a sus brazos y cubrir al inglés de besos. Había aprendido la lección, y la había aprendido bien.

Esa misma noche, en el Hotel Europa, entre sábanas limpias, José penetró a Cyril por primera vez y se abrazó a su espalda, feliz de volver a contar con sus atenciones.

CAPÍTULO 7

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, Barrio de Vegueta,
22 de marzo de 1909

Diez días habían sido más que suficientes como para desquiciar a los cuatro miembros del Cuerpo de Vigilancia. Diez días en los que habían removido de arriba abajo las dependencias policiales buscando el archivo perdido. No solo era Müller quien desconfiaba de que fuese un hecho fortuito, sino que también Rubio consideraba que alguien se esforzaba demasiado en que no lo encontrasen. Compartían eso, a pesar de que Ramos y Torres no coincidieran en absoluto con ellos. Compartían también las horas adicionales a su jornada, en las que veían a los dos veteranos marcharse puntuales como dos relojes idénticos, mientras ellos continuaban revisando pistas, anotando sobre lo anotado y comentando hipótesis.

Una de esas tardes cercanas a la noche, Iván Rubio se reclinó hacia atrás sobre el respaldo de su silla y colocó las palmas sobre la nuca para estirar la espalda todo lo posible. Al otro lado de la sala repleta de papeles, con las mesas de los ausentes entre ellos, Müller leía declaraciones cien veces leídas. Una sonrisa involuntaria asomó a los labios de Rubio. Cada día le resultaba más difícil no fijarse en el inspector, aunque momentos como aquel, en los que se encontrasen los dos solos, eran escasos. Decidió darse el gusto y analizarlo a conciencia por un minuto. Un minuto de descanso después de todo un día de trabajo no le pareció demasiado.

Ingo se sentaba erguido con la espalda recta y se frotaba el cuello probablemente afectado de cierta tensión sobre los hombros. El peso de la responsabilidad. Rubio fantaseó en ese minuto con levantarse y colocarse tras él, aliviar la pesadez de su cuello acariciando su nuca. En el minuto en el que dejó volar la imaginación, sus manos masajeaban los hombros anchos, destensando los músculos del inspector, y este elevaba el mentón y reposaba la cabeza hacia atrás contra su abdomen. Los ojos de Müller se abrían de par en par en el sueño lúcido de Iván, y la luz de la sala contraía su pupila, inundando su iris de ese tono pardo tan

característico en él, con el jaspeado verde realmente intenso.

—¿Le ocurre algo?

La pregunta devolvió a Iván a la realidad. Ingo lo analizaba con extrañeza mientras él bajaba la vista, avergonzado, y notaba sus mejillas teñirse de rubor. Sintió pánico, un miedo que le secó la boca y le zarandeó el pulso. Se recordó que debía tener cuidado, que un despiste como aquel, el simple hecho de quedarse absorto mirando a un hombre, sonreírle demasiado, sonrojarse en según qué situaciones, podría acabar con sus huesos en la cárcel. Lo había presenciado, en la academia habían expulsado a un compañero por equivocar la amistad de otro y pasarle una nota furtiva para verse en privado. También en la taberna irrumpieron los guardias para llevarse a rastras a un joven acusado de comportamientos lascivos.

—Solo pensaba, inspector —se excusó tras carraspear un poco.

—¿En qué? Daba la impresión de haber caído en la cuenta de algo muy importante.

Iván tuvo suerte en aquella ocasión, no hubo momento para aclarar la duda. El comisario interrumpió la escena destinándolos a acudir al Hotel Santa Catalina. El vicegobernador de Las Palmas celebraba el cumpleaños de su hija, y exigía la presencia del Cuerpo de Vigilancia, conocedor de los recientes sucesos. Rubio presenció un breve combate dialéctico entre sus dos superiores. Müller no entendía por qué debían hacerse cargo de la protección privada de una fiesta, y el comisario simplemente le recordó que debía acatar sin contemplaciones.

El Hotel Santa Catalina se erigía majestuoso en medio del barrio de los hoteles. La colonia inglesa había ido edificando casas de recreo en la zona, y, si se obviaba el clima, la arena de la Carretera del Puerto y el idioma, podría uno pensar que se encontraba en Covent Garden a punto de asistir a una noche en la ópera. La entrada del hotel estaba custodiada por dos botones con librea, que daban la bienvenida a los asistentes a la fiesta y abrían la puerta acompañando la acción con una ligera reverencia. En el interior, tras rebasar el gran salón principal cubierto de flores y estatuas de mármol, se apreciaba el segundo de los accesos, al rebasar la escalinata. Las puertas de cristal y madera separaban las estancias

comunes del lugar donde se llevaban a cabo las celebraciones más importantes.

Iván Rubio tragó saliva y se atusó el pelo al comprobar la vestimenta de los presentes. Las señoras lucían trajes de fiesta y tocados con plumas, y los caballeros iban de etiqueta en su totalidad, a excepción de ellos dos. Se sintió inferior de inmediato; marcado, como una mosca que cae en un vaso de leche. Sin embargo, nadie parecía reparar en ellos, como si de alguna manera se hubieran convertido en seres invisibles, o como si fueran parte del mobiliario o del servicio.

Dieron ambos una vuelta de reconocimiento por todo el contorno, tratando de no incomodar a los invitados, y se ubicaron cerca de la barra principal. Müller se acercaba a Iván de vez en cuando, señalando a este o aquel individuo si se trataba de una personalidad local. La flor y nata de la ciudad se encontraba allí. El cónsul de aquel país, el excelentísimo señor embajador de tal otro. Por supuesto, el alcalde de la ciudad con su esposa y su hija mayor. El obispo tal, la ilustre dama de la corte de su majestad de visita en la isla, y un sinnúmero de etcéteras.

La música alegraba el ambiente, tocada por tres violinistas, un pianista y un oboe. Y las parejas bailaban en medio del salón, o sonreían con recato.

—¡Alemán, dichosos los ojos! —Una voz cercana llamó la atención entre las risas y el júbilo general—. ¿Cuántos años hace?, me temo que demasiados.

La aparición del conocido de Müller no fue bien recibida, sino todo lo contrario. Iván, colocado junto a él, percibió el gesto involuntario en sus hombros y cómo todo su cuerpo se desplazó hacia atrás con rechazo.

El desconocido, un tipo elegante y guapo de edad similar al inspector, sostuvo la mano entre los dos, dispuesta a recibir un apretón, pero Müller se limitó a mirarlo con dureza sin llegar a estrecharla. Iván Rubio se sintió incómodo de inmediato.

—¡Vaya! Parece que no te alegras de verme. Espero que usted, caballero, tenga mejores modales que mi amigo. Tanto gusto —dijo — soy Mauro de Ares.

Rubio estrechó la mano suave y algo fría del sujeto, y esbozó una sonrisa de circunstancia.

—Yo no soy tu amigo —masculló Müller—. No te equivoques.

—Ah, señor... —emitió el recién llegado, esperando a que Iván completase la frase.

—Rubio, Iván Rubio.

—Señor Rubio, el alemán siempre ha tenido un temperamento fuerte. He de reconocer que esperaba que la edad lo hubiera domesticado, pero acabo de comprobar que ha hecho todo lo contrario.

Müller inspiraba fuertemente, como si estuviera a punto de perder el control y lanzarse sobre aquel hombre para golpearlo sin piedad.

—Cuando solicité al comisario que enviase al Cuerpo de Vigilancia, jamás imaginé que te mandaría a ti, pero he de admitir que me alegro. Mi suegro estaba preocupado. No olvidemos que un asesino anda suelto —explicó Mauro de Ares.

—¿Tu suegro? —balbuceó Ingo.

—El vicegobernador Andrade. ¿Puedes creerlo? Yo, un hombre casado. Justo acabamos de regresar de nuestra luna de miel. Un viaje encantador por Grecia. ¿Conoce usted Grecia, señor Rubio? Sin temor a equivocarme, tengo la sensación de que le encantaría. Sus gentes son tan hospitalarias...

Una joven, no mayor de veinte años, vestida por entero de color azul, se acercó al grupo.

—¿Mauro? A papá le gustaría presentarte al señor obispo.

—Por supuesto, querida. Bueno, caballeros, disfruten de la velada. Alemán... —añadió, acercándose al oído de Ingo para susurrar a continuación en un tono en el que Rubio pudo escucharlo— se te extraña.

Mauro hizo un último gesto con la cabeza a modo de saludo final y sonrió ampliamente, mostrando unos dientes perfectos, antes de tomar a su esposa del brazo y desaparecer entre los asistentes.

Iván no sabía si preguntar con respecto al encuentro. Desde luego, si una vez había existido amistad entre ellos dos, no había acabado en buenos términos.

Cientos de recuerdos recorrieron, en la siguiente hora, la memoria

de Ingo. La primera vez que vio a Mauro y cómo aquella sonrisa lo había cautivado. Años atrás, Mauro de Ares le causaba todo lo contrario al desagrado. De Ares era entonces alegre y abierto, y no tenía reparos en conversar con cualquiera que le pareciera interesante. Era distinto, y había vivido en tantos sitios que resultaba una excepción al grupo habitual que apenas si había salido de la isla. Durante los primeros nueve meses de Ingo en Tenerife, Mauro y él se volvieron inseparables. No había nada que no quisieran hacer juntos, debates que no quisieran emprender. Mauro le hacía reír, lo llevaba a cometer esas locuras que Ingo había desdeñado en su juventud y que con él eran incluso más irreverentes. Pero, con el tiempo, Ingo comenzó a descubrir una cara oculta en Mauro, una cara que no había querido ver antes.

—Pero ¡si es mi sobrino!, ¿qué dios ha bajado del Olimpo para arrastrarte a ti a un baile, querido?

El mentado salió de su ensimismamiento y acercó la mejilla para recibir un sonoro beso por parte de su familiar.

—Estamos de servicio, tío. Cosas del cuerpo, ya sabes. Este es el agente Rubio, ha venido conmigo.

—Pues encantado de conocerlo, agente Rubio. ¿Tiene usted nombre de pila?

Rubio sonrió con franqueza, había decidido, sin apenas información, que aquel tipo le caía bien. Desde luego, era un valiente. Vestía de etiqueta, aunque lucía sobre la solapa una orquídea color púrpura, y, por lo que había presenciado en el resto de los varones de la sala, ningún hombre se adornaba con flores. Lo tomó como una etiqueta bien visible de su diferencia. Le sorprendió ante todo la naturalidad con la cual la esgrimía, no como algo que hay que ocultar de la vista de todos, sino como una realidad que resultaba obvia y, por eso, aceptada. Los caballeros lo saludaban con respeto y las damas le ponían ojitos, quizá sin entender la dimensión que aquella flor púrpura tenía.

—Iván, señor.

—No me llame señor, por favor. Sé que para la juventud la decadencia llega pasados los cuarenta, pero me gusta pensar que mis cincuenta apenas si se notan. Soy Asier Ochoa. Así que estáis de

servicio —continuó dirigiéndose a Müller—. ¿Y piensas tener a este pobre muchacho sin tomar una sola gota de alcohol durante toda la noche, querido? Eso hay que remediarlo —terminada la frase, tomó dos copas de la bandeja de uno de los camareros, y las extendió en dirección a ambos.

—No, tío, ya te he dicho que estamos de vigilancia.

—¡Oh, por Dios! Yo me tomaré la tuya, pero permite que al menos Iván pruebe este champaña, sería someterlo a una tortura china hacerlo soportar esta noche sin ningún tipo de medicación.

Müller echó un vistazo a Rubio y asintió con la cabeza.

—¿Puede saberse por qué estás de tan mal humor?

—De Ares —respondió Ingo, frunciendo el ceño todavía más.

—Lo sé. Lo he visto al llegar. Ser recibido por todas las putas de Babilonia coreando mi nombre me habría sorprendido menos que ver a ese bastardo aquí. Pobre muchacha, ella que piensa que la lleva del brazo un príncipe azul y aún no se ha dado cuenta de que se ha abierto el infierno bajo sus pies.

Ingo se excusó con sequedad y salió al jardín para fumar un cigarrillo. En el interior, Iván Rubio no sabía muy bien cómo interpretar lo que había escuchado. Se mantuvo en silencio un rato, esperando a que Asier Ochoa dijese algo para romper el hielo, y al comprobar que no lo hacía, preguntó él lo habitual.

—¿A qué se dedica usted?

—Vaya, le juro que, después de «vienes mucho por aquí», esa es la frase más manida de la historia. No se lo tengo en cuenta por su juventud. Soy periodista. Como imaginará, yo también estoy de servicio. Mañana, lo ocurrido en esta sala ocupará al menos media página. Bueno, todo no: obviaremos al señor de Ares todo lo posible. Seguro que le molestará muchísimo, ansía ser el centro de atención.

—La verdad es que ha sido un momento algo incómodo, cuando ha venido a saludar al inspector —confesó Iván.

—Tenga cuidado, Iván Rubio. Los hombres como Mauro de Ares persiguen la debilidad y la bondad; se alimentan de ellas, saben identificarlas. Recuerde mis palabras por si alguna vez le son de utilidad. Fíese antes de los ariscos, de los serios, de los que navegan

en un mar de dudas. Esos son reales, todos las vivimos a veces, ¿no cree? De los que llevan durante todo el día una sonrisa perfecta de oreja a oreja, de los que se deshacen en halagos, guárdese.

CAPÍTULO 8

La casita de madera, barrio de los hoteles, 2 de mayo de 1899

La señora Stewart comprobó, a través de la ventana del salón, si quien llamaba a la puerta del chalé era Cyril Todd. Ella misma había enviado dos días antes una misiva con su nombre al Hotel Europa. Dos días en los que no había salido de casa con la esperanza de su llegada. Aguardó con paciencia a que Rosario hiciera pasar al invitado al recibidor, y salió a encontrarlo con una sonrisa a pesar de su preocupación.

En los minutos en los que ella se encargó de dar recado a la doncella para que sirviese un té para dos, y esta entró en el salón para depositar la bandeja de plata, Cyril imaginó toda clase de alternativas. Una especie de miedo había comenzado a apoderarse de él. Miedo a que la señora Stewart hubiera descubierto los dibujos que John le había hecho y que mostraban sin tapujos su desnudez. Que su esposo se hubiera decidido a contarle qué clase de relación los unía o que alguien los hubiera espiado.

—Gracias por venir, señor Todd. No le habría molestado de no tratarse de un asunto de urgencia —comenzó Mary al tiempo que Cyril tragaba saliva y se preparaba para lo peor—. Estoy sumamente preocupada por John. Lleva semanas en cama, no prueba bocado, y se niega a hablar conmigo al respecto.

—¿La tuberculosis ha empeorado? —preguntó.

—No, lo ha visitado el doctor en varias ocasiones, pero no es la tisis su problema. Lo cierto es que no saben si existe un problema. Se muestra melancólico, y me avergüenza decir esto, pero lo he sorprendido llorando demasiadas veces. Como ustedes son tan amigos, quería preguntarle si en su última salida a vela ocurrió algo, si discutieron ustedes, o si notó en él cierta preocupación que yo desconozca.

Cyril negó con la cabeza, no obstante, no estaba siendo sincero. Habían discutido fuertemente no solo la última vez que salieron a navegar, sino también en las dos ocasiones anteriores que Cyril, a regañadientes, había respondido a la solicitud de John y se había

encontrado con él. El anfitrión no llegaba a comprender por qué se había empeñado en cambiar de hotel, teniendo en cuenta que la ubicación del primer alojamiento los situaba más cerca el uno del otro. También reprochaba sus compañías, que apenas hubiera interés por parte del joven de encontrarse con él o pasar un rato juntos, y la presencia siempre constante de José Romero cuando por fin se veían. Como si el tartanero se hubiera convertido en su sombra.

—Lamento mucho que se encuentre enfermo, señora. Pero no sé qué puedo hacer yo para provocar una mejoría —dijo con cierta pena por ella.

—Si pudiera usted subir a verlo. Estoy segura de que su visita lograría animarlo.

Cyril accedió y Mary lo condujo hasta la planta superior, y una vez arriba, hasta el dormitorio del matrimonio. Abrió la puerta para hacerlo pasar y los dejó a solas tras anunciar a su marido la llegada de su amigo.

John Alexander Stewart era un vago recuerdo de sí mismo. La delgadez y el cansancio marcaban su cara con unas profundas ojeras y un mentón consumido. Cyril se mantuvo de pie, a medio camino entre la cama y la puerta, debatiéndose entre acercarse por pura solidaridad o salir corriendo de allí. Todo en la habitación le causaba desagrado: el cuerpo de John, que meses atrás había gozado de cierto atractivo, se había convertido en un amasijo inerte y apático. El aroma dulzón de las flores que llenaban cada jarrón de cada mesita, y que adivinó habría preparado su esposa para alegrarlo un poco. Detestó hasta la lectura que reposaba junto a él sobre la colcha, sobre todo porque se trataba de un ejemplar que él mismo le había regalado. Su visión era algo parecido a una confesión: John se había vuelto débil, y Cyril odiaba la debilidad.

Un hombre podía ser muchas cosas, pero la debilidad no era una de las características que él llegaba a tolerar. Aceptaba el vicio, aceptaba la violencia incluso, si no era desmedida. Los celos y la necesidad de posesión eran las que conocía bien, Paul esgrimía ambas cualidades con igual intensidad. Cyril podía incluso pasar por alto el desdén, la impotencia y la estupidez. Pero un hombre sin

coraje se le hacía tan exasperante y tedioso como un caballo sin patas que intenta arrastrarse sin conseguir avanzar un centímetro.

—Has venido —la voz de John mostraba esperanza y alegría, a pesar de haberla dejado salir en un susurro.

—Debes levantarte de la cama, estás empezando a preocupar a tu esposa y eso no te conviene —el joven se expresaba en un tono mecánico, carente de sentimiento.

—Claro que sí, ahora que estás aquí me veo capaz de todo. Te echaba tanto de menos... ¡Cuánto me alegra que por fin te hayas dado cuenta de lo importante que eres para mí! He tenido verdadero miedo a perderte, ¿sabes? Pero tenía fe. He rezado mucho para que encontraras el rumbo correcto, para que te dieras cuenta de que esa vida de libertinaje que estás llevando desde que llegaste no te conduciría a nada bueno. Para que abrieras los ojos por fin y volvieras al redil.

—No sabía que formara parte de un rebaño.

—Ya sabes a lo que me refiero. Las experiencias son necesarias, pero el amor, Cyril, el amor es tan indispensable...

—¿Como el amor que le tienes a tu mujer? —preguntó el joven con ironía.

—Quiero a Mary. Mentiría si dijera que no, es una buena esposa. Pero lo que siento por ti, eso es tan inmenso y desgarrador que me duele cada minuto de tu ausencia.

—Dices que es una buena esposa porque no te exige nada, no te pregunta nada, no te desafía en nada. Apuesto a que ni siquiera cumples con ella como debes. Puede que hasta te lo agradezca, teniendo en cuenta tus apetencias.

—Bromeas, siempre has sido un gran cómico. Me gusta que hayas venido y que estés de buen humor. Me hace querer levantarme de un salto y correr a tus brazos. —John alzó la mano con el ánimo de que Cyril se acercase más, pero el joven dio dos pasos hacia atrás—. Ven, siéntate a mi lado.

—Debo irme, la tartana me espera.

—¡¿Has traído a ese fulano a mi casa?! —rugió.

—No pretenderás que venga a pie desde Triana.

—Claro que no, pero venir con él es un insulto. ¿Cómo puedes

siquiera... —la voz de John se quebró— encontrarlo interesante? Es sucio y vulgar. No es más que un muerto de hambre.

—Con un miembro tan duro y grande que me cuesta sentarme después de que termine conmigo.

—Me estás faltando al respeto, y además me hieres a propósito. ¿Por qué motivo? ¿No he sido bueno contigo, no te he colmado de atenciones, no lo he sido todo para ti? Tú lo eres todo para mí. Incluso he traicionado a mi mejor amigo por ti. Si no te quisiera, jamás le habría dado semejante puñalada por la espalda a Paul. Sabes que lo aprecio como a un hermano. No sientes lo que acabas de decir, ¡no puedes sentirlo! Lo nuestro es algo especial, lo sabemos los dos. —El pánico de John le había dado fuerzas para incorporarse y arrastrarse hasta los pies de la cama.

—¿Especial? Creo que te equivocas. De mi boca no han salido esas palabras. ¿Amor? ¿En serio crees que eso es lo que ha habido entre nosotros?

—Sé que la situación es complicada, sé también que tienes miedo a la reacción de Paul cuando se entere, pero estoy aquí. Te estoy diciendo que te amo más de lo que jamás pensé que podría querer a nadie. Estoy dispuesto a todo por ti. Incluso podría decirle a Mary que volviese a Londres. Nosotros nos quedaríamos aquí, o si esto no te gusta, podríamos ir a cualquier otro lugar. Sabes que con el fondo que me dejó mi padre viviríamos desahogadamente —Cyril interrumpió a John con una carcajada irónica—. ¿Qué te causa tanta gracia? Hablo en serio.

—Mucho me temo que el negocio de las telas no da para mantener tantas propiedades. ¿Enviar a tu mujer a Londres? ¿Quedarnos aquí? Eres un iluso.

—O recorrer el mundo. Te ofrezco el mundo, Cyril —dijo con voz suplicante.

—No hay nada que tú puedas ofrecerme que no tenga ya. Paul ha sido el que me ha traído aquí, ¿recuerdas? Solo me hizo falta mencionar una vez esta isla para que él se encargase de preparar el viaje. Compró para mí las mejores maletas, ordenó al sastre confeccionar mi ropa con las telas más exquisitas, y me hospedó en el hotel más refinado de toda la ciudad. Él ya me ha dado el mundo.

Si incluso se ha deshecho de ese perro al que adora y que llora desconsolado cuando lo apartan de su amo para que me acompañe en el viaje y yo no me sienta tan solo. Eso ha hecho él por mí, tú a su lado eres una broma ridícula.

—Pero mientras te dejabas atender por mí no te importaba todo eso —recordó John con amargura.

—Me gusta comprobar la competencia. Tantear las opciones que hay. Si tú hubieras sido lo que esperaba, un divertimento en la isla mientras exploraba y conocía lo que este lugar tiene que ofrecer, quizá no hubiera dejado de verte. Pero te volviste asfixiante, demandante, débil. Decidiste tratar de amarrarme, ese fue tu error. Y créeme, solo accedo a entrar en una jaula si tengo el convencimiento de que los barrotes son de oro macizo.

—Te vendes al mejor postor... ¿es eso? ¿Qué pasaría si se descubriera tu juego? ¿Crees que Paul es imbécil?

—Paul sabe muy bien mis motivos para mantenerme a su lado. Permite que haya otros, otros con los que me entretenga de vez en cuando, porque con lo que él me proporciona ninguno puede competir —zanjó Cyril.

—¿Crees que desconozco su carácter? ¡Soy su mejor amigo, Dios bendito! Ni siquiera el mismísimo Otelo sería tan celoso como él. Paul no se imaginaría jamás que vas con unos y otros como si no tuvieras dueño. ¿Estará él igual de complacido cuando llegue y vea que has desperdiciado su dinero pagando la compañía de ese maldito tartanero que no te deja ni a sol ni a sombra?, ¿ese despojo humano? Se enfurecería si supiera que te dejas sobar por algún joven de buena clase como tú, pero arrastrarte por el fango con ese tartanero piojoso, no solo le causaría asco, sino también vergüenza. Te repudiaría, y entonces vendrías de rodillas a rogar mi perdón.

—Y ¿quién va a contárselo? ¿Tú? —Cyril se acercó a zancadas hasta el borde de la cama e hinchó el pecho. Su rostro, tostado por el sol, estaba rojo de ira—. ¿Me amenazas con buscar mi ruina si no te dejo que me la metas ahora mismo? ¿Es eso? —Cyril se arrodilló junto a la cama antes de seguir—. ¡Oh, por favor, John, por favor, métemela! ¿Es esto lo que esperas que te pida? ¿O prefieres sacar esa ridiculez que tienes entre las piernas y taparme la boca con ella?

¡Vamos, John, sé un hombre! ¿Qué pretendes hacer?

—Solo me basta con escribir una carta, Cyril. Me creerá, te aseguro que me creerá. No le hará falta mucho más para plantarse aquí y ponerte en tu sitio.

—Tienes mucho que perder en esta tierra, John, mucho. —Cyril se había puesto de pie y continuaba hablando sin ni siquiera mirarlo a la cara—. Todo el mundo te conoce, tienes una reputación, un nombre. ¿Qué será de la pobre Mary cuando todos cuchicheen que su marido es un vicioso, un invertido, un marica? No pienses ni por un segundo que los Brown, los Jones, los Miller, que ahora te reciben con tanta alegría, van a volver a dirigiros la palabra a ti o a ella. —Cyril recorrió el corto camino hacia la puerta y emitió una última frase antes de salir—. Te lo advierto, comete un error conmigo, y te aseguro que tu dolor y tu vergüenza serán tales que le rogarás a tu abnegada esposa que acabe con tu vida.

CAPÍTULO 9

Casa Brown, 23 de marzo de 1909

Asier Ochoa se enfundó un quimono blanco y negro, cruzó el cinturón haciendo una lazada y bajó las escaleras rumbo a la terraza. Le gustaba levantarse temprano, con el alba, aunque hubiese dormido muy poco. Adoraba tomar el primer café sentado en el exterior y mirar el mar. Aquel era, sin duda, el mejor momento del día. Cerraba los ojos mientras aguardaba a que la doncella le trajese la taza, y aspiraba el aroma de la marea, del salitre y de la arena.

Escuchó a su sobrino traspasar la puerta principal y subir las escaleras a zancadas. Su llegada era siempre inconfundible. El modo en el que cerraba la puerta con cuidado, pero sin poder evitar cierto estruendo. Luego, la energía de sus pisadas en la planta superior. Nunca llegó a comprender cómo alguien podía andar descalzo y causar tanto ruido. Volvió a sonreír al pensar que su juventud tendría parte de culpa, y se dejó llevar un poco más por su memoria, aquella que lo mostraba a él con esos mismos treinta años, con ganas de comerse el mundo, y de paso, todo lo que se pusiera por delante.

Las pisadas de Ingo, calzadas con botín de cuero, se escucharon bajar, amortiguadas por la alfombra que cubría los peldaños de la escalera y también el pasillo central.

—¿No has dormido? Debes de haber tenido una noche de lo más movida —bromeó Asier.

—No me hagas reír, tío. Volví antes que tú de la fiesta, aunque no conseguí descansar demasiado. Dieron aviso de otra muerte hacia las cuatro de la madrugada. Solo he vuelto para asearme un poco, cambiarme, y comer algo. Tengo que volver a comisaría.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que le ocurre a esta ciudad? Dentro de poco la gente tendrá más miedo a salir a la calle que las furcias de Londres a realizar su trabajo —se preocupó el periodista.

—¿Es necesario ese vocabulario?, ¿a esta hora?

—Veo que sigues malhumorado. No me extraña. Y ¿a quién han

asesinado ahora?

—No ha sido un asesinato, sino un suicidio. Victoriano Barreto —informó Ingo.

—¿El dueño del Hotel Europa? No parece de los que se quitan la vida, la verdad. Pero uno nunca sabe lo que se le pasa por la cabeza a la gente.

—Por cierto, ¿podrías averiguar si en tu periódico guardan copia de los ejemplares de la última década?

—Deberían. ¿Por qué motivo? —Que Ingo no le diese toda la información despertaba su curiosidad.

—Un crimen que ocurrió entonces. El llamado «Crimen de la Cloaca». No hay forma de dar con el expediente del caso. Hemos estado Rubio y yo buscando como locos, pero parece que ha desaparecido o se ha extraviado.

—¡Qué encanto!

Ingo lo miró con extrañeza.

—¿Te parece bien que se extravíe ese tipo de información? No dice mucho de nuestra seriedad como cuerpo policial —apuntó el sobrino.

—Me refiero a Iván. Tiene la combinación perfecta de belleza, juventud y cierto aire de rebeldía. —Lo dijo con una sonrisa cómplice.

Ingo alzó su dedo en advertencia.

—Ni se te ocurra acercarte a él, lo digo muy en serio, tío. ¡Podría ser tu hijo!

—Vaya, vaya, vaya. ¡Te has puesto celoso! Descuida, no se me ocurriría volverme loco por un jovenzuelo. Ya sabes que tengo debilidad por las canas. Además, no tengo nada que hacer, se ve a la legua que bebe los vientos por ti, querido sobrino.

—Déjate de estupideces, por favor —se quejó Ingo— y controla tus comentarios, un día de estos vas a soltarlos delante de extraños y te causarán muchos problemas. Esto no es París, tío.

—Los extraños, como tú los llamas, saben muy bien cómo soy y lo que soy, les tiene sin cuidado, querido. Y en cuanto a Iván, anoche no te quitaba ojo, allá donde ibas tú, él te seguía con la mirada.

—¿Obvias que fuimos a comprobar la seguridad del evento? Es su trabajo. Tienes la horrible manía de pensar que todo el mundo es

«así».

—«Así». ¡Qué manera tan sosa de describirnos, Ingo! Prefiero decir que Iván es de nuestro equipo.

—Te equivocas. Que haya sido educado contigo y se haya reído de tus bromas no quiere decir que esté en ningún equipo —puntualizó Müller—. Te repito que cuides tu lengua o ¿pretendes que nos acusen a todos de sodomitas? A ver cuántos amigos te quedan después de acabar con tus huesos en la cárcel.

—Eso no ocurrirá, sé demasiadas cosas de todo el mundo en esta ciudad. Desde el alcalde hasta el magistrado más reconocido. También de sus esposas y sus hijas. Es mi trabajo, ¿te lo recuerdo? Casi todas las noticias se publican, aunque algunas, las más vergonzosas, las omito por respeto. Se tiene muy en cuenta que uno conozca la verdad y elija no mentarla.

—Lo que tú digas —añadió Müller sin llegar a convencerse.

—Y volviendo a Iván, no me importaría nada que se convirtiera en mi sobrino político. Haríais una pareja estupenda.

—¡Para ya, por favor! Sabes que no me gusta nada que hables de esa manera.

—¿Con naturalidad o con esperanza? Me encantaría saber cuál de las dos cosas te molesta más. —Asier analizaba a su sobrino con curiosidad. A veces le resultaba verdaderamente difícil de descifrar.

—No me apetece discutir, tío.

—Sé muy bien lo que piensas, lo que sientes, pero te equivocas. ¡¿Cómo puedes ser tan cabezota?! Un día de estos te daré un golpe en la cabeza a ver si surte algún efecto.

—Tengo que irme —zanjó.

—Ingo. Ven, por favor. Siéntate un momento. No te pido mucho, ¿no crees? Cuando eras un adolescente te encantaba sentarte a hablar conmigo y me pedías que te contase mil historias. ¿Recuerdas lo bien que lo pasábamos hablando de arte, de música?

—Hace mucho que no soy un adolescente impresionable, tío.

—Pues es una pena. Me caías mejor entonces —bromeó. Luego le agarró la mano por la muñeca para que Müller tomase asiento y lo miró a los ojos con cariño y gesto más serio—. Sé que crees que no es posible, que la gente como nosotros no puede vivir una vida

plena, enamorarse y ser feliz. No lo dices, pero no hace falta, te conozco bien. Tú crees que no nos queda más remedio que vivir en la oscuridad, relegados a los peores lugares. Pero lo que te ocurrió entonces no define quién eres, no dejes que lo haga. Nada me entristecería más que llegases a mi edad sin haber amado de verdad. Nadie debería estar solo en el mundo.

—¿Como lo estás tú? —pinchó Ingo Müller.

—No, yo no estoy solo y tampoco he sido ajeno al amor. Únicamente lo dices porque estás enfadado, dolido. Mi trabajo es recordarte que eres tan bueno como cualquier otro. Repetirte que eres valioso y fuerte, como el primer guerrero de un batallón, pero también sensible y cariñoso como un chiquillo que vive su primera experiencia.

—La cantinela me la conozco. ¿Puedo irme ya? Tengo mucho que hacer.

—Espero que algún día dejes que alguien se acerque lo suficiente para conocer lo maravilloso que eres. Quizá ese día tú puedas mirarte al espejo con más benevolencia también e incluso llegar a amar quién eres. Yo lo hago. En compensación, nos quiero a los dos: al viejo patético, pero de aspecto fabuloso, que soy yo, y al tozudo que rechaza aceptarse a sí mismo, que eres tú. Eres muy importante para mí, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, tío.

—Bien, no seguiré atosigándote con el tema. Pero aquí me tienes para hablar si quieres, como siempre he estado. Y, en cuanto a tu petición, buscaré los periódicos en la redacción. Está visto que hasta a ti solo puede llegarse a través del trabajo. Tanto mejor para Iván, ahí está su ventaja.

Müller se levantó y se alejó de la terraza después de despedirse. Sabía que su tío tenía buena intención, también lo que pretendía: que, a base de repetición, la idea entrase en su cabeza el tiempo suficiente como para asimilarla. No era tarea sencilla. Cinco años atrás lo había intentado, se había dejado llevar, se había ilusionado y aún le escocía la herida de aquello. Si tan solo se hubiera tratado de un desamor convencional, de una atención no correspondida, habría podido volver a empezar de nuevo. Pero no era el caso. Cinco años

atrás abandonó Tenerife siendo una simple sombra. No tuvo el suficiente coraje como para volver a casa a rodearse de los suyos hasta que sanase las heridas. Se fue lo más lejos que pudo, deambuló por todas las ciudades a las que tuvo acceso buscando ser lo más anónimo posible. Cuando se habituaban a verlo, cuando los vecinos o transeúntes levantaban el sombrero para saludarlo a fuerza de coincidir a diario, tomaba otro tren u otro barco hasta ser de nuevo invisible.

Eso debía agradecerle a Mauro de Ares: que lo hubiera marcado como si se tratase de una vulgar pieza de ganado. Con él había experimentado por primera vez el amor, pero la huella del paso de Mauro por la vida de Ingo resultó tan destructiva que no le quedó esperanza de volver a sentirlo por nadie, ni siquiera por sí mismo.

En el tranvía, viendo los cambios en el paisaje desde la Carretera del Puerto hasta el centro de la ciudad, deseó no haberlo conocido nunca. Si tan solo Mauro nunca se hubiera cruzado en su camino, tal vez habría podido vivir esa vida que su tío anhelaba para él.

El Hotel Europa se erigía en la plaza de la Democracia, y en sus orígenes fue la Casa Falcón, en la esquina de las calles Los Remedios y Peregrina, en el Barrio de Triana. Había sido uno de los primeros establecimientos hoteleros de la ciudad para clientes españoles. Su ubicación inicial, en el número noventa y cinco de la calle Mayor de Triana, cambió tras la adquisición por parte de Victoriano Barreto, emprendedor local con varias fondas y restaurantes en la ciudad, de esta casa señorial. También residían, Barreto y su familia, en una zona del hotel habilitada a modo de vivienda.

Varios efectivos del Cuerpo de Seguridad hacían guardia en la entrada del edificio, y causaban sorpresa a cuantos viandantes cruzaban la plaza de la Democracia. Tras sortear a los curiosos y los agentes uniformados, Ingo Müller traspasó el breve recibidor hasta el despacho de don Victoriano. El cuerpo se había trasladado para su examen forense, aunque resultaba evidente que el señor Barreto había acabado con su vida.

Lo comentaban los dos veteranos y hasta el comisario Arteaga, que se había acercado a comprobar la situación. Ingo prefería esperar hasta conocer las conclusiones de los expertos, y Rubio anotaba

cuantas cosas veía en su cuaderno. Para Ramos, Torres y Arteaga, aquel era un caso cerrado. No solo porque el fétido olor de la cicuta invadiese el ambiente y el vaso de ron de Victoriano, sino también porque en la mesa donde se desplomó al expirar había una lista de nombres, escrita de su puño y letra. En ella figuraban Juan Miranda, Ginés Pérez y José Romero. El comisario Arteaga se sentía orgulloso de haber completado el círculo. Él mismo elaboró la hipótesis oficial que repetiría desde ese momento en adelante.

—Menos mal que se ha quitado de en medio él solo. Esta vez no le hubiera resultado tan sencillo salir del entuerto. Está muy claro, ¿no le parece, Müller? —concluyó, satisfecho de sí mismo.

—Como le he dicho antes, comisario, prefiero esperar hasta que la autopsia nos revele qué ha ocurrido aquí.

—Mire que es cabezota, alemán. —Rio Torres—. El comisario tiene razón.

—No hay más que buscar. Victoriano encargó matar a esos tres o acabó con ellos él mismo. Luego le entró el remordimiento, porque era muy creyente. Debió darse cuenta de que había cometido una barbaridad y le puso fin a todo. Eso es lo que ha ocurrido aquí. —Arteaga habló con firmeza, como si emitiera una orden—. Iré a hablar con don Francisco de Bethencourt. Está esperando que le confirme que todo se ha arreglado.

—¿Piensa decirle al alcalde una versión sin confirmar? No hace ni un día que lo hemos encontrado, comisario. Deberíamos...

—¡Ya le he dicho lo que ha ocurrido aquí, inspector! ¡El pánico se ha adueñado de la ciudad! Mientras yo esté al mando no permitiré que la buena gente de Las Palmas pase miedo, ¿me oye?

—Sí, ya lo ha dicho, alemán. ¿Se cree usted más listo que el mismísimo comisario? —retó Torres cual fiel perro guardián.

—Como ordene, comisario.

—Bien, así me gusta. Eficiencia policial. Torres, Ramos, digan a los guardias de afuera que ya pueden marcharse. Aquí está todo terminado.

Ernesto Arteaga salió del Hotel Europa, se ajustó el chaleco para ocultar su incipiente barriga, y caminó dando un paseo hasta las Casas Consistoriales. Se sentía orgulloso de sí mismo. No se cerraba

un caso tan complicado como ese todos los días. Imaginó la tranquilidad de Francisco de Bethencourt cuando escuchase las nuevas, y el oloroso al que lo invitaría en su despacho de la planta alta. Si continuaba haciéndolo tan bien, tal vez él podría ocupar ese puesto algún día. Se veía a sí mismo como un gran político a quien se recordaría a través de la historia por su importancia.

En el despacho de Victoriano Barreto había silencio, aunque a lo lejos se escuchaba el llanto de la esposa del empresario que, en la cocina, arrullaba a su hija María del Pino, como si la mujer de más de cuarenta años fuese una niña de pecho. Iván cruzó una mirada de impotencia con Müller y tragó saliva antes de preguntar qué debían hacer. Los dos coincidían en la idea de que aquel suicidio tenía un regusto a representación, aunque ninguno lo había verbalizado delante del resto del equipo.

—Supongo que deberíamos marcharnos —dijo Ingo Müller con desánimo.

—Pero... inspector, cuando nos vayamos recogerán los enseres, limpiarán todo. Entonces no tendremos la posibilidad de saber lo que ha pasado de verdad.

Ingo analizó la situación con cautela. Sabía que el comisario Arteaga no lo tenía en gran estima y había tenido que ponerlo al mando del Cuerpo de Vigilancia a regañadientes, por una cuestión de formación y capacidad. Ingo ocupaba el antiguo puesto del comisario, y tanto Torres como Ramos eran trabajadores, pero no contaban con más conocimientos que los que habían aprendido con el tiempo. Torres había trabajado codo con codo con Arteaga, era su compañero del alma, y Ramos había empezado a sus órdenes. Lo respetaba y lo halagaba a partes iguales, más por supervivencia que por cualquier otro motivo. Con Rubio, sin embargo, Müller no sabía qué actitud tomar: la cautela o la franqueza.

—Y ¿qué cree usted que ha pasado de verdad? —terminó por preguntar.

—No lo sé, inspector, pero si tuviera que apostar, apostaría que no lo ha hecho él mismo. ¿Quién utiliza la cicuta cuando dispone de un arma cargada en el cajón de su escritorio? Es un veneno altamente desagradable, no solo ese olor nauseabundo, sino porque la agonía

que produce es terrible. Sería mucho más rápido un tiro en la sien.

—Me temo que eso no basta para cuestionar la versión oficial, agente.

—Inspector Müller, si fuera usted a matarse, ¿metería el veneno en la botella de ron, como ha hecho él, o lo bebería directamente en el vaso? Porque el olor de la botella delata la presencia de la cicuta también. ¿No tendría miedo de que pudiera acabar con alguien más si quedasen restos en la botella, cuando usted ya no estuviera para avisarlos del peligro? Su mujer quizá, su hija incapaz...

Müller alzó la vista y comprobó el estado de la «pequeña» en brazos de la señora de Barreto. La llamaban Pino «la loca» desde muy niña, aunque más que demente pareciera como si un día su cerebro hubiese dejado de madurar y hubiera decidido ser una chiquilla por siempre. Le enterneció la estampa. Él mismo había visto a la curiosa familia pasear por el Parque de San Telmo. Barreto era muy conocido, y no había una sola persona que cuestionase el amor que sentía por su hija. Él no la habría expuesto a ese veneno ni siquiera por accidente.

—¿A dónde quiere llegar, Rubio?

—Creo que quienquiera que acabó con él preparó la botella con tiempo y luego le sirvió el vaso. Además, no es un ron de aquí.

Müller se acercó a la mesa, y se inclinó hasta tener la botella a la altura de los ojos para leer la etiqueta pintada a mano y encolada cuidadosamente sobre el cristal.

—Es de Barbados, señor. El Mount Gay aquí es muy complicado de conseguir. Esta mañana he recorrido varias fondas para preguntarlo. Y, además, está el tema de la lista de nombres, que, si me lo permite, inspector, me parece una pista muy chapucera. Ya puestos a dejar una nota, ¿por qué no una confesión? ¿Por qué no escribe una despedida a su esposa o a su hija antes de beberse la cicuta? ¿Por qué una lista con varios nombres? De igual manera quedaría sin explicación el tema de los ojos y la lengua de los dos fallecidos, ¿dónde están? ¿Para qué los arrancó? —Iván tenía cientos de preguntas agolpándosele en la cabeza.

—¿Están seguros de que la letra es suya?

—Hemos comprobado el trazo con el resto de la correspondencia

de su escritorio y también se la hemos enseñado a su mujer. Es suya. Pero, además de los dos asesinados, está el tal José Romero. Y ese, que sepamos, no ha muerto.

CAPÍTULO 10

Mar abierto, 27 de mayo de 1899

Paul Bradford se apoyó en la barandilla de proa del vapor Loanda y divisó en la lejanía la costa de Gran Canaria. Estaba acostumbrado a las travesías largas y no se asustaba con facilidad ante las costumbres locales, ni por despertar cierto interés debido a sus facciones. Los lugareños de los países africanos a los que acudía por negocios fruncían el ceño adivinando cierta mezcla negra en su sangre, a pesar de su tez clara. En las colonias del Caribe había ocurrido algo parecido, aunque allí, al escuchar su apellido, nadie se atreviese a cuestionar su origen. Lord Archibald Bradford, su abuelo, había construido un imperio azucarero tras años de esfuerzo. Había heredado una importante suma familiar, además de una posición legítima en la alta sociedad británica. Se casó con Helen, que murió en el parto de su primogénito, y el pequeño Bradford abandonó este mundo un día después. Las nupcias con su segunda esposa, Catherine, llegaron seis meses más tarde, aunque en los cinco años que estuvieron casados la unión no fue bendecida con descendencia. Catherine se sentía tan mal por la insistencia de su marido y su incapacidad para quedarse encinta, que un día se lanzó desde lo alto del acantilado de Negril. Su cuerpo fue devuelto por el mar Caribe días después, cuando los peces y las aves ya habían dado buena cuenta de su carne.

A Lord Archibald Bradford, su tercera y última esposa, Mary Ann, le pareció de lo más adecuada y fecunda. Sus caderas anchas y pecho generoso fueron las características que lo hicieron decantarse por ella, y se empleó cada día en la labor de dejarla preñada durante los tres primeros años de su matrimonio. Pero Mary Ann no solo no le dio un heredero, sino que, harta de la presión de su marido y avergonzada por su hábito de forzar a las doncellas, volvió a Escocia y falleció de tuberculosis casi una década después.

Y pasaron los años para Archibald, sin esperanzas de que aquel imperio y aquellas riquezas fuesen a parar a nadie de su sangre. La abuela de Paul se llamaba Violet y tenía quince años cuando

alumbró a su padre. Procedía de un linaje puro de esclavos que trabajaban las tierras de Lord Bradford, y su piel era oscura y brillante. Para Archibald ella fue una de tantas. Una joven menuda y poca cosa a la que no miró más de dos veces, y que por voluntad propia se acercó una noche al dormitorio del patrón, en un acto de respeto. Como si se sintiese un regalo, una ofrenda. Violet agradeció que Lord Bradford fuese tan viejo que apenas necesitó un par de empujones para terminar. Sintió vergüenza después, al ver crecer su barriga, y cierto asco al mirar a su hijo y notar el parecido con su padre.

Se lo entregó al viejo Bradford recién parido, y abandonó la estancia dispuesta a marcharse de la hacienda o a recibir una buena paliza por quedarse preñada sin permiso. Pero los años habían desesperanzado tanto a Archibald, que ver cumplido su sueño de un heredero lo llenó de alegría. Entregó a Violet una buena suma por él, a pesar de que no tenía por qué pagar por su propia simiente. Lo consideró un acto de buena fe para que aquella mujer pudiera comenzar en otro lugar, y lo hizo.

Desde aquel momento, y en los años que siguieron, el anciano se dedicó en cuerpo y alma a la educación de su hijo. Trajo a los mejores maestros de Europa: de esgrima, de lenguas diversas, de estrategia militar y también de arte y de música. Para conocer el negocio del azúcar, y la destreza con los números, se volcó él mismo en enseñarlo. Paseaban cada día por la plantación, y se llenaba el viejo Bradford de orgullo cuando su hijo Charles respondía con acierto a las preguntas de su padre. Le dio todas las herramientas que pudo para que nadie dudase jamás de su linaje: formación, modales, una cuantiosa herencia y un apellido ilustre.

Paul dejó que los rayos del sol de la playa de La Luz le acariciaran la cara. Llegarían al puerto en cuestión de una hora. Sonrió con sarcasmo al observar que su presencia provocaba un cuchicheo entre dos mujeres que paseaban por la cubierta. Si su abuelo hubiera estado vivo, tal vez hubiera dado un golpe sobre su mesa y hubiera espetado a las mujeres que él no era negro. Pero lo era. Había escuchado la historia oficial de la boca de su padre, quien la interiorizó hasta olvidar que su origen era fruto de la esclavitud y la

vergüenza. Pero Paul no lo olvidaba. Ese dinero que había pagado la mejor educación estaba manchado de sangre. Ese apellido al que todos hacían reverencia en Jamaica, y también en el continente, era el recordatorio del abuso y del sometimiento.

Se preguntó, mientras veía atracar el vapor, si no era Cyril también un esclavo. Paul nunca había entregado una bolsa de monedas a cambio de él, pero contar con el placer de poseerlo a demanda tenía un precio. Antes de que fuese suyo, lo había observado en las cacerías y también en los bailes a los que Cyril acompañaba a Sir Arthur Hydes. Aquel viejo arrugado y decrépito le recordó tanto a la imagen que Paul tenía de su abuelo... Sintió repulsión al imaginar cómo toquetearía la carne suave y joven de Cyril, cómo el hedor de su boca anciana continuaría sobre la piel del chico hasta tiempo después de lamerlo. La muerte de Sir Arthur Hydes supuso un pequeño revuelo en la secreta hermandad sexual de Londres. Se corrió la voz en los bailes de invertidos y también en las reuniones a puerta cerrada. Sir Arthur había fallecido en la cama mientras fornicaba con su joven pupilo, y los gritos de socorro del muchacho habían alertado al servicio, que necesitó de tres hombres para sacarle aquel peso muerto de encima.

Durante su entierro en Highgate, nadie quiso apreciar que un Cyril de apenas dieciocho años, vestido enteramente de negro, dejaba caer una lágrima en recuerdo de su «maestro». Paul también estaba allí, fue el único en acercarse al chico para darle el pésame. Ese fue el gesto que lo diferenció de los demás. Una muestra de respeto cuando Cyril más la necesitaba. Postores por su compañía había muchos, era guapo, con los ojos tan azules y claros que imaginaba uno tener delante a un ángel. Sus facciones resultaban finas, perfectas, de una candidez rara para su edad. De su porte podía apreciarse una familia noble, acomodada. Cyril Todd era alguien digno que no avergonzaba con su descaro ni desentonaba en presencia de gente importante.

A Paul no le hizo falta sino aguardar. Ni siquiera tuvo la osadía de invitarlo a su casa o enviarle regalos como hizo el resto. Él se quedó en un segundo plano, pero presente. Cyril, al igual que su abuela Violet, se presentó en su puerta por elección propia. Se rindió ante

la mejor de las alternativas. Ella optó por regalar algo que sabía que el patrón tomaría por la fuerza de igual manera, Cyril escogió el mejor entre los peores. Si tenía que ser propiedad de alguien, al menos lo sería de un hombre capaz de mostrar cortesía.

Paul Bradford descendió del vapor Loanda. Había anunciado su llegada por carta con tiempo, y sabía que Cyril acataría la orden de verse en el Gran Hotel Metropole, donde Paul había alquilado la mejor *suite*, con vistas a la playa. Se dirigió con decisión al grupo de cocheros y tartaneros, y eligió al mayor de todos, un hombre bajito y corpulento con el pelo blanco. Entregó tres monedas a tres chiquillos que correteaban por el puerto buscando algo en lo que ganarse una peseta, y con un movimiento de mano, les indicó que cargasen el equipaje en la trasera del coche. Estaba nervioso y sentía una punzada de angustia, como cuando presagiaba una caída en el precio del cacao, o una cosecha echada a perder.

Enviar a Cyril a Canarias había sido la única opción que se le ocurrió para evitar su pérdida. Le llegaban informaciones casi a diario sobre las tardes en las que el joven decía estar de compras o simplemente leyendo bajo un árbol en Regent's Park. Entendía, de alguna manera, esa necesidad suya de vivir experiencias con chicos de su edad, más jóvenes y enérgicos que sus compañías habituales. Lo hubiera aceptado si se lo hubiera dicho de frente. Podrían incluso haberlas compartido. Paul no le hubiera hecho ascos a una sesión nocturna en la que satisfacer a Cyril y al amante de turno hubiera sido la premisa. Le molestaba la mentira. Él no había mentido nunca. Había puesto las cartas sobre la mesa. Ver marchar a Cyril en febrero le resultó duro y abrumador, pero cerró los ojos y pensó que, cuando volvieran a verse, el joven se daría cuenta de que, tal vez, lo que tenían no era tan malo. Quería que Cyril lo eligiera, no por los regalos, no por el dinero, no por la posición ni por lo mucho que ganaba a su lado, sino porque lo quería.

CAPÍTULO 11

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, Barrio de Vegueta,
22 de marzo de 1909

El Cuerpo de Seguridad al completo tenía instrucciones claras de dar con José Romero. En un giro raro de los acontecimientos que sorprendió a Ingo Müller, el caso continuaba abierto. La diferencia de parecer le llamó la atención, no solo por el cambio drástico, sino porque el comisario había destinado a más guardias para seguir las instrucciones de Müller, con la premisa de dar con el «Asesino de la Careta», como lo llamaba la prensa local.

Arteaga no trasladó al equipo de investigación las palabras exactas del alcalde en su reunión: no es usted más que un tunante. Se guardó mucho de contar lo colorado que se puso ante Francisco de Bethencourt, con una mezcla de vergüenza e ira. Prefirió una versión en la cual ambos habían debatido tomando un jerez seco y habían coincidido en que había algo más que no cuadraba. La verdad era demasiado dolorosa. El comisario no solo vio desintegrarse su fantasía de una mañana llena de alabanzas, sino que se sintió cuestionado y ridiculizado cuando el hombre a quien tanto admiraba sacó a relucir la inconsistencia y la obviedad: en la lista de supuestas víctimas figuraba un hombre a quien no había encontrado muerto. Al menos, no por el momento.

Por ese motivo, había instrucciones de preguntar por Romero en las fondas, las tabernas y los cafetines. Habían cuestionado a los soplones habituales, a los rateros y hasta a las mujeres de mala vida que recorrían las calles cercanas al puerto. Los guardias uniformados mostraban el retrato de un José más joven, sacado de las fichas policiales de su etapa en prisión. Quienes lo conocían habían dicho que había encanecido prematuramente y que cojeaba un poco; no obstante, todos reconocían el hoyuelo característico en la mejilla.

Siete días después de comenzar la búsqueda, un aviso llenó a los agentes de esperanza. Alguien había mencionado durante una timba de mus que José frecuentaba «El Hoyo de Arenales», sobre todo en las noches previas al fin de semana. Si era cierto y lograban dar con

él, podrían interrogarlo con respecto a las muertes. Aventuraban que no sería tarea fácil, José Romero se había convertido en un experto en desaparecer a la vista de todos.

—De acuerdo —indicó Müller—, iremos esta misma noche. Es viernes. Lo mejor será que vayamos usted y yo, Ramos. Rubio no tiene demasiada experiencia, lamento decirlo, pero así es. Romero no se nos puede escapar. Y en cuanto a usted, Torres, ¡bonito momento para sufrir un ataque de gota!

—Cosas de la vida, inspector —se excusó este con la pierna en alto, apoyada sobre una silla.

—De la vida y de la buena comida —puntualizó Ingo—. Debería cuidarse. Si no lo hace por usted, hágalo por Antonia y los niños.

—Inspector, cuando dice usted que iremos esta noche, ¿a qué se refiere? —interrumpió Ramos.

—Al «Hoyo», Ramos. ¿No ha dicho el chivato «El Hoyo de Arenales»? Pues ahí mismo. Si la información es cierta, es muy probable que Romero acuda hoy.

—¡Ah, no, señor! ¡Yo a ese sitio no voy ni harto de ron! ¡Conmigo no cuente!

Rubio alzó las cejas ante la falta de respeto del veterano.

—¿Cómo dice usted?

—Como lo oye, inspector. Yo ahí no me meto. ¿Y si me hacen algo? ¿Y si salgo de allí, ya sabe, soplando nucas? No, no, yo allí no voy.

—Pero ¡¿qué sandeces está usted diciendo?! —Ingo Müller no salía de su asombro.

—Que no, inspector. Que en esa casucha entran los desviados a frotarse, a besarse y sabe Dios cuántas cosas más. ¡Solo me faltaba a mí que un invertido me tocara! Saldría de «El Hoyo» pegando tiros, ¿me oye?

—Ramos, no le estoy pidiendo opinión. ¡Es una orden! —bramó Ingo.

—Ordene usted lo que quiera y ya sabe que yo acato, refunfuño, pero acato. Pero no me puede pedir que vaya allí.

—Será poco más de una hora: iremos, entraremos, comprobaremos si está y, cuando salga, lo seguimos.

—¡Encima entrar! No, inspector. Ábrame un expediente,

sancióneme si quiere, pero no pienso ir —insistió Ramos.

—Hombre, inspector, yo porque estoy con la gota, pero tampoco iría si no la tuviera, la verdad sea dicha.

—¡¿Pero hemos perdido todos la cabeza?! Saben de sobra que resolver este caso es de prioridad máxima. Llevamos buscando a Romero una semana. ¡Una semana! Lo encontramos y ¿ahora «sus señorías» no piensan hacer su trabajo? ¡Salgan de mi vista! —estalló Müller, dando un manotazo a un montón de papeles y lanzándolos al suelo.

El inspector estaba a punto de darse por vencido. Tres muertos, ni un solo indicio aparte de Romero, y un equipo que cuestionaba sus órdenes y que estaba más interesado en quedar bien con el comisario que en hacer justicia. Se dejó caer en la silla ubicada detrás de su escritorio y exhaló sonoramente mientras trataba de tranquilizarse.

—Iré yo, inspector —la voz de Iván Rubio era una mezcla de cautela y valentía.

—Rubio, se lo he dicho, está usted muy verde como para ir, sin ánimo de ofender.

—No es que haya muchas más alternativas, inspector.

No volvieron a mencionar el tema... hasta que terminó la jornada y tampoco lo hicieron al quedarse solos. Era viernes, y tanto Ramos como Torres se habían despedido hacía horas hasta el lunes siguiente. Müller sentía cierta incomodidad por la propuesta de Iván, alguien tan joven como él no debía ver según qué lugares. El propio Ingo no había estado en «El Hoyo» más que una vez. Le pareció un lugar que desprendía desesperación y oscuridad, a pesar de que el ambiente rezumaba olor a sexo y a sudor. En aquella ocasión, unos años atrás, a pesar de que la intención fue encontrar a alguien con quien aliviar el deseo, salió de allí espantado por la situación. Más de una veintena de hombres, algunos acompañados y otros tantos solos, se ocultaban en la noche. Algunos se arrodillaban delante del primer falo que eligieran, otros se apoyaban de cara a los muros mientras eran penetrados por desconocidos sudorosos. El gemido era el único sonido de fondo, unánime y desesperanzado. Nadie admitía haber estado allí, porque hacerlo era el equivalente a formar

parte de una jauría viciosa y desesperada.

Aquella noche, Ingo salió de «El Hoyo» de vacío y deambuló por las proximidades de la playa, donde a veces había tenido la suerte de encontrar con quien pasar un rato. Un joven salió del agua entonces, completamente desnudo, y se recostó sobre la arena a la espera de compañía. Ese tipo de señal era sencilla de reconocer. Un hombre solo, mirando hacia el horizonte, que fijaba los ojos en el recién llegado. No hacía falta invitación, aquella era la invitación. Müller asumió en aquel momento que el desconocido era extranjero porque murmuró alguna palabra en inglés al llegar al clímax. Sonrió al darse la vuelta y encararlo, revelando una dentadura perfecta y un bigote fino y bien cuidado. Hizo ademán de besarlo, y el gesto fue suficiente para que Müller emprendiese la retirada y se fuese a casa. No le resultaba fácil confiar tanto como para besar a nadie.

—¿Nos vamos, inspector? —la pregunta de Rubio lo devolvió a la realidad.

—Le insisto en que no creo que sea buena idea que venga. Lo que ocurre allí... quiero decir, que aún no tiene usted la experiencia como para no impresionarse.

—Ya me lo ha dejado claro Ramos. Un lugar de encuentro para hombres que buscan intimidad con otros hombres. ¿Es correcto?

Ingo asintió.

—En Madrid también los hay. No es que sea un niño inocente, inspector. Le recuerdo que el mismo Comisario General y director de la Escuela de Policía de Madrid, el señor Millán Astray, escribió una carta de recomendación sobre mis capacidades. No me insulte usted considerándome casi un alfeñique.

—No he pretendido ofenderlo. Lo considero a usted muy capaz, y en cuanto a si es usted o no débil físicamente, a la vista está que no lo es.

—Pues, entonces —concluyó Iván poniéndose en pie y plantándose delante de Müller— detrás de usted.

Era una tarea complicada toparse con el lugar si uno no lo conocía. Las dunas de arena ocultaban hábilmente la edificación de la vista de cualquier curioso. Sendos candiles alumbraban la puerta en su parte más baja, ubicados a una altura que no revelase a lo lejos la

cara de los visitantes. Ingo e Iván se agazaparon tras un grupo de palmeras, hacia la izquierda de la construcción. La luna ofrecía cierta claridad, pero no estaba siquiera en cuarto creciente. Aun con ella, la negrura era inmensa y pesada, y no podía verse más allá de unos metros.

—¿Cómo sabremos que está dentro, inspector? —susurró Rubio.

—Aguardaremos.

—A esta distancia será difícil identificarlo. Solo sabemos que está lleno de canas y cojea. Con esa descripción podríamos equivocarnos con mucha facilidad. Además, el hoyuelo no se aprecia desde tan lejos.

—No veo más alternativa, la verdad. Esperaremos, Rubio. Tenga paciencia.

—Podríamos entrar y comprobarlo —propuso Iván.

—No, nos quedaremos aquí. Además, tenemos una pinta de «secreta» que espanta.

—Usted tal vez, pero a mí nadie me conoce en la ciudad. Soy un recién llegado. Entraré yo. Echaré un vistazo para ver si está dentro y luego saldré. Cuando cruce la puerta, lo seguiremos.

—¡De ninguna manera! No pienso dejar que entre usted solo —advirtió Ingo.

—Me lo dice como si fuera un niño de pecho, inspector. Sé cuidarme bien.

—Le he dicho que no —añadió Müller en voz baja, tratando de enfatizar la orden.

—¿No se da cuenta de que quizá estamos perdiendo el tiempo? Ya llevamos más de una hora aquí y ni rastro de Romero.

Iván Rubio no esperó una respuesta, se puso en pie y comenzó a caminar en dirección a la puerta. Escuchaba los susurros de Müller a su espalda. Sabía que le caería una buena bronca, pero no le importaba en absoluto. Agachó la cabeza al llegar junto a la fachada, y tocó tres veces antes de escuchar descorrer el cerrojo. Tras depositar el pago, cruzó la estrecha distancia entre el acceso y el patio central, y tragó saliva ante la situación. Se había pasado de listo con Müller diciendo que no se impresionaba con facilidad. La luz natural daba un aspecto grisáceo a la estampa. Los cuerpos

semidesnudos se movían aquí y allá. Rubio decidió recorrer todo el lugar, simulando buscar a alguien para pasar la noche. Trataba de fijarse en las caras todo lo posible, a pesar de que algunos bajaban la mirada hacia el suelo y otros tenían la boca ocupada entre las piernas o las nalgas de alguien.

Había hombres de todos los aspectos, alturas y complexiones allí. Altos y desgarbados, rechonchos, esbeltos y bien formados. Los había peludos como osos y también lampiños como querubines. El más gordo de todos, con una grasa que formaba hasta tres pliegos en su barriga, estaba sentado sobre una banqueta de madera y, de pie en torno a él, cuatro hombres agitaban sus miembros hasta descargar las ansias sobre la piel del primero. Él se frotaba las carnes, como si aquel líquido viscoso fuese un ungüento para la belleza.

Otro, bajito y poca cosa, daba la vuelta a un hombretón que le sacaba dos cabezas y lo giraba hasta colocarlo de cara a la pared. El más grande de los dos gemía con cada nalgada que le propinaba el hombrecillo y le rogaba que lo follase. «Follar». No era la primera vez que Iván escuchaba aquella palabra moderna, aunque le resultaba rara la novedad. Imaginó que la alternativa de usar «fornicar» no hubiera sonado ni la mitad de sensual. Volvió a oír al hombretón sumiso rogar «fóllame», y sintió una mano agarrarlo y llevarlo a él también contra la pared.

Iván forcejeó con el desconocido que le tapó la boca, lo miró con dureza y susurró: «Rubio, se ha vuelto usted totalmente loco».

CAPÍTULO 12

Gran Hotel Metropole, 28 de mayo de 1899

Cyril terminó de acicalarse frente al espejo del vestidor. Había dormido poco, pero a su edad esa no era excusa para saltarse una mañana de visitas y de paseos. Repasó su atuendo una vez más. Le gustaba vestir de azul siempre que podía, resaltaba el color de sus ojos, aunque en climas cálidos lo combinaba con pantalones de tonos claros. Jugueteó con el interior del cofrecito de nácar, que guardaba en el cajón del mayor de los baúles, y eligió una sortija con una esmeralda. Adoraba las joyas, cuanto más caras, más elaboradas y pesadas, tanto mejor. Sonrió al colocársela en el dedo anular, en recuerdo del momento en que Paul se lo regaló, como si aquel anillo fuese su equivalente a un compromiso.

Cyril hurgó un poco más en el joyero y extrajo el viejo reloj de bolsillo de Lord Archibald Bradford. Era una pieza preciada y única, cubierta de oro de veinticuatro quilates y grabada con esmero, formando hojas que recordaban a la caña de azúcar. En la tapa exterior que protegía la esfera, la omnipresente inicial del apellido familiar. Para Paul era importante tenerlo, le recordaba a su procedencia y también todo aquello que quería olvidar. Jamás salía de casa sin él y no dejaba que Cyril lo llevase, por miedo a perderlo.

—Déjalo en su sitio, por favor —recordó Paul, que lo contemplaba sin perder detalle desde la cama—, sabes de sobra que no me gusta que lo cojas.

—Quieres más a este dichoso reloj que a mí.

—¿Seguro que tienes que irte? —El *terrier* se dejaba acariciar mientras dormitaba con la cabeza apoyada sobre el regazo de su amo cuando Paul hizo la pregunta.

—Querido, ya te he dicho que todos los domingos voy a la iglesia. Está cerca, volveré enseguida.

—En casa nunca ibas a la iglesia. Parece que el calor te ha vuelto muy devoto —ironizó.

—Y a ti te ha convertido en un celoso. —Cyril se acercó a la cama y se inclinó para darle un beso corto en la mejilla—. Cuando regrese

podemos ir a almorzar, ¿qué me dices? Hay muchísimas cosas que quiero enseñarte. Soy tan feliz aquí...

—Eso salta a la vista. —Paul se tomó un momento de reflexión mientras Cyril se perfumaba una última vez. Quería estar equivocado con tanta fuerza... Quería que la carta de John fuese una infamia, quería que Cyril se echase en sus brazos y le dijese cuánto lo había extrañado, o cuántas veces había soñado con su llegada—. Espera, me visto enseguida, iré contigo. No creo que me haga mal parecer respetable de vez en cuando.

—Querido, ya llego tarde. El domingo que viene quizá. No tardaré más que unas horas, lo prometo —dijo el joven justo antes de salir con rapidez del dormitorio.

Paul Bradford se vistió con tranquilidad, no tenía prisa por llegar a ningún sitio. Recorrería el trayecto siguiendo las indicaciones del botones apostado en la puerta del hotel. Caminaría hacia arriba, en una línea recta y perpendicular al mar. Dejaría que el *terrier* se tomase su tiempo olisqueando la vegetación salvaje, y no apremiaría al animal en seguirlo. Luego, entraría en la Holy Trinity Church y buscaría a su amante con la mirada, pero sabía que Cyril no estaría allí recitando salmos o rezando.

Mientras sorteaba el camino y divisaba a lo lejos la casita de madera ubicada junto al templo, pensó en la carta de John y en su apremiante narrativa. Siempre había sido algo dramático. Decidió no entrar en la iglesia y confirmar su sospecha, no le apetecía ponerse de mal humor tan temprano. En cambio, subió las escaleras del porche del chalé de madera y llamó a la puerta. Una doncella uniformada con aspecto de no tener un buen día lo hizo pasar y saludó al can por su nombre como si estuviera habituada a tenerlo en la casa. Paul esperó en el salón curioseando las fotos sobre el aparador y también las pinturas que decoraban las paredes.

—¡Bienvenido, amigo! —John Alexander Stewart vestía de domingo con un traje beige y una corbata de lazo gris claro. Su cara lucía demacrada y ojerosa a pesar de que trataba de sonreír.

Se fundieron los dos en un abrazo y, acto seguido, John se dejó caer sobre la butaca ubicada junto a la ventana. Entraba a raudales el aire de la mañana y el sol lo inundaba todo, mostrando cada

pequeño resquicio de sentimiento en su semblante.

—Me has escrito para que viniera cuanto antes y aquí estoy —comenzó el recién llegado.

—¿Le has pedido explicaciones? Debería avergonzarse por comportarse como lo ha hecho. Este es un sitio pequeño, Paul, aquí la comunidad está muy unida. ¿No crees que será motivo de chismorreo el verlo corretear detrás de cualquier joven? No tiene reparos en dejarse acompañar por unos y por otros. Un marinero hoy, un trabajador de la Elder mañana, si hasta con un muerto de hambre que conduce una tartana ha estado paseando como si fueran amigos de toda la vida. ¡Qué bochorno! Mi esposa y yo hemos tratado de acogerlo como a un miembro de nuestra familia, y no digo que al principio no haya estado con nosotros, pero desde que trasladó su alojamiento a Triana, las cosas han ido de mal en peor.

—¿Por qué no lo sueltas ya? Creo que nos conocemos demasiado bien como para que te andes por las ramas —lo apremió Paul.

—Me preocupa su buen nombre y el tuyo. Considero que no te mereces que traicione tu confianza con tanto descaro. Si no fuera por ti, sabe Dios a qué se tendría que dedicar.

—¡Así que se trata del buen nombre de los Todd y de los Bradford, nada menos!

—Pues sí, de las familias de los dos. Su madre me ha escrito también, hace tiempo que no sabe nada de él y está preocupada.

Paul dejó salir una carcajada.

—Me parece que los reclamos que quieras hacerle a Cyril deberían salir de tu boca, querido John, no de la mía y aún menos de la de su madre. Desconozco qué clase de promesas te ha hecho, aunque si tuviera que apostar, apostaría a que no te ha hecho ninguna.

John frunció el ceño. Su cara mostraba una mezcla de falsa sorpresa y enfado.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar, pero si estás insinuando que me interesa algo más que únicamente velar por su reputación y, de paso, la tuya, te equivocas.

—¿Me equivoco? No, John, creo que no. Supe desde el primer día en el que viniste a casa a visitarnos, cuando te presenté a Cyril, que

te sentías atraído por él. No te culpo, sino todo lo contrario, te entiendo. Es muy guapo, dulce y gracioso cuando le apetece. Cuando enfermaste y dejaste Londres, pensé que no tardarías mucho en escribir, en llenarle la cabeza con tus historias de las muchas aventuras que podría vivir aquí, lo maravilloso que era todo. Y Cyril... mi Cyril es impresionable. Es curioso como un gato. Pobre John, pensaste que para él tú eras algo más que una distracción pasajera, ¿verdad? Creíste que Cyril caería rendido a tus pies, y que me escribiría para decirme que se había enamorado de ti. ¿Es eso?

—Me insultas si piensas que yo te traicionaría de esa manera tan baja —dijo John Stewart, ofendido.

—¡Eres un iluso! A Cyril solo le importa él mismo. Nadie más, ni siquiera yo. Solo hay una cosa que mi chico ama más que el lujo y el dinero: la diversión. Y me temo, querido amigo, que tú solo le resultaste interesante durante un breve período de tiempo. Y ahora, después de usar a tu antojo lo que es mío, vienes a rogarme, no —bufó—, a exigirme que le pida cuentas de sus actividades mientras yo no estoy. Pero tú, ¿quién te has creído que soy? ¿Tu mamporrero? ¿Pretendes que te sujete las vergüenzas mientras penetras a mi amante? ¿Quieres que te ayude a que se la metas mejor? ¿Que lo obligue a que te corresponda? Cyril es mío, no te equivoques. Me cuesta muy caro su cariño. No se conforma con nimiedades. La mejor ropa, las mejores joyas, los mejores restaurantes y hoteles. Clases de piano, de violín, de español, de francés, de esgrima. —Paul volvió a reír—. Nombra un capricho, el que sea, que a él se le habrá ocurrido antes que a ti y con un coste considerable. ¿Eres capaz de darle eso? Los dos sabemos que no.

Lord Bradford guardó silencio. Esperaba una respuesta, una defensa por parte de su amigo de toda la vida, pero John estaba mudo. No se había dado cuenta de la obviedad de su interés por el joven.

—No dices nada. Quien calla otorga, John. ¿De verdad consideraste posible que Cyril te quisiera? No lo conoces en absoluto, y a mí tampoco. He aguantado porque sabía que tarde o temprano esta tontería acabaría, al menos por su parte. Te ha dejado porque no eres suficiente para él. No eres joven y tampoco rico, fin de la

historia. Yo al menos cuento con una de las dos bendiciones. Que corre detrás de unos y de otros, dices, no es nada que me sea ajeno ni siquiera que me sorprenda. Yo también tuve veinte años. ¿Tú no? Si no recuerdo mal, cuando los dos los teníamos, no había noche en la que no acabáramos en una cama diferente. Y para colmo, te atreves a montar todo este numerito, me apremias para que venga con la estratagema de que hay rumores sobre él. Amigo mío, tanto en esta isla como al otro lado del mundo, solo hay una cosa que la gente respeta: el dinero, y de eso yo tengo mucho.

—Puede que yo no sea nada para él —el tono de John Stewart era fiero, a pesar de hablar con un hilo de voz—, pero a ti te ha cambiado por un pordiosero al que daría hasta reparo acercarse para darle una limosna. Piénsalo. Te resulta fácil acusarme de penetrar a tu amante, pero ¿no se te ha ocurrido pensar que las mismas nalgas que tú disfrutaste anoche las ha sobado toda la ciudad? Tendrás suerte si no pillas la sífilis o cualquier otra enfermedad que contagie la gentuza con la que se restriega en Dios sabe qué lugar.

Lord Bradford levantó a John por las solapas de la chaqueta y lo zarandeó con fuerza.

—No te atrevas a ensuciar su nombre si no quieres que acabe contigo. ¡Vamos! Sigue hablando así de él, acúsalo de algo más, y no tendrás que esperar a que te lleve por delante la tuberculosis, me encantará hacerlo personalmente.

—Y yo que me compadecía de mí mismo... ¡Ay, Paul! Parece que el iluso eres tú. Yo solo he sufrido un desengaño, pero tú, pobre Paul. Tu Cyril, como lo llamas, ya fue mío en Londres, no me hizo falta atraerlo hasta aquí con mentiras ni excusas. Ya se me ofreció allí mismo, y hasta fornicamos en tu cama. Sí, Paul, en tu cama. Me corrí sobre tus sábanas, aunque, si te soy sincero, primero lo hice sobre él. Pero tienes razón, es muy guapo, y tiene una lengua capaz de obrar maravillas. Supongo que eres consciente de que la misma boca en la que yo descargaba era la que besabas tú al llegar a casa tras un largo día de trabajo amasando ese dinero que, como bien dices, paga su cariño. La ironía es que a mí no me ha hecho falta un penique para ganarme sus atenciones. Te tranquiliza el pensar que es Cyril quien te necesita, cuando la cruda realidad es que el esclavo

eres tú.

CAPÍTULO 13

El Hoyo de Arenales, madrugada del 23 de marzo de 1909

La respiración de los dos era agitada. Iván Rubio, por haberse llevado un susto de muerte, e Ingo, porque estaba tan enfadado que ganas no le faltaban de darle un buen puñetazo al agente. Sin embargo, se acercó a su oreja para hablar muy bajito, como única forma de comunicarse dentro de aquel lugar.

—¿Lo ha visto?

Iván negó con la cabeza antes de tirar de Müller para que este se agachase un poco y él también pudiera hablarle al oído.

—No me ha dado tiempo a dar una vuelta completa. Tendría usted que haber esperado a que saliera, insp...

Müller chistó sobre su boca, presa del pánico. Solo faltaba que terminase aquella frase. Si los descubrían, no saldrían vivos de allí. Encaró a Iván, lleno de pudor por haberse acercado tanto a sus labios, bajó los ojos y apretó la mandíbula. Se encontraba incómodo, tenso. A su derecha, los quejidos del hombretón resonaban. El bajito se empleaba a gusto con él, cumpliendo su petición. A su izquierda, un hombre solo, con la mano oculta en su pantalón, sacudía su entrepierna con esmero.

Müller se separó de Iván, sintió vergüenza de haberse acercado tanto y se retiró, dejando un espacio considerable entre los dos. Un tercer visitante identificó el ademán como una invitación a sumarse a ellos, pero la respuesta a la intromisión fue tan enérgica como inmediata: Müller apartó al intruso de un empujón y abrazó a Iván con fuerza. Se habían metido de lleno en la boca del lobo y debían aparentar ser parte del rebaño, aunque aquello fuese incómodo para los dos.

—Lo siento —murmuró al contacto con el cuerpo de él.

Rubio inspiró con calma y cerró los ojos. En una fracción de segundo, los mayores temores de Müller llenaron su cabeza. Imaginó la queja oficial al día siguiente. Iván Rubio ni siquiera esperaría a que llegase el lunes para presentarse en casa del comisario Arteaga. Relataría cómo el inspector había tratado de

seducirlo en un antro de pecado. Toda la comisaría sabría qué clase de hombre era Ingo Müller: un soplanucas, como los llamaba Ramos, una maricona, como decía Torres, un desviado más de los tantos que buscaban un poco de calor en la noche.

Una erección fue lo único que frenó su tragedia interna. Al principio ni siquiera se dio cuenta de ella. Solo veía que Rubio estaba visiblemente alterado y no se atrevía ni a mirarlo a la cara. «Lo he incomodado», pensó. «¿Cómo diantres voy a explicar haberme pegado tanto a él?». Y entonces notó la excitación de Iván, ahí, contra su cuerpo. Cientos de momentos de las últimas semanas pasaron ante su memoria como escenas de un cinematógrafo averiado: Rubio con su pañuelo sobre la nariz o dando alegre los buenos días; Rubio buscándolo con la mirada en un salón de baile lleno de gente. En su recuerdo también estaban las veces en las que había alzado la vista de cualquier cosa y había encontrado los ojos de él, observando, o cómo había respondido a la pregunta de los veteranos sobre su estado civil, con un cauto «el matrimonio no es para mí».

Si su tío Asier tenía razón e Iván Rubio era de su equipo, entonces estaría pasando una tortura terrible. Sentiría bochorno, miedo quizá. De pronto, la estampa de vicio que los rodeaba pasó a un segundo plano. Le importaba poco. Solo quería que Iván no se sintiera atenazado por el terror de saberse descubierto. Ingo Müller entendía tan bien ese miedo... Se acercó a su oído una vez más y dijo un «vámonos» que provocó una reacción inmediata en el joven. Este abrió los ojos, negó con la cabeza y se despegó de él con la misión de dar con Romero de todas, todas. Ingo lo veía caminar entre los cuerpos, como si fuera un revisor de tranvía que comprueba si tienes en la mano el billete. Le pareció valiente y algo arriesgado, tozudo y fuerte. Tan tozudo como para replantearse las palabras de su tío, tan arriesgado como para considerar que podría tener razón, tan fuerte como para querer sentirlo cerca de nuevo.

Unos minutos más bastaron para que Iván se reuniese con Müller, lo agarrase por la muñeca y salieran los dos de «El Hoyo». Volvieron a resguardarse tras las palmeras y se agazaparon a la espera de no ser vistos.

—¿Seguro que está dentro? No es fácil distinguir a alguien con tan poca luz —insistió el inspector.

—Es él, parece mayor, pero el hoyuelo es inconfundible. También tiene una cicatriz en la otra mejilla.

—¿Cojeaba?

—No lo sé, inspector. No estaba caminando, aunque sí estaba de pie.

—Entiendo —resopló Ingo.

—Qué lugar tan triste... —Iván se había quedado mirando a la nada, como si en realidad se lo dijese a ella, o a sí mismo.

—Ha sido usted un imprudente al entrar solo. Podría haberle ocurrido cualquier fatalidad. No me lo perdonaría si algo malo le pasase por mi culpa. No vuelva a cometer una temeridad de esa clase, ¿me oye? Hemos tenido suerte de que nadie se diera cuenta, pero la cosa podría haber acabado muy mal para los dos.

Sostuvieron ambos la mirada y guardaron silencio. Parecía como si, en esos segundos de mutismo, hubieran sido capaces de entenderse completamente. La magia duró solo eso, unos segundos, y luego José Romero salió de la edificación.

Su cojera era más que evidente al verlo caminar sobre la arena. Andaba en dirección al mar, decidido y farfullando para sí mismo. Müller y Rubio lo seguían a cierta distancia, no querían asustarlo y que echase a correr. No obstante, en un momento de la marcha, José echó la vista atrás y apuró el paso. Disimular ya no era una opción. Müller hizo señas a Iván para que rodease el camino y lo cruzase de frente con la idea de cercarlo entre ambos. Para cuando Müller estuvo cerca de José, este trotaba dando zancadas sobre las dunas huyendo de él. Paró en seco al ver a Rubio plantársele delante. El agente jadeaba y cogía aire tratando de recomponerse tras la carrera, y Müller le enseñó las manos al sospechoso para que estuviera tranquilo, con ánimo de ganarse su confianza.

—¿Qué coño? No tengo una peseta, si lo que vienen es a robar, a mal árbol se han «arrimao».

—Tranquilo, José. Solo queremos hablar. Somos del Cuerpo de Vigilancia. Soy el inspector Müller, este es el agente Rubio. Queríamos hablar con usted por las muertes de Juan Miranda y

Ginés Pérez.

—¡Acabáramos! —bufó Romero—. ¡No pensarán que fui yo! Yo no soy un santo, no, tengo lo mío, pero a esos dos no les he puesto ni un dedo encima. Y a Barreto tampoco.

—No hemos dicho nada de Barreto. —Müller intercambió un gesto con Iván. José Romero coincidía con ellos en pensar que al empresario lo habían asesinado.

—Si hubiera tenido que matar a Juan, lo habría hecho hace años. Ganas no me faltaron cuando estaba de amoríos con mi madre, pero ahora... no era más que un pobre infeliz. En cuanto al otro, no lo conocía de nada.

—Pero declaró en el juicio contra ustedes —apuntó Rubio.

—No, señor. En el juicio dijo que no se acordaba de nada. Eso dijo, e hizo bien. Es lo que toca cuando uno tiene miedo: mantenerse calladito. Y eso es lo que voy a hacer yo, porque sé lo que me conviene. No me arrancarán nada más, aunque me den de palos. ¡Llamen a la Guardia Civil, vamos, llámenla! Que me revienten si quieren, pero de mi boca no saldrá nada.

—Aquí nadie va a llamar a nadie. Estamos hablando tranquilamente, José —lo calmó el inspector—. Podemos ponerle protección, ¿sabe? Si le preocupa que den con usted, podríamos llevarlo al cuartel y le aseguro que allí nadie se atreverá a entrar.

José comenzó a reír nerviosamente.

—Tiene guasa, aquí, el amigo —dijo en dirección a Iván—. Que me van a proteger, dice. Grábese esto bien en la sesera: no hay ningún lugar en esta tierra en el que pueda esconderme, ¿me oye? Ninguno. Si no me ha matado todavía es porque me ha dejado para el final. Es solo cuestión de tiempo.

—Tranquilo, José, podemos ayudarle. Confíe en nosotros. Confíe en mí. Le aseguro que no hay nada que me importe más que atrapar a los culpables —insistió Ingo Müller.

Romero volvió a reír.

—Los culpables... Y ¿quién va a cantar? ¿Quién va a decir que este o aquel fulano, por cuatro duros, le rompió el cuello a Miranda, o que el otro le arrancó los ojos a «La Inglesita» sin pensárselo dos veces? El dinero manda, amigo, y el hambre obedece. Es sencillo. ¿O

se cree usted que yo entro a ese sitio asqueroso por gusto? ¡No me insulte, eh! ¡Que yo soy muy hombre! ¡Que tengo hijos a montones desperdigados por todo Buenos Aires!

—Lo entiendo, José. Está usted en una situación complicada, por ese mismo motivo le brindo mi ayuda. Si alguien ha cobrado por esas muertes, entonces alguien ha pagado por ellas. Y usted sabe muy bien quién es ese alguien.

—Un fantasma, amigo. Un fantasma. No hay nadie más escurridizo que un muerto. —Sin añadir a aquella frase demoledora ni una coma, José le propinó un puñetazo a Iván y sacó una navaja del bolsillo.

El forcejeo entre los tres duró unos minutos más, hasta que se escucharon voces detrás de ellos, y José se zafó de Müller lanzándole un navajazo en el pecho antes de salir corriendo entre las dunas.

CAPÍTULO 14

Playa de Santa Catalina, madrugada del 28 de mayo de 1899

Paul estaba agotado. Se había pasado buena parte del día discutiendo con Cyril, y casi toda la noche en la cama con él. Sabía muy bien que el sexo no había supuesto para ninguno de los dos el equivalente a hacer las paces. Para él representó la única manera de tomar el control de la situación de nuevo, su propia forma de recordarle a «su chico» quién mandaba.

Sentado en la arena, notando las olas de la marea baja romper a sus pies, se asqueó de sí mismo. Había sido duro con él en el ataque dialéctico, pero más duro incluso en su incursión física. Cyril, sin embargo, no se quejó. Soportó la situación con la resignación de quien se considera una fruta a punto de ser comida. ¿Era eso lo que la sangre de Archibald Bradford hacía con Paul?, ¿convertirlo en una bestia capaz de ser despiadado solo por demostrar quién estaba al mando?

Allí, en mitad de la noche, imaginó a su abuela Violet bajo el viejo Bradford, y cómo él emplearía la misma fuerza con ella. Vomitó sobre la arena una mezcla de bilis, angustia y remordimiento. No quería ser una réplica coloreada del viejo. Amaba a Cyril, lo amaba tanto que el miedo de perderlo lo había cegado hasta el punto de no darse cuenta de la realidad. Él jamás le correspondería, no así. No por la fuerza y bajo sus términos. Su juventud, su belleza y su falta de empatía por cualquier dolor que causase en Paul o en el amante de turno lo hacían incapaz de corresponder a nadie.

Ni siquiera los juegos con los jóvenes locales suponían para él algo más que eso, juegos. No albergaba ningún sentimiento más allá de la emoción, de la diversión momentánea. El capricho de un niño malcriado que quiere un juguete hasta romperlo, para soltarlo sin pudor y encandilarse con uno nuevo y reluciente, y luego con otro, y luego con otro.

Paul no había querido ver la verdad porque era dolorosa. Debía decirle adiós a Cyril y seguir adelante. Lo decidió allí mismo, aquella madrugada. Daría instrucciones al día siguiente para preparar el

viaje, dejaría el hotel en cuanto el siguiente vapor estuviese listo para zarpar. Admitiría la derrota, volvería a casa y olvidaría que una vez soñó con ser amado, porque ninguna relación auténtica puede surgir de la necesidad y la sumisión. Su amigo John tenía razón. Quizá Paul era el esclavo después de todo. ¿Quién era el necesitado, el sumiso de los dos? La obviedad apuntaba hacia Cyril. Era el joven quien requería de una manutención y una suma mensual para su madre. Era Cyril quien se tumbaba de espaldas cada noche, quien complacía, quien accedía, quien acompañaba, asentía y sonreía. ¿Eso lo convertía en el sumiso de los dos? ¿O la realidad era otra? A veces el dominio puede estar disfrazado de síes, y la sumisión vestirse de control. Cyril controlaba a Paul desde abajo, y como había hecho con todos sus amantes, lo había convertido en una sombra de sí mismo.

CAPÍTULO 15

Casa Brown, madrugada del 23 de marzo de 1909

La cocina de la casa Brown tenía un tamaño considerable y ocupaba el sótano de la edificación. Se accedía a ella, a los almacenes de víveres y a las áreas de servicio a través de una escalera en la parte trasera de la casa. Ingo Müller hizo pasar a Iván antes de buscar, en el armario de la ropa blanca, un paño con el que limpiarle la sangre de la cara. Humedeció el más adecuado con un poco de agua y lo dobló en cuatro, formando una torunda.

—Tenga —instruyó, al tiempo que levantaba la barbilla de Iván Rubio con la mano e inspeccionaba su cara— presiónelo sobre el mentón. Le vendrá bien.

—No puedo creer que lo hayamos perdido. ¡Somos unos imbéciles! ¡Se nos ha escapado, inspector!

—Ahora eso es lo de menos. ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Ingo a un Rubio que asentía—. Pese a la cojera, ese Romero es una mala bestia. Me temo que el golpe le dejará señal durante unos días.

—¡Sabe mucho más! Él sabe quién ha sido, inspector. Tenía miedo, podía palparse el terror en él. ¡Deberíamos volver ahora mismo, seguir buscando, llamar a más guardias!

—Se nos ha escapado y punto. ¡Así que déjelo ya! —El ímpetu con el que Ingo pronunció la frase provocó un quejido grave e incontrolado de su boca, y su torso se encogió de dolor.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, no es nada, Rubio. Estoy bien.

—Déjeme ver —insistió el agente—. ¿Le ha golpeado?

—Le he dicho que no es nada.

Iván inspeccionó la chaqueta en la zona sobre la que Müller había colocado su mano. Había sangre y un tajo había rasgado la tela.

—¡Madre mía! ¿Cómo no ha dicho usted nada? Lo ha herido. Quítese la chaqueta y la camisa, hay que echar un vistazo ahora mismo.

—Le he dicho... —comenzó de nuevo Ingo, pero Iván no estaba dispuesto a cejar en el empeño. El inspector lo sabía por su tozudez

habitual con cualquier otra cosa. Sería en vano discutir con él, se empeñaría durante horas hasta convencerlo, y Müller no tenía energía para debatir al respecto. Bajó la mano que le cubría la parte alta del pecho, a escasos centímetros de su clavícula, y dejó caer los hombros.

Iván Rubio retiró la tela con cuidado hasta llegar a la camisa, y desabrochó la parte superior de la blusa hasta que tuvo el pecho desnudo de Müller delante. La navaja de José Romero lo había alcanzado, pero las capas de ropa habían amortiguado el tajo y sobre su piel solo había un corte largo y poco profundo.

—Es solo un rasguño, ha tenido usted suerte. De haber presionado un poco más... —Iván calló el final de la frase. Se le había hecho un nudo en la garganta ante la sola idea de considerar que aquel criminal de poca monta pudiera haber acabado con el inspector. Y fue en ese momento justo en el que se dio cuenta de que Müller, con su aspecto serio y callado, le importaba mucho más de lo que él hubiera llegado a imaginar.

—Estoy bien. Sanará por sí solo —dijo Ingo tranquilizándolo.

—Lo siento, inspector, pero me parece que, aunque le cueste la vida, va a tener que hacerme caso usted a mí, solo por esta vez. Hay que limpiarlo bien o se infectará. Quítese la chaqueta y la camisa, por favor. No sea terco, le aseguro que tengo toda la noche para insistir hasta que ceda.

Müller resopló con resignación y se despojó de la ropa. Había apoyado el trasero en el canto de una encimera de mármol, y aguardaba con paciencia mientras Iván daba vueltas a la cocina seleccionando ingredientes y utensilios. El joven salió durante unos minutos al exterior, y regresó con varias varas de lavanda en las manos. De vez en cuando, mientras mezclaba y molía en un mortero las flores, el ajo, la miel y el orégano, echaba un vistazo de comprobación en dirección a Ingo, como si quisiera cerciorarse de que no se había desplomado o esfumado.

—Ya está. Sé que huele mal y que usted no cree que sea de gran ayuda, pero este es un remedio de mi abuela. Le aseguro que es mano de santo.

Iván se acercó a él con cautela, pasó sobre el pecho de Ingo el

paño aún mojado que había utilizado en su cara y que había vuelto a enjuagar con agua limpia. El frío del contacto hizo estremecer a Müller, a pesar de no emitir ningún sonido. Se había propuesto aguantar estoicamente, aunque la herida le escocía y notaba un latido caliente sobre ella. Rubio hundió a continuación el dedo índice en la mezcla del mortero, y, utilizándolo a modo de pincel, comenzó a cubrir toda la longitud de la abertura. Sopló con cuidado sobre el pecho de Müller, sin pensar antes en la reacción que su aliento podría causar en él. Y la fortaleza del inspector se disipó al dejar salir un gemido tenue.

—¿Le hago daño? No pretendía...

—No pasa nada. Le digo que estoy bien —insistió Ingo mordiéndose la lengua.

—Me temo que hay que aplicar varias capas, de lo contrario no servirá de nada.

Müller apretó los dientes e inspiró con calma antes de mover la cabeza en señal afirmativa. Decidió concentrarse en un punto de la cocina, eso haría. Dejaría la mirada fija en los moldes de cobre que Ermelinda había colocado en el estante de enfrente. El proceso no tardaría demasiado. Aplicar varias capas de ungüento sobre una herida de ese tamaño no supondría una eternidad. Podía aguantar, aunque la mezcla le quemaba al contacto con su carne abierta, aunque el olor del ajo y la lavanda produjesen en su nariz la necesidad de taparla o estornudar. Lo que realmente lo derrotaba era el aliento de Iván sobre su pecho. Aquella no le resultó una combinación sanadora, sino un tónico para combatir la impotencia. Ingo agradeció la luz tenue de la cocina. Con ella estaba a salvo.

—Creo que nos merecemos un coñac —anunció Müller media hora después. Se había vuelto a poner la camisa rasgada, aunque la mantenía desabotonada por indicación de Iván, con la intención de que la crema secase.

Habían subido los dos a la planta principal y habían entrado en el estudio en el que Müller pasaba la mayor parte de su tiempo en la casa. Estanterías de libros y algunos cuadros cubrían las paredes forradas de tela en tonos verdes. Un sofá de cuero presidía el centro con una mesa pequeña delante de él. A ambos lados del sofá, dos

butacas de madera y terciopelo aumentaban la capacidad de asiento. Junto a la ventana estaba la mesa de escritorio, escrupulosamente ordenada. Para Rubio no resultó difícil imaginar al inspector allí sentado, analizando pruebas e informes policiales. Y sonrió sin darse cuenta al percibir que toda la sala olía a él.

Junto a la puerta, en el suelo, había tres cajas de madera repletas de periódicos que, según informó Müller, había conseguido su tío. Antiguos ejemplares de los últimos diez años en los que podrían buscar referencias al crimen de la cloaca. No hizo falta que Ingo le pidiese ayuda para analizarlos al día siguiente, Iván se ofreció encantado. No era solo que amase su trabajo, también sentía la intriga de su cercanía, la necesidad creciente de conocerlo mejor. Hubiera atravesado de nuevo las dunas y hubiera vuelto a entrar en el maldito «Hoyo» con la sola expectativa de que Ingo Müller lo abrazase de nuevo, de modo que pasar el sábado leyendo sobre crímenes antiguos le pareció una alternativa interesante.

—Es una casa preciosa. —Iván sostenía la copa y paseaba por la estancia admirando cada rincón.

—La rentamos hace unos años. Cuando yo regresé, ya mi madre y mi tío se habían instalado aquí. Antes vivíamos en Vegueta, pero tras la muerte de mi padre, mi madre prefirió un lugar más tranquilo.

—Lo siento mucho, no sabía que hubiera fallecido —dijo Iván con cierta ceremonia.

—Hace unos años, de una larga enfermedad. Yo entonces tenía veinte. Y sus padres, ¿viven? Acabo de darme cuenta de que no sé nada de usted.

—Sí, viven y disfrutan de buena salud, gracias a Dios. Llevan una vida tranquila, de campo —informó Iván en una respuesta sin ninguna emoción.

—Imagino que su padre estará muy orgulloso de usted.

Iván tragó saliva y asintió.

—¿Son los suyos? —preguntó a continuación mirando hacia el mayor de los cuadros ubicado sobre la chimenea. En él, una pareja con una notable diferencia de edad posaba en actitud sobria. El hombre de pelo claro y ojos azules estaba de pie, detrás de una silla en la cual una mujer igualmente rubia sonreía levemente.

—Sí, son ellos.

—Muy elegantes. Aunque si me disculpa, no encuentro el parecido. Imagino que habrá salido usted a la rama materna.

La expresión de Müller cambió por completo. Hasta entonces estaba relajado y algo sonriente, pero el comentario devolvió la tensión a sus hombros y la crudeza a su mirada. Iván ni siquiera se dio cuenta de la diferencia y simplemente continuó hablando, tratando de alargar el momento juntos.

—¿Por eso le molesta que lo llamen «alemán»?, ¿porque no hay parecido visible?

—¿Qué es esto, un interrogatorio, agente?

—Disculpe, yo no... —Iván enrojeció de inmediato—. No pretendía ofenderlo. Si lo he molestado, le pido mil disculpas. A veces hablo sin pensar.

—Es cierto, no nos parecemos en nada. Incluso usted, que solo ha echado un vistazo a ese cuadro, se ha percatado.

—Inspector Müller, soy un imbécil, no tenga en cuenta lo que digo. Por supuesto que hay parecido —mintió— es obvio que su altura y su complexión son como las de su padre.

Ingo se sentó en una de las butacas y dio un trago al coñac. Iván no había dicho nada que él no supiera, nada que no hubiera escuchado antes. Aquella había sido la historia de su vida. De no haber sido por las burlas en la escuela, él jamás se habría dado cuenta de la obviedad. Sus padres eran rubios, de ojos azules y tez clara y sonrosada. El patriarca, Otto Müller, prusiano de pura cepa, conoció a su madre en Madrid, durante un recital de piano. El suyo fue un amor intenso y a primera vista que luchó contra los prejuicios de la época, y los de sus abuelos paternos, que no concebían que su único hijo se casase con una extranjera. Cuando Ingo era pequeño y sus compañeros reían al llamarlo por su apodo, Ingo desconocía que el comentario lo habían escuchado en sus casas de boca de los adultos. No fue hasta mucho tiempo después, en la universidad, cuando alguien se apiadó de él lo suficiente como para contarle el motivo de las burlas. Se pensaba de él que era un bastardo. Se comentaba en los mentideros de la alta sociedad que su padre era demasiado mayor para ser remotamente atractivo para su madre, y

que ella, mucho más joven y con un carácter muy liberal, se dejaba querer por otros hombres en los viajes de la pareja al extranjero. Los rasgos de Ingo, tan mediterráneos, no hacían sino añadir leña al fuego.

—Mi padre tenía más de cincuenta años cuando yo nací y ya estaba enfermo. Era muy bueno, ¿sabe?, cariñoso por naturaleza. Me recordaba cada día cuánto me quería y lo orgulloso que estaba de mí. Se pasaba horas jugando a cualquier cosa, no le importaba ensuciarse la ropa ni si había asuntos importantes que debía tratar en su trabajo. Me hizo sentir cada minuto de mi infancia que yo era lo primero para él. Y mi madre —Ingo sonrió amargamente—, ella ha sido más comprensiva de lo que cabría esperar. La verdad es que tuve una infancia feliz y llena de amor. Cuando era más joven, quería averiguar la verdad a toda costa, aunque nunca me atreví a preguntar. Me aterraba que me confirmasen lo que sospechaba.

—¿Qué verdad? Me parece que no lo entiendo.

—Cuando me llaman «alemán»... en fin, es un insulto, una burla. Los que lo dicen no hacen sino repetir un rumor. Piensan que mi madre es una especie de furcia que traicionó a mi padre en Roma, en Estambul, o en cualquier otro lugar donde los hombres tengan mi aspecto. Donde sean morenos de ojos marrones y tez olivácea como yo. Al llamarme «alemán», en realidad, verbalizan que mi padre no era más que un cornudo, o algo incluso peor, un complaciente, un consentidor que asumía no ser lo bastante hombre para su mujer.

—Dios, yo... lo siento mucho —se disculpó Iván—. No sé por qué he dicho nada. Solo trataba de entablar una conversación, de haberlo sabido... ¿No ha preguntado nunca a su madre? Estoy seguro de que esos rumores tan malintencionados son una pura patraña. Quizá su abuelo era moreno, o su bisabuelo. Suele pasar, lo he visto antes. Que alguien herede los rasgos de un familiar más lejano. A su tío se parece usted mucho, de modo que no haga caso a esos rumores tan ofensivos.

—Preguntar a mi madre sería insultarla, ¿no lo entiende? Quizá no quiero que me confirme lo que ya sé de sobra.

Iván se acercó a Müller y se sentó en el sofá junto a la butaca. Odiaba haber sido la causa de su tristeza. Quiso abrazarlo,

tranquilizarlo, hacer cualquier cosa que disipase ese dolor, pero simplemente colocó su mano sobre la muñeca de Ingo, y enfrentó sus ojos con todo el apoyo que fue capaz de transmitir en una mirada.

—Es tarde —cortó el inspector— creo que será mejor que nos retiremos a descansar.

Mientras observaba por la ventana del estudio a Iván cruzar la verja exterior de la propiedad de la Casa Brown, Ingo maldijo su carácter. Ya no había ninguna duda, Iván era como él. Los hombres no acostumbraban a sentirse cómodos con el contacto físico. Actuaban por simple hábito, se revolvían cuando otro varón se acercaba demasiado. Como si fueran potros bajo la tormenta. Pero Iván había traspasado ese límite. No solo se había excitado al notarlo cerca, también lo había curado, y por una fracción de segundo, Ingo deseó que se ocupase también del resto de sus heridas.

CAPÍTULO 16

Hotel Europa, 29 de mayo de 1899

Cyril repasó los papeles del viaje. El billete con destino Liverpool se había emitido esa misma mañana y estaba fechado para el día cinco de junio. Además, contaba con varias cartas de pago firmadas por Lord Bradford por un importe de mil libras. Esa consideró Paul que sería la cantidad necesaria para que Cyril comenzase de nuevo. Lo animó a buscar una ocupación que le resultase interesante, quizá regentar una tienda de textiles o de sombreros y complementos, puesto que sabía lo mucho que Cyril adoraba la moda. Con mil libras, Cyril podría no solo abrir un establecimiento propio y comprar las mercaderías necesarias, sino que, además, supondría un colchón financiero para más de un año, hasta que el negocio floreciese.

El aire era pesado dentro de la habitación, y el joven se sentó junto a la ventana a contemplar la calle Mayor de Triana. No tenía ánimo de abrirla y conversar con el vecino de turno. Jones, empleado en la Elder, Dempster & Co, era apuesto y apasionado; lo había invitado a Valparaíso cuando los viajes de Cyril lo llevasen a la otra punta del mundo, pero él sabía muy bien de qué material estaban tejidas esas promesas vacías. Siempre había una excusa para que no se llevasen a cabo. Entre las sábanas era tan sencillo elaborar... tenían la mente llena del calor del lecho, de la alegría del orgasmo. Luego, cuando la euforia se evaporaba, todos se sacudían, se ponían la ropa y se marchaban.

Cyril aprovechó el momento para escribir por última vez a su madre antes de partir. No sabía si la visitaría al llegar a casa. Ni siquiera se imaginaba a sí mismo abandonando la isla. Le había resultado muy fácil mimetizarse con el ambiente. Añoraría la costa, el siroco meciendo la parte superior de las dunas. Extrañaría la marisma que ocultaba la Carretera del Puerto y aislaba La Isleta. Echaría de menos las voces del muelle, el acento inconfundible y suave, y el olor a mar y el salitre.

«Queridísima madre,

Le pido que perdone al ingrato de su hijo por no haber escrito

antes. Cuando uno está ocupado es difícil buscar tiempo, pero no piense ni por un momento que me he olvidado de usted, sino todo lo contrario. La tengo siempre muy presente.

Lord Bradford y yo abandonaremos Gran Canaria la semana que viene. Como bien sabe, los múltiples compromisos que posee en el extranjero lo reclaman. Me ha pedido que vaya con él a Jamaica, donde cuenta con una gran plantación y una casa majestuosa, pero creo que me resultaría un viaje demasiado largo. Pasar más de treinta días en el mar se me hace tan abrumador que me mareo solo de pensarlo.

Puede que, como alternativa, vuelva a Londres, o que descanse durante un tiempo en la finca que tiene Paul en el Lago de Como. ¡Es tan tedioso tomar una decisión! Lo haré pronto, lo prometo, y escribiré para informarla sobre dónde me encuentro.

Admito que dejar esta tierra me causa cierta tristeza, aquí he sido tan feliz, madre, mucho más de lo que nunca soñé. Tres meses se han pasado en un suspiro. Ojalá pudiera volver atrás, exprimir cada minuto. Uno a veces asume las cosas sin ser consciente de que un día ya no estarán a su alcance, y luego ese día llega, madre, y entonces es demasiado tarde para retroceder.

Me he vuelto todo un filósofo, ¿no le parece? Quién sabe, quizá esté empezando a madurar y vea las cosas de otra manera, no con el viso de fantasía que acostumbro a imaginar, sino con su realidad cruda y áspera.

La quiero mucho, madre. Me da la impresión de que no se lo repito lo suficiente. Temo que en ese rasgo me parezco a usted, en la contención de mis afectos. Como soy el más joven de los dos, será más fácil para mí cambiar nuestra naturaleza. Por eso le digo que la quiero en cada carta, y por eso sé que usted lo siente de igual manera, aunque no sea su estilo escribirlo.

Hoy hay calima, y la brisa se siente pesada y cálida, como si el aire de los pulmones se te escapase poco a poco y no fueras capaz de aspirar una sola bocanada. Pero mañana será otro día, siempre lo es.

Su hijo que la adora,
Marion Cyril Todd».

CAPÍTULO 17

Casa Brown, 23 de abril de 1909

Ermelinda comprobó extrañada la ropa para lavar y soltó un grito al ver las manchas de sangre. Corrió en dirección al recibidor y subió las escaleras con energía, parando a medio camino hacia la planta superior. Le pesaba el cuerpo entero, aunque lo que mayor fuerza de gravedad ejercía sobre ella era su trasero orondo y sus muslos anchos. Cogió aire para sortear el segundo tramo y, sofocada, llegó hasta la puerta de Ingo. Había trabajado para la familia desde que el más joven de los Müller no era más que un bebé, y a pesar de los años, para la cocinera, él continuaba siendo un niño. Aporreó la puerta, y la abrió de par en par sin esperar a que él diese permiso desde el otro lado, y al verlo tumbado inmóvil sobre la cama, comenzó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué pasa? Ermelinda, ¿qué ocurre, ha pasado algo?

—¡Ay, mi niño!, ¿estás bien? ¿Y esta sangre? —gritó blandiendo la camisa manchada.

—No es nada, ¿ves? —Ingo la calmó mostrando la herida que ya había comenzado a cicatrizar—. Estoy bien.

A la revelación le siguió un sopapo en la mejilla, y luego un beso y un abrazo.

—¿Cómo me das esos sustos? ¡Ave María Santísima! Casi me da un aire y me voy al otro barrio. ¿Lo sabe tu madre? Ahora mismo pienso decirle a la señora que has estado haciendo Dios sabe qué. La policía es peligrosa, hay delincuentes sueltos por esas calles. ¡Hay asesinos! No puedes volver allí. Si no lo haces por mí, hazlo por ella, que se preocupa casi tanto como yo —lo reprendió la mujer.

Ingo no pudo más que echarse a reír ante la cantinela. Volvió a mondarse al recordarlo una hora después, mientras bajaba a la terraza dispuesto a tomarse un café cargado. La buena de Ermelinda era bruta como un arado e igual de cariñosa. Cuando su padre enfermó de nuevo y Clara Müller envió a Ingo al internado, Ermelinda lloró a moco tendido como si le arrancaran a un hijo de los brazos. Le escribía todas las semanas y le repetía las mismas

cosas: que comiera, que rezara, que estudiara mucho y se rodeara de buenas amistades. Cuando él regresó para el funeral de su padre, ya estaba a punto de terminar la universidad. Era un hombre, pero para Ermelinda el tiempo no había transcurrido.

La campana de la puerta principal sonó a las nueve de la mañana y Müller hizo un gesto a la cocinera para que no se preocupase. Él mismo abriría la puerta. Al otro lado, un Iván Rubio algo nervioso se atusaba el pelo.

—¿Rubio?

—Buenos días, inspector.

—Buenos días. ¿Qué hace aquí?

—Los periódicos, convinimos ayer que vendría a echarle una mano con ellos.

—Cierto —recordó Ingo algo avergonzado—. Se me había olvidado totalmente.

—Si le parece mal, me voy. No quiero molestar.

—De ninguna manera, ya que está usted aquí, nos pondremos con ellos. Pase.

Caminaron en dirección al estudio en silencio. Ingo quería sacar el tema de la noche anterior, disculparse por haber hablado de asuntos privados, por haber sido tan brusco con él después, pero lo cierto era que no tenía ni la más remota idea de cómo comenzar.

—¿Le molesta si me quito la chaqueta? —preguntó el agente.

—Por supuesto que no. Estaremos bastante tiempo con todo esto. Póngase cómodo. Quiero decir... está usted en su casa.

—He pensado que, como son diez años, podríamos repartirnos la mitad cada uno y así avanzar más rápido. Hay mucho que leer. —Iván mantenía el semblante concentrado, no quería darle demasiadas vueltas a todo lo ocurrido. De hacerlo, saldría corriendo de allí o le plantaría un beso en la boca a Müller, lo que le causara menos pavor.

Organizaron con rapidez los ejemplares y se instalaron los dos en partes opuestas de la estancia. Ingo cedió su escritorio a Iván y este lo aceptó tras mucha insistencia. Él se instaló en el sofá, y de vez en cuando, a través del borde más alto del ejemplar que estuviera leyendo, observaba al agente Rubio ensimismado en su tarea. Lo

veía anotar en un pliego de papel algunos datos, y cuando terminaba con un día concreto, doblaba cuidadosamente el periódico y lo colocaba bocabajo para diferenciarlo del resto. Rubio se encargó de los años 1900 al 1905, y Müller hizo lo propio con el resto de la década hasta llegar al presente. No obstante, en los ejemplares de Müller no había ni una sola referencia al crimen de la cloaca, al menos hasta los del año 1907. Desconocía si con el resto que le faltaba por leer tendría mejor suerte.

Hacia el mediodía, Ermelinda hizo su aparición de nuevo. En esta ocasión, más sosegada y guardando las formas. Siempre lo hacía cuando había visita, se mostraba cauta y callada en presencia de extraños, aunque en confianza fuera capaz de reprender a la madre de Müller y hasta a su tío. Entró al estudio tras golpear tenuemente con los nudillos sobre la puerta, y emitió una frase que casi hizo troncharse al inspector: «Señor, ¿da su permiso?».

—Gracias, Ermelinda. ¡Vaya, *roastbeef*, qué rico!

—Si no ordena nada más el señor...

Ingo sonrió divertido antes de responder con un: «Nada más, está usted en todo». Y, a continuación, la vio salir del estudio tras guiñarle un ojo.

—Venga, paremos un momento. Ya es más de mediodía. Hay sándwiches de *roastbeef* con pepinillos, huevo cocido y mostaza. Espero que le gusten.

—Si no le importa, inspector, prefiero continuar. Ya comeré después, esto es más importante. —Iván Rubio se mostraba serio y concentrado.

—Los periódicos no irán a ninguna parte. Podemos seguir tras el almuerzo. ¿No tiene hambre? Yo estoy famélico. Venga —dijo de nuevo, al levantarse y dirigirse hacia el escritorio. Había retirado los platos de la bandeja de plata y los había dispuesto en la mesita frente al sofá, uno junto al otro, con sendos emparedados y dos tazas de té humeante.

—Coma usted. Yo estoy bien. Prefiero quedarme aquí terminando esto.

Ingo volvió a su rincón y se sentó a esperar durante un rato. No entendía la actitud de Iván. Era cierto que, al llegar por la mañana,

lo había notado algo retraído, callado, pero teniendo en cuenta que estaban los dos ensimismados en la lectura, no le dio mayor importancia. Varias horas después, la situación se había hecho más presente. Si Müller hacía un comentario sobre algo que había visto, Rubio lo miraba, asentía y volvía a lo suyo.

—¿Le ocurre algo? —dijo por fin.

—No entiendo a qué se refiere.

—Parece contrariado, agente. Molesto por algún motivo.

—No. Claro que no.

—¿No piensa venir a comer, entonces? —preguntó Ingo, perplejo.

—Como le he dicho ya varias veces, prefiero seguir.

Ingo Müller perdió la paciencia. No entendía esta nueva actitud de Iván. La noche antes había estado tan preocupado por él, tan cercano, pero la situación había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Se levantó del sofá, con el plato en una mano y la taza de té en la otra, y se dirigió hasta el escritorio. Lo dejó todo junto a Rubio y salió de la habitación dando un portazo. A continuación, caminó, exhalando el enfado, hacia el jardín, y se mantuvo de pie mirando el horizonte. Se escuchaba el rumor del mar a lo lejos y el canto de las gaviotas surcando el cielo.

—¿Qué le pasa a mi sobrino favorito? Pareces más preocupado de lo habitual.

—Pensaba que seguíais en Arucas.

—Hemos vuelto hace una hora. Tu madre ha subido a tumbarse un rato, ya sabes cómo se marea en los trayectos largos. —Asier Ochoa estudió el semblante de Ingo sin lograr descifrar el motivo de su actitud.

—¿Cómo se sabe, tío? Quiero decir, ¿cómo estar seguro de que alguien es... socrático, sin equivocarse y meterse uno en un problema?

—¿Esta conversación no la hemos tenido ya, hace como quince años? ¡Ni que fueras un jovencillo, querido! A ver, ¿qué te pasa? ¿Tiene que ver con ese agente tan guapo que tienes escondido en el estudio?

—Basta, por favor. Podría escucharte. No hay nada con él, ¡nada! —masculló Müller.

—Y preguntas por aburrimiento, ¿es eso?

—A ver, anoche, ocurrió algo. Juraría que... quizá fueron imaginaciones mías, puede que esté viendo algo donde no hay nada.

—¿Qué pasó exactamente?

—Perseguimos a un sospechoso, tuvimos una pelea con él, y luego vinimos aquí. Los dos estábamos heridos y entonces Iván...

—¿Cómo que estás herido? —Asier Ochoa se acercó a Müller y comprobó su estado de cerca—. ¿Estás bien? ¿te ha visto un médico?

—Tío, no me escuchas. Sí, claro que estoy bien. Por favor, ya estás igual que Ermelinda. Cuando vinimos, él... me tocó.

—¡Vaya, sí que os ha cundido la noche! No hay nada como una buena pelea para aumentar el vigor.

—No, no es eso. No me tocó de esa manera. Fue dulce. Me cuidó. No sé, hubo algo más —explicó Ingo, haciendo memoria.

—Pero ahora ya no está igual. ¿Es eso?

—Justo eso. Desde que ha llegado esta mañana apenas me dirige la palabra. Está taciturno, callado —se sinceró Ingo.

—¿Hubo acto? Sexual, quiero decir.

—No, tío, claro que no. Solo hablamos, me escuchó. Sentí su apoyo. No sé cómo explicarlo.

—Y cuando se fue, ¿estaba bien o parecía contrariado?

—Parecía confuso. Le pedí que se marchase —admitió.

—¿Que hiciste qué? Ay, Ingo, no hay caso contigo. A ver si lo entiendo: te gusta, ¿no es así? Y, a pesar de eso, tienes tanto miedo que te boicoteas antes de averiguarlo. Dices que percibiste algo por su parte, ¿y tú mostraste también cierta atracción, diste algún paso para que él se entere de que juegas en el mismo equipo?

Ingo Müller negó con la cabeza.

—Claro, y pretenderás que sea una gitana adivina y te lea el pensamiento, pero ¿cómo es que eres tan tremendamente formal? ¡Dios bendito! Encima el muchacho se lanza y tú lo echas a patadas.

—No lo eché a patadas. Solo dije que se hacía tarde —aclaró.

—Que es una forma educada de echarlo dándole un puntapié en el medio del culo.

—Tampoco hace falta ser irreverente.

—Querido sobrino, escucha y asimila, por favor. La gente no sabe las cosas si uno no las transmite. Si sientes afecto por Iván, y creo que sientes mucho, porque de lo contrario no estarías consultando si has obrado bien o mal, entonces tendrá que saberlo de alguna manera. No te estoy diciendo que te lances al vacío, pero sí mostrar cierto interés. Como, por ejemplo, no echarlo de tu casa.

—Soy un imbécil. ¡Imbécil, imbécil! —Müller se había dejado caer en una de las sillas y se mostraba verdaderamente abatido.

—No, solo tienes miedo porque te gusta de verdad. Así que entra ahí y hazle una jodida señal. Una luz en medio de la tormenta. Sé tú mismo, porque los dos sabemos que debajo de toda esa contención hay un hombre sensible y bondadoso.

CAPÍTULO 18

Casa Brown, 23 de abril de 1909

Para Asier Ochoa mostrarse seguro era sencillo. Llevaba tanto tiempo viviendo sin miedo que se le hacía duro ponerse en la piel de quien cohibía una parte de su naturaleza. Él no lo había hecho nunca, y a duras penas entendía por qué no había acabado en la cárcel, o muerto de una paliza en cualquier callejón. Repetía, a quien le preguntase, que había sabido que era diferente desde el mismo día de su alumbramiento, y que por ese motivo su madre se había desentendido de él. Nació en Vizcaya, en una familia con mucha honra y ni un solo mendrugo que llevarse a la boca. Lo abandonaron a las puertas de un convento con tres años, y solo recordaba de sus padres un momento fugaz en el cual el patriarca se sentó a la mesa tras dar una paliza a su madre porque el puchero estaba demasiado caliente.

La incongruencia de su historia era notable, si no tenían ni un solo trozo de pan, ¿de dónde había salido el puchero? Nadie cayó en la cuenta mientras él lo relataba, y por ese motivo, nadie preguntó al respecto. Decía de su niñez que había sido la más feliz del mundo, que entre las monjas había aprendido la importancia de conocer los secretos de los demás. En el convento, secretos había a montones, solo debía ser observador. Como cuando sor Angustias se santiguaba tres veces al ver entrar al lechero. Cuando sor Cipriana fruncía el ceño al presenciar las conversaciones entre el párroco y la más joven de las novicias. O cuando sor Cecilia, que decía estar sorda como una tapia, se encogía por el ruido de una puerta al cerrarse con el viento.

Durante sus primeros seis años de vida llegó a pensar que no existía más mundo que el que albergaban aquellos muros, y, cuando al cumplir los siete lo llevaron al hospicio de Arbaste, ese mundo enclaustrado en blanco y negro se abrió de par en par. Allí aprendió muchas cosas. A causar buena impresión para seguir adelante, a saber qué batallas librar y cuáles dejar por imposibles. También, que el tiempo pasaba lento si decidías rebelarte contra todo, y que la

cosa mejoraba si caminabas al mismo paso que el rebaño. Conoció a Clara en el internado, después de que la hermana Micaela, una monja alta como un ciprés, lo zarandease por la oreja por haber besado a Paquito Nieves. Sor Micaela pensó que sería un buen escarmiento para Asier ubicarlo por unos días en el pabellón de las niñas. Se arrepentiría de ir robando besos a los otros chicos, y se avergonzaría al verse solo entre las internas y apartado de los suyos. Pero para Asier, aquel día fue uno de los más felices que recordaba.

Clara Expósito fue la primera en sonreírle y en compartir con él su pizarra. El resto de las alumnas lo vieron como un intruso durante los días que duró su castigo. Ella, por el contrario, echó un vistazo a la cara amoratada de Asier y le preguntó por qué le habían pegado las hermanas. Asier se encogió de hombros y dijo: «Por ser yo mismo», y Clara decidió que sería su mejor amigo desde ese momento en adelante.

Durante más de cuarenta años, esa amistad había permanecido intacta. A través de los años, de los amores, de la enfermedad y la muerte. Cuando Clara conoció a Otto, Asier escuchó hasta la madrugada a su hermana del alma hablar de lo enamorada que estaba, así, a primera vista. Se alegró por ella, aunque sintió una punzada de celos. Temió perderla por primera vez y se prometió que haría cualquier cosa que ella le pidiera. Cualquier cosa, hasta pasar los veranos con el matrimonio cada año, porque Clara decía que lo extrañaba mucho. Hasta sostenerle la mano y llorar con ella cuando se entristecía por la esterilidad de su marido y su imposibilidad de tener descendencia. Hasta meterse en la cama con la pareja y engendrar entre los tres el hijo que ella tanto ansiaba.

Asier Ochoa miró en dirección a la fachada trasera de la casa. Pensó que Ingo había tardado demasiado en darse cuenta de que el amor era capaz de traspasar cualquier barrera, incluso la del dolor atenazante y del miedo. Había costado muchos años de conversaciones como aquella, pero había merecido la pena. Lo quería: era su hijo, aunque solo Otto, Clara y él lo supieran. Entrar juntos en aquel dormitorio de Creta supuso acceder a mantenerse alejado, en caso de que aquel momento diera fruto. Dejar a Otto ejercer de padre fue duro en un principio, pero conocer la felicidad

del chiquillo hacía el suplicio más llevadero. Asier se limitó a aparecer en los momentos importantes, a ser el tío gracioso y comprensivo, y cuando Otto sintió llegar a la muerte, lo hizo llamar. Le pidió que cuidara de su hijo, que fuese su apoyo, su confidente, su amigo, su padre. Le dijo que Ingo aún era joven, pero que ambos compartían mucho más que la sangre, que solo Asier podría guiarlo desde ese momento en adelante, que solo Asier sería capaz de enseñarlo a sentirse orgulloso del hombre en el que se convertiría.

CAPÍTULO 19

Casa Brown, 23 de abril de 1909

El mediodía dio paso a la tarde, y esta, a la noche. Los dos miembros del Cuerpo de Vigilancia vieron la luz languidecer, encerrados en aquella habitación, sumergidos los dos en los cientos de ejemplares que parecían no acabar. Iván Rubio dio algún mordisco reticente a la comida, pero estaba tan centrado en terminar la lectura que apenas se movió del sitio, más que para estirar las piernas un poco y continuar enseguida.

A las diez cerró el último de ellos y se reclinó hacia atrás sobre la silla. Sentía la cabeza bullirle con tantos datos. Repasó los nombres, fechas y acontecimientos que había ido anotando y se preparó para contrastarlos con los de Müller. Al alzar la vista y encontrar a su superior, le sorprendió verlo ensimismado en la nada.

—He terminado —anunció.

—Muy bien. Espero que haya tenido más suerte que yo. Desde el año 1905 hasta esta misma semana no se ha nombrado ese dichoso crimen ni una sola vez.

—Podría usted haberme avisado, habríamos terminado los míos entre los dos —indicó Iván Rubio algo sorprendido.

—Lo hice, agente. Hace más de una hora. Pero me da la impresión de que continúa usted molesto conmigo. Por eso no he querido insistir.

—No entiendo por qué debería de estar molesto —inquirió Rubio más como un comentario al aire que hacia el propio inspector. Ingo tenía aspecto de no tener un ápice de esperanza ni energía para discutir.

—¿Qué ha averiguado? —cambió de tema Müller.

—Bien, lo primero que me ha extrañado es que no hayamos encontrado nada en el cuartel. Este caso duró lo suyo. Aunque falta la mitad del año 1904, en los meses en los que calculo que se celebró el juicio. Si su tío fuese tan amable de volver a mirar. Deben de estar en el archivo de prensa.

—Se lo preguntaré mañana. Me temo que ya se han retirado a

descansar tanto mi madre como él.

—¡Vaya, no me había dado cuenta de que era tan tarde! Si lo prefiere, me marcho —se abochornó Iván.

—Agente Rubio, llevamos aquí todo el día. Terminemos con esto, ¿le parece?

—Como usted diga. Aunque insisto en que podemos hablarlo mañana o el lunes.

—Si esto es una prueba de hasta dónde llega mi paciencia, le aseguro que no ha elegido usted el día. Por favor, continúe.

—Bien. —Iván tomó el trozo de papel y comenzó a ordenar los hechos en su cabeza antes de continuar hablando—. El crimen ocurrió el 30 de mayo de 1899 en la calle Mayor de Triana. Esa madrugada, sobre las dos, cuatro hombres fueron vistos en la rinconada de la calle Buenos Aires, cerca del Parque de San Telmo. Hay varios testigos y también están sus declaraciones ante el juez, o, mejor dicho, los jueces.

—¿Más de uno?

—Abrió las diligencias el magistrado Celso Torres, que se encargó de la instrucción tras descubrirse el cadáver. No obstante, en el año 1901 sobreseyó el caso. Posteriormente, un juez especial, el señor Ripoll, junto con el fiscal, un tal Mesa, abrieron de nuevo la causa en 1902. Fue la época más prolífica. Se interrogaron a la mayoría de los testigos en ese período, se abrieron diligencias adicionales e incluso se encarceló a varios acusados.

—Juan Miranda y compañía, supongo.

—Sí, Juan Miranda, Victoriano, un cuñado suyo llamado Cirilo, José Romero, su hermano y su madre, Faustina. También acabaron tras los barrotes dos trabajadores del Hotel Europa, aunque luego los soltaron por no ver relación con lo ocurrido. Pero déjeme explicarle todo con detalle porque es bastante complicado, inspector. A ver, nos habíamos quedado en que ocurrió el 30 de mayo. En aquellas fechas nada se supo del crimen, no se denunció desaparición alguna. Muchos de los testigos indicaron que, en la madrugada de ese día, vieron a cuatro hombres cerca de la cloaca de la esquina de San Telmo. A quien trató de acercarse para preguntar qué ocurría, el grupo lo echó de allí diciendo que había habido una pelea por una

borrachera. Pero a esos mismos testigos les pareció curioso el asunto, ya que, a la mañana siguiente, todavía extrañados por la situación, volvieron a pasar por la zona y observaron lo que se menciona como «regueros de sangre». Estas marcas, que podrían ser las similares a las del arrastre de un cuerpo ensangrentado, iban desde la zona de las casas en construcción de Manuel Caballero, en la esquina de la calle Domingo J. Navarro, hasta la cloaca en cuestión.

Iván hizo un parón esperando alguna pregunta al respecto por parte del inspector.

—Continúe, Rubio.

—De acuerdo, tenemos entonces a cuatro hombres y los regueros de sangre. También desde esa noche, y durante varias noches más, un perro pequeño se mantuvo echado junto a la cloaca, llorando y aullando. En ese momento nadie le dio importancia al animal. Lo describían como un perro de raza inglesa, de colores marrón y blanco. Pasaron nada menos que catorce meses sin que nada ocurriera, hasta que los vecinos de la zona comenzaron a quejarse al ayuntamiento. Entendían que la cloaca, que era reciente, tenía deficiencias debido a los malos olores que desprendía. Como comentaron Torres y Ramos, el hedor era tan insoportable que se percibía hasta con las ventanas cerradas, y llegaba desde la calle Buenos Aires hasta la altura de la calle Pérez Galdós. El ayuntamiento envía acto seguido a sus operarios para comprobar qué desperfecto hay en la cloaca, y es entonces cuando descubren el origen del olor pútrido.

—Y encuentran el cadáver —concluyó Ingo.

—Correcto. Ya estamos hablando del año 1900. Lo primero que tratan de hacer es averiguar la identidad del fallecido. Y ahí es cuando comienza lo que me parece un rompecabezas en toda regla. Según se dice en el periódico, el cadáver no llevaba calzado, pero sí ropa y hasta sombrero. No obstante, esa cloaca recibe los desperdicios de los hogares de toda la zona, por lo que es obvio pensar que mucha de la información que podría haberse sacado de los enseres, se había perdido. Por ese mismo motivo, el estado de descomposición del cuerpo es muy avanzado. Consiguieron rescatar

para su estudio el esqueleto completo junto con varios trozos parciales de un sombrero, parte de los pantalones, la camisa y la chaqueta. Algo de cuero de una cartera de piel, pero nada más, y eso que inspeccionaron siete metros de conducto.

—Entiendo. ¿Portaba documentación de identidad?, ¿joyas?, ¿dinero?

—Nada. Por eso se cometió el error de asumir que se trataba de un robo.

—Y usted no lo cree —afirmó Ingo.

—En absoluto, inspector. Pero esa no es la parte más enrevesada. Déjeme seguir. Como dijo Ramos, pensaron que la víctima era un inglés porque la ropa de paño era de buena calidad, y de marca extranjera. Muy superior a la calidad que se encuentra en la isla. Y entonces fue cuando se empezó a considerar que el fallecido era un inglés. En 1902, cuando Ripoll se hizo cargo del caso, mandó a preguntar en todos los hoteles y fondas para comprobar si alguno de los clientes había desaparecido, o se había marchado sin avisar previamente, lo cual no es frecuente. Dieron con varias posibilidades. Caballeros que un buen día salieron de hoteles como el Metropole, el Santa Catalina y otros para no regresar jamás.

Iván leyó la lista de nombres anotada en su lectura.

—Un tal capitán Froud. El señor Thomas Blisset. El señor Flouler, que recibió un paquete en el Gran Hotel Metropole pero nunca lo recogió, y un tal Cirisl Food. Todas estas pistas se siguieron, y tras varios meses de comprobaciones, se dio con todos ellos. La mayoría había vuelto a Gran Bretaña. Unos se habían marchado sin dar aviso porque tenían deudas o porque no se llevó un registro adecuado de las salidas. De todos se tuvo noticia posterior, excepto de uno de ellos. El tal Cirisl Food nunca apareció ni dio señales; y es entonces cuando comienza a considerársele como la víctima del crimen de la cloaca.

—Entiendo. Se trata de un nombre curioso. No creo que haya escuchado uno parecido en toda mi vida, y le aseguro que he vivido en ciudades mucho más populosas que esta —planteó Ingo Müller.

—El señor Food es descrito por varias personas: por el guardián del Parque de San Telmo, por múltiples trabajadores de la Elder y por

una señora que vendía labores de ganchillo en los hoteles, entre otros. Pero, en concreto, fue el testimonio de la señora Rosario Ruano, la criada de unos ingleses que abandonaron la isla en 1900, los señores Stewart, el que pudo arrojar el mayor número de datos sobre él. Según esta mujer, un joven inglés llegado a Las Palmas en febrero de 1899, amigo de sus señores, un buen día ya no apareció más por la casa. Y aquí es donde encontramos la relevancia del perro que lloraba y aullaba junto a la cloaca. El joven inglés tenía un perro de esas características, y el animal lo acompañaba muchas veces a casa de los Stewart, donde la criada se ocupaba de él en el jardín.

—Entonces ella confirmó la identidad de la víctima.

—No, la pobre mujer no sabía escribir su nombre. Únicamente pudo indicar cómo sonaba de manera fonética. Algo similar a «Flouh» o «Floux». A pesar de eso, pudo dar otros detalles, como por ejemplo que se trataba de alguien muy joven, de apenas veinte o veintipocos años. Dijo que era muy rubio, con los ojos azules y de complexión delgada y estatura baja. El color de la chaqueta encontrada, que era azul oscuro, también coincide con la descripción de las que solía usar el joven. Vestía hongo negro a veces, que podría corresponder a los trozos de fieltro hallados junto a su cadáver. No obstante, las sortijas de oro que lucía no se encontraron.

—¿Y los Stewart? Ellos podrían corroborar que se trataba de la misma persona —señaló Müller con lógica.

—Eso es aún más extraño. El juez Ripoll requirió a la señora Stewart para que se personase en la isla a declarar, puesto que su marido falleció en el año 1900 en Edimburgo, y habían marchado poco antes. La señora llegó en 1902 y no solo dijo que no le sonaba de nada la descripción ofrecida por la sirvienta, sino que aseguró no recordar a nadie parecido, ni siquiera al perro.

—Puede que la criada mintiese o se hubiera equivocado. A veces ocurre. La gente tiene tantas ganas de ayudar que, sin saberlo, confunde los datos —planteó Ingo frunciendo el ceño con extrañeza.

—No, inspector. Si hay algo de lo que estoy seguro es de que esa mujer decía la verdad. No sé cómo explicarlo. La cantidad de detalles que dio. La insistencia, y, sobre todo, la consistencia de su

declaración. Año tras año, no cambió en absoluto.

—¿Y los detenidos? Barreto, Romero y Miranda, ¿qué dijeron?

—José Romero negó conocer a ningún inglés. Tuvo la desfachatez hasta de asegurar que no conducía una tartana en la época del crimen, a pesar de que muchos testigos indicaron con detalle qué tartana tenía y dónde la aparcaba: en el apeadero frente a los almacenes del señor Cuyás.

—La calle Viera y Clavijo.

—Ajá. Lo mismo hizo su hermano, el herrero, negarlo todo. Lo sospechoso en el caso de ellos es, que poco después del crimen, se fueron a Buenos Aires como polizones en un vapor, a pesar de llevar suficiente dinero como para pagar el flete. José Romero alardeó con otro de los jóvenes que viajaban a bordo al mostrarle un fajo de billetes. Una suma que, con su oficio de tartanero, no hubiera ganado en la vida. Barreto también rechazó conocer a ningún inglés, y no ya conocerlo, sino que aseguró que, en su hotel, el Europa, no se alojó nunca nadie que no fuese español. Dos de sus empleados, una tal Dolores, y el botones, Carlos, fueron encausados por el mismo motivo. Juraron que en el Hotel Europa ni uno solo de los turistas había sido inglés desde los comienzos del establecimiento. Pero luego los contradice a los tres una de nuestras víctimas recientes, Ginés Pérez.

—El intérprete —recordó Ingo.

—Sí. Ginés Pérez no solo asegura que Barreto y sus empleados mienten, sino que jura que el joven inglés, el tal Cirisl, se alojó en el Hotel Europa durante los meses previos a la fecha del crimen. Pudo concretar hasta la habitación que ocupaba: la mayor de la planta superior, en la esquina, pegada pared con pared con la Grand Canary Coaling. Así lo dijo, que había visto al joven asomado a la ventana muchas veces.

—¿Cómo ha dicho usted, Rubio? Repita justo esa parte.

Iván relató la insistencia del intérprete con respecto a las veces en las que se había encontrado con el inglés, y a continuación aguardó a que Müller elaborase su hipótesis.

—¡Los ojos —concluyó Ingo abriendo mucho los suyos—, eso es, los ojos! Por eso le arrancaron los ojos. Ha dicho que Ginés Pérez

declaró haberlo visto. ¿Cuál fue el papel de Miranda? Si le cortaron la lengua, solo puede ser...

—Resultó ser el único que mostró cierto remordimiento. Él sí que dijo haber matado al inglés. Bueno, en realidad, admitió, en familia y entre llantos, que él le había dado un «macanazo», que asumo que se refiere a un golpe con una macana, pero que Barreto, Cirilo y Pepe lo habían matado.

—Entiéndase Pepe como José Romero, claro está.

—Asumamos que sí, inspector.

—Vale. Es obvio que la lengua se la cortaron por haber confesado o delatado. Pero, que sepamos, a Barreto no le faltaba nada. Entonces tenemos a José, a Barreto, a Miranda y al tal Cirilo. A excepción de José, que sigue vivo, y Cirilo, que murió hace años, Miranda y Barreto han sido asesinados.

—En cualquier caso, no se me van de la cabeza las palabras de José cuando dijo que el asesino era un fantasma.

—No pretenderá hacerme creer, Rubio, que el ánima del crimen de la cloaca ha venido a vengar su propia muerte, ¿verdad? —Ingo Müller, que hasta el momento había admirado la dedicación y el talento investigador de Iván, dejó salir un bufido.

—No, claro que no, inspector. Pero ¿y si se trata de un familiar? Alguien que, al ver que no han pagado por el homicidio, ha vuelto a encargarse de todos.

—Si es así, ¿por qué matar a Ginés? Él declaró contra ellos. No se mata a un testigo en venganza, ¿no le parece?

—Puede que sí, si el testigo cambia su declaración más adelante —puntualizó Iván tratando de reforzar su hipótesis.

—¿Hubo alguno más que se desdijese?

—No, inspector, aunque le repito que falta conocer lo que ocurrió en el juicio.

—Me preocupan más las incongruencias del caso. Los Stewart, por ejemplo, si la criada está en lo cierto, ¿por qué niega la señora Stewart conocerlo? ¿Por qué José Romero viaja como polizón, exponiéndose a que lo pillasen durante un viaje tan largo, a pesar de tener dinero para comprar el pasaje? ¿Por qué Barreto miente en algo tan fácil de corroborar como la presencia de un extranjero en el

hotel? ¿Qué ocultaba la madre de los Romero? Porque no tiene mucho sentido que acabase en la cárcel también. Y mucho más importante, ¿la familia de la supuesta víctima, el tal Cirisl, no reclamó su desaparición?

—Por lo que se sabía de él, no contaba con familia. Era huérfano. Un joven rico y solo. Una presa fácil para los desaprensivos, si me lo permite, inspector.

—Ha dicho antes que no cree que el móvil del crimen fuese el robo. ¿Cuál, entonces? ¿Qué podrían tener esos cuatro hombres contra un joven inglés que estaba de paso? —preguntó Ingo, lleno de intriga por conocer el punto de vista del agente.

—Inspector, hay algunos aspectos que me parecen extraños, y que quizá tengan que ver con el motivo del asesinato. Puede que hasta con la razón de las muertes que estamos investigando ahora.

—Dígame. Soy todo oídos.

—No sé qué va a pensar de lo que creo, puede que hasta me tome usted por loco.

Ingo aguardó expectante las ideas de Rubio.

—Creo que a la víctima de la cloaca la mataron por otros motivos. Se menciona de pasada. En concreto, varios testigos que paseaban con frecuencia cerca del hotel dijeron que lo habían visto charlando con otro hombre, un empleado de la Elder alojado en el edificio contiguo. Así lo corrobora también el mismo guardia del parque. Cito: «Paseaban como dos amigos íntimos». También se hace el mismo comentario con respecto a la supuesta confianza entre Cirisl y José Romero, a quien convidaba a copas y a comidas en varios sitios.

—¿Adónde quiere ir a parar, Rubio? —Ingo Müller había entendido a la perfección la realidad velada, pero quería que Iván lo verbalizase.

—En fin, anoche José salió de «El Hoyo de Arenales». La puntualización de amistad íntima del asesinado con otros dos hombres creo que es relevante.

—Sigo sin comprenderlo —mintió Müller.

—Lo que digo, inspector, es que creo que lo mataron porque no intimaba con mujeres, sino con hombres.

CAPÍTULO 20

Casa Brown, madrugada del 24 de abril de 1909

Hacía más de treinta minutos que había pasado la medianoche y ambos seguían dándole vueltas al asunto. Según explicaba Iván Rubio, parecía cada vez más claro que había un ambiente enrarecido con respecto al tal Cirisl Food y los hombres que lo conocían.

—Podríamos entrevistar a Rosario Ruano, trataremos de dar con ella el lunes. También a los testigos de la noche de autos. Quizá alguno, ahora que ha pasado todo, suelte un poco la lengua. Lo ideal sería conseguir hablar con Romero de nuevo, aunque no creo que tengamos tanta suerte de volver a toparnos con él, inspector. Se habrá escondido a conciencia.

—Me parece bien. De todas formas, por ahora será mejor guardarnos nuestras sospechas, hasta tener algo concreto, me refiero. No quiero tratar un tema tan delicado con el comisario sin estar seguros, Rubio.

—Estoy de acuerdo. —Iván caminó en torno a la habitación y volvió a estirar la espalda.

—Si quiere puede usted retirarse a descansar, agente, es totalmente comprensible su agotamiento. Ha hecho un trabajo impecable.

Iván sonrió inconscientemente y emitió un tenue «gracias». A pesar de la invitación de Müller para que se fuese a descansar, él no parecía tener ganas en absoluto de que el día acabase. En cambio, se detuvo delante de la ventana del estudio y se quedó ensimismado unos minutos mirando hacia el exterior. La playa de Santa Catalina dormía en calma, y el movimiento rítmico de las olas parecía arrullarla para que no despertase.

—¿Le gusta a usted el mar? —preguntó Ingo. Hubiera querido decir cien cosas más, pero no se le daba nada bien romper el hielo. Habían pasado las últimas cuarenta y ocho horas debatiendo y analizando varias muertes, y no consideró que hubiera una forma adecuada de pasar de esa atmósfera tétrica a una más relajada.

—Me apasiona. Cuando me comunicaron el destino, estaba

encantado. Imaginé que, cuando terminase mi jornada cada día, me daría un buen baño en el mar —Iván rio ante su propia inocencia.

—Y ¿lo ha hecho?

El agente Rubio negó con la cabeza antes de decir: «Ni uno solo».

—Adelante, no veo mejor momento que este.

Iván echó la vista atrás para comprobar que el inspector no bromeaba. Ingo se mantenía serio, como de costumbre.

—No podría, inspector. Es su playa, sería poco educado por mi parte aprovechar que me ha invitado a ayudarle hoy.

—¡Por Dios, Rubio! No sea usted tan cumplido. En primer lugar, no es mi playa, sino de toda la isla, yo solo tengo un acceso directo a la arena. Y segundo, ¿ve a alguien más a quien pudiese usted molestar? No hay nadie. Aproveche, hombre.

La cara de Iván se llenó de ilusión, y de pronto pareció haber rejuvenecido una década.

—¿Seguro que no le molesta, inspector? Bañarme ahora en el mar sería maravilloso, pero no quiero incomodarlo, esa es la verdad.

—Y no lo hará. Vaya, tómese el tiempo que necesite. Yo lo espero aquí. Daré vueltas a lo que hemos descubierto.

—¿Usted no se anima? —preguntó el joven con la esperanza de que Müller accediera y tuvieran al menos un momento de cercanía.

—No, pero hágalo usted. Pierda cuidado. Deje la puerta de atrás abierta y así podrá entrar de nuevo cuando termine. Eso sí, le pido que cuando regrese se seque usted bien, o Ermelinda nos dará de escobazos a los dos.

Iván Rubio salió del estudio y bajó las escaleras hasta el jardín de atrás antes de cruzarlo. Dejó abierta la puerta de acceso a la playa, como le había indicado el inspector, y caminó sobre la arena con los zapatos en la mano. Ingo abrió la ventana para contemplar su carrera hasta la orilla en todo su esplendor. Había ido ganando confianza según se aproximaba, y había acabado corriendo como un chiquillo el primer día de verano. En la distancia, Müller observaba cómo el agente iba quitándose la ropa hasta quedarse en cueros. Iván echó un vistazo a la casa antes de saltar sobre las olas y meterse de lleno entre ellas. Se le escuchaba reír, y aquel breve momento de pura felicidad llenó a Ingo de luz. Tuvo la sensación de

que cualquier otra preocupación que tuviera hasta entonces había desaparecido o se había ocultado. ¡Qué sencillo se le antojó todo en ese momento! Quizá su tío, y toda la experiencia vital que lo curtía, tenían razón. No se trataba de qué, sino de quién. Claramente, Ingo había equivocado el quién años antes. Si en lugar de haberse dejado engatusar por Mauro de Ares y su maldad latente, hubiera conocido a alguien como Iván, su vida probablemente habría sido distinta. Fantaseó, en los minutos en los que divisó a Iván zambullirse, con una realidad alternativa en la que habían formado una familia de dos. En su familia se despertaban temprano y se quedaban en la cama unas horas, charlando o amándose. En su familia había confianza ganada con los años y había un cariño mutuo. En su familia, quimérica e irreal, alguien muy parecido a Iván Rubio le daba los buenos días con un beso, mientras él sentía que cualquier cosa era posible.

Ingo Müller observó desde la ventana un poco más, se negaba con fuerza a romper el hechizo de la noche. Hubiera querido guardar aquel momento bajo llave, como un recuerdo preciado, para que nadie, ni siquiera él, pudiera estropearlo. Si le hubieran preguntado después cuánto tiempo se mantuvo junto a la ventana, no habría podido responder. Serían, del mismo modo, una eternidad y un instante breve y efímero. Pero todos los instantes pasan, y la fantasía de Müller también lo hizo. Al fin y al cabo, era un hombre lleno contradicciones.

Luego abandonó el estudio, y, tras una breve parada en la planta inferior, en la que tomó una toalla de hilo del cuarto de la ropa limpia, salió al jardín y caminó hacia la playa. Iván había dado por terminado su baño y sorteaba las olas de regreso a la orilla, luego se dejó caer sobre la arena y respiró con calma.

—Espero que le haya cundido —dijo Ingo, al tiempo que le acercaba la toalla.

Müller no sabía si debía esperar algo de aquel momento. Al fin y al cabo, Rubio estaba desnudo y él trataba con todas sus fuerzas de no mirarlo sino a los ojos, incluso cuando el agente se puso de pie.

—Tendría que haberse animado, inspector. El agua estaba a una temperatura estupenda. Creo que este ha sido uno de los días más

felices de mi vida, lo digo totalmente en serio.

Ingo sonrió, era tan contagiosa la energía de Iván, tan luminosa, que hubiera necesitado de lentes protectoras para no abrasarse las retinas.

—¡Vaya! ¡Pero si sabe usted sonreír! —El comentario provocó que la dentadura de Müller se mostrase aún más—. Debería hacerlo más a menudo, inspector. Le sienta bien.

—Le espero dentro —titubeó Ingo, notando cómo se sonrojaba y se le acaloraban las orejas— para que pueda vestirse con tranquilidad.

El hombre tranquilo, el impávido y serio, dio media vuelta y emprendió el regreso a la casa. Esa era la impresión de Iván: que nada, ni siquiera un hombre desnudo plantado delante de él, podían alterar a Müller. Mientras se secaba con cuidado y se ponía la ropa, analizó si había alguna oportunidad, por remota que fuera, de que Ingo fuera como él. No estaba casado ni tenía novia o prometida, pero eso no era relevante. Que hubiera preferido obviar el momento en el cual percibió su erección la noche anterior no significaba nada tampoco. Él le sacaba cinco años, era su superior, y sería normal ser comprensivo con su inexperiencia policial. A pesar de todos los argumentos perfectamente lógicos que echaban por tierra aquella atracción poderosa que sentía hacia él, había algo que seguía haciéndole pensar que, de llamar a la puerta de Ingo Müller, Iván sería bienvenido.

CAPÍTULO 21

Casa Brown, madrugada del 24 de abril de 1909

El aspecto de Rubio recién bañado era incluso más imponente que cuando estaba seco, eso pensó Ingo al verlo aparecer en el estudio. Él apuraba un *whisky* como única alternativa a calmar el deseo. Iván no abandonaba su actitud alegre y parecía incapaz dejar de sonreír. Se había atusado su pelo castaño claro hacia atrás, y el agua salada había resaltado su mirada, confiriendo a sus ojos un cariz diferente, más cercano al verde que al pardo habitual.

Rubio se sirvió un poco de escocés en un vaso, y tras darle un buen sorbo, se reunió con Ingo, que continuaba apoyado en el escritorio mirando a través del cristal de la ventana. Se mantuvieron callados durante un rato, pero lejos de sentirse incómodos, daban la impresión de compartir la calma.

—Gracias —dijo el joven—. Le aseguro que, en todos los días que me quedan por vivir, no olvidaré esta noche.

—Yo no he hecho nada.

Iván hubiera querido decir mucho más, por ejemplo, que se pasaba el día pendiente de cualquier movimiento suyo, y el resto del tiempo, pensando en él. Pero aquella no era una conversación que se soltase a la ligera, sin saber si en respuesta le esperaba una somanta de palos o un beso. Decidió comenzar una charla banal y preguntó a Müller sobre el estado de su herida.

—Mucho mejor. Tenía usted razón, ha empezado a cicatrizar.

—Si no le importa, me gustaría echarle un vistazo, por si tuviera que preparar el ungüento de nuevo y dar una segunda aplicación —dijo. Sin pretenderlo, Iván Rubio se había metido en la boca del lobo, y mucho se temía que acabaría recibiendo una dentellada.

El inspector Müller respiró hondo. Él no era tan sagaz como su tío ni percibía señales por todos lados, pero, a su modo de ver, aquella frase solo tenía un objetivo: que él se quitase la camisa. Decidió lanzarse al abismo. Si debía averiguarlo aquella noche, lo haría, deseaba hacerlo. Estaba cansado de tener que adivinar. Se puso de pie y encaró a Iván mientras se desabotonaba la camisa de manera

pausada, colocándose justo entre el joven y la ventana. El agente Rubio también contenía el aliento, y no apartó sus ojos de los del inspector en todo el proceso. Müller se deshizo de la blusa y la dejó sobre el escritorio antes de emitir un suave: «¿Contento, doctor?».

—¿Puedo? —Iván tenía el alma en un puño, aquella pregunta significaba todo o nada, comprendía la diferencia entre el agua de una cascada y el desierto más árido.

Ingo asintió y dio dos pasos hasta él. Aunque Rubio no se había incorporado, había acercado la mano hasta el pecho de Ingo y comenzó a trazar el contorno del corte con la yema de los dedos. El movimiento de su respiración, el calor de su piel, la profundidad de su mirada, eran muchas las cosas que le gritaban que no estaba equivocado.

—Sí, está bastante mejor —admitió Iván.

—Su golpe también ha comenzado a sanar, doctor Rubio. Solo le queda el morado —dijo Ingo, acariciando la mejilla del agente.

No hizo falta más que eso: un momento de silencio posterior y las manos de los dos, incapaces de apartarse del otro. La de Rubio continuó recorriendo el pecho de Müller, y la de él se atrevió a trazar los labios carnosos de Iván. Y la noche se detuvo con un beso, suave en un principio, más apasionado a medida que iban bebiendo el uno del otro, y urgente según se estrechaba la distancia entre ellos.

A Ingo, Iván le supo a mar y a salitre, aunque su lengua era dulce y jugosa. Desprendía el olor de la madera y la malta del *whisky*, y no hubo en ese momento ningún otro en su memoria con quien quisiera compararlo. Los brazos que rodeaban su cintura eran más fuertes de lo que había apreciado en la playa, y lo sostenían con decisión, atrayéndolo hacia su cuerpo.

A Iván, Ingo le resultó todo lo que había imaginado y mucho más. Besaba con dedicación. Daba un mordisco ansioso de vez en cuando, fruto de las ganas y del apremio del momento. Su mano, al masajear el exterior de su pantalón, le pareció diestra y acostumbrada a dar placer, y cuando esa misma mano abrió la botonadura y rebasó el límite de la tela, Iván se aferró a él para que no parase nunca.

Pero suele ocurrir que no se coincide a veces en los deseos, e Ingo

hizo justo lo contrario a lo que Iván esperaba, se apartó de él hasta ponerse de rodillas. Lo lamió con cariño y con expectación, notando el miembro endurecerse más en cada roce. Las manos de Iván, que habían atraído la cintura de Ingo Müller, pasaron a hacer la misma función con su cabeza, acompañando el movimiento.

Ingo volvió a incorporarse, y esta vez, en lugar de retornar a sus brazos, volteó el cuerpo de Rubio. Pegado a su espalda, continuó besando su cuello. Cada una de las caricias provocaba una nueva oleada de deseo en Iván, que soportaba como podía las ganas de abandonarse a cualquier cosa que Müller quisiera hacer con él.

—Espera, espera. —Iván, en un momento de lucidez, se zafó de Müller y caminó unos pasos hacia el centro de la sala—. ¿Te importa que paremos un momento? El corazón me va a estallar de lo rápido que late.

Ingo lo miró con curiosidad y aguardó unos minutos; luego se acercó a él, dispuesto a continuar donde lo habían dejado.

—No pienses que no te deseo —siguió Iván—. ¡Santo cielo, me quemo por ti! Solo es que me gustaría que nos lo tomáramos con calma. Hace un segundo te llamaba de usted, y ahora...

—Y ahora —continuó Müller, poniendo de nuevo su mano en la entrepierna de Iván al tiempo que lo besaba hondamente.

—Espera. Yo... quiero serte franco. Te juro que nada me apetece más que esto, nada. ¡Parezco un adolescente, por Dios! —Iván trató de ordenar sus palabras mientras Müller fruncía el ceño, confuso—. Me importas. Ya sé que es obvio, al menos lo es para mí, pero desde el primer día en aquella casucha de La Isleta, cuando apareciste junto al cadáver de Miranda, no he dejado de pensar en ti. ¡Vaya —sonrió avergonzado—, qué imbécil soy! Mira que estropear un momento romántico hablando de muertos.

Ingo retrocedió. Para él, la noche había terminado.

—Creo que será mejor que te vayas.

—Muy gracioso —rio Iván—, lo que quiero decir es que no quiero fastidiar esto que ha surgido entre los dos por las prisas del momento. Me entiendes ¿verdad?

—Como he dicho, es mejor que lo dejemos aquí, agente. —La expresión de Ingo se había vuelto rígida y excesivamente formal.

—¿Agente? Si se trata de una broma, es un poco retorcida. Ven, sentémonos un poco —pidió.

—¿No me ha oído? Que se vaya.

—Creo que no entiendo este juego —admitió Iván, extrañado.

—Es muy sencillo. Yo no soy como usted.

La respuesta fue para Iván similar a un mazazo en la cara, un golpe certero y doloroso. No le creía ni una palabra y tampoco estaba dispuesto a quedarse callado.

—¿Que no eres como yo?, ¿marica, quieres decir? Pues, a juzgar por la habilidad de tu boca, dudo que sea la primera vez que te aventuras a chupársela a un hombre.

—¿Está sordo? ¡Que se largue de mi casa! —bramó.

—Sí, sí, ya me voy de su maldita casa, inspector. —La expresión de Rubio había cambiado drásticamente. Los ojos le brillaban, mantenía la barbilla erguida tratando de mostrar cierto orgullo, y a pesar de eso, le temblaba todo el cuerpo de indignación y de rabia—. Y pensar que admiraba su profesionalidad, que soñaba con parecerme a usted algún día. ¿Sabe lo que me provocan los hombres como usted? Ni siquiera pena, sino asco.

Ingo Müller apretó la mandíbula mientras veía a Rubio recoger su chaqueta de la silla y abandonar el estudio. Iván le lanzó una última mirada llena de rencor antes de traspasar el umbral, e Ingo aguardó un poco más, hasta que los pasos se alejaron por el pasillo y escuchó un portazo resonar en el silencio de la noche. Y, como si todo su cuerpo estuviera esperando aquel sonido para reaccionar, cayó de rodillas en el suelo y se cubrió la cara con las manos, incapaz de reprimir un segundo más el llanto.

CAPÍTULO 22

Cementerio inglés de Las Palmas de Gran Canaria,
29 de diciembre de 1900

Mary Stewart rezó una oración en silencio, pidiendo misericordia por el alma de su esposo. Si le hubieran dicho unos años antes que la enfermedad de John no sería la que acabaría con su vida, no lo hubiera creído. Dejaron Gran Bretaña con la esperanza de que las temperaturas cálidas, tan beneficiosas para la tuberculosis, tuvieran un efecto curativo en John, y así ocurrió durante mucho tiempo. Sin embargo, ella no contaba con otro tipo de dolencias latentes en él. Si hubiera tenido conocimiento de su problema, hubiera acudido a un capellán o a un alienista, puesto que era ampliamente conocido el poder de la oración y de la medicina para corregir desviaciones como suya.

Ella nunca sospechó nada, nunca vio nada que pudiera identificar como extraño en su comportamiento. Sí, por supuesto que tenía muchas amistades masculinas, lo habitual en alguien de su importancia. Su padre había hecho fortuna con la exportación textil y había muerto pronto, dejando a John Alexander Stewart una pequeña fortuna que se administraba con elocuencia y rigor, y les permitía llevar una vida acomodada, aunque sin excesos ni grandes lujos.

Mary lo amó desde la primera vez que John la sacó a bailar, y en menos de dos meses ya estaban casados. No le importó en absoluto tener que renunciar a todo por él. No dudó en apartarse de sus amistades, de su familia, de su domicilio conyugal y céntrico, para embarcarse en una aventura en una tierra lejana y desconocida. El amor de John, y, sobre todo, su salud, bien lo merecían. En Gran Canaria habían sido felices, y él había mejorado tanto que hasta comenzaron a valorar la idea de tener descendencia cuando la enfermedad desapareciera del todo.

«Qué fácil es creer las palabras vacías», se dijo. «¿Por qué tuviste que contármelo, John? Te hubiera honrado el haber guardado silencio, respetarme hasta la muerte. Llevarte contigo toda esa

podredumbre podría haber supuesto el infierno para ti, pero para mí hubiera sido la salvación».

Mary Stewart se secó las lágrimas de las mejillas, cerró los ojos y se repitió a sí misma que no debía despedirse de su esposo con resentimiento. En la lejanía, escuchaba la conversación del reverendo Baker con los hombres encargados de mantener los jardines, podar algunos de los árboles y preparar la tierra para la llegada de un nuevo inquilino del osario. «Así acabamos todos, querido mío», pensó Mary. Se preguntó, frente a la tumba de mármol blanco coronada por una gran cruz, si John se había sincerado con ella en su lecho de muerte por puro egoísmo. Él, que luchó tanto para mejorar, y luego se negó a comer hasta que su cuerpo ya no pudo más. Él, que lloró hasta la extenuación, y clamó hasta la agonía. John murió el mismo 30 de mayo de 1899, aunque la vida le regalara muchos meses más. Si hubiera tenido elección, Mary hubiera preferido que el final hubiera sido repentino y sin anuncios.

En su opinión, los secretos no hacían bien al espíritu. Su marido empeoró por ellos. Se sentía abrumado por la culpa, atenazado por la memoria. «Si yo no le hubiera dicho...», murmuró John en su lecho de muerte. Las cuencas de sus ojos y los huesos del mentón, a ambos lados de la cara, eran lo primero que percibías si te aproximabas a él. Su piel, que antaño había sido sonrosada, había dado paso a un color gris de tonalidad opaca. El pelo rubio se había vuelto tan quebradizo que había acabado por desaparecer, y solo en partes de su cabellera se observaban algunos mechones. Los ojos azules de su juventud se tornaron oscuros y sombríos, y ya no enfocaban a nadie, sino que preferían vagar sin descanso de un lado al otro, o mantenerse fijos en la nada.

John Alexander Stewart dijo el nombre de su esposa una última vez la madrugada del veintisiete de diciembre de 1900. Durante las horas siguientes, incluso el rubor volvió a su semblante, y el azul hizo presencia en el iris de sus ojos. La mejoría previa a la muerte, la lucidez terminal. Le pidió perdón por todo y se vació el alma con ella. Le habló de Cyril, de cuánto lo había amado. Le habló de su amigo Paul y la traición terrible que había cometido con él. Le habló

de los celos, la envidia y la necesidad de venganza que había sentido y que habían acabado por derrotarlo. John Alexander Stewart lloró como un niño antes de expirar. Hizo jurar a Mary que nunca contaría nada, la hizo prometer que nadie sabría de su muerte, ni siquiera sus íntimos. No cejó hasta que ella accedió a abandonar la isla para volver a casa, y luego se dejó morir.

Mary se santiguó delante de la tumba de su esposo y leyó por última vez el epitafio, grabado en negro sobre el mármol: «En memoria de mi querido esposo, fallecido en la casita de madera, Las Palmas».

CAPÍTULO 23

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, Barrio de Vegueta,
26 de abril de 1909

Para evitar pensar en lo ocurrido el sábado, Ingo Müller decidió pasar el domingo al completo releyendo los ejemplares que había estudiado el agente Rubio. Se encerró en el despacho y ni siquiera salió de allí para comer algo, a pesar de que tanto su madre como su tío le insistieron mucho. Le dolía cada trozo de piel y cada músculo del cuerpo. De vez en cuando, al pasar de un ejemplar a otro, apreciaba la forma en la que Iván lo había doblado o rememoraba su felicidad al flotar en el mar, y el tormento volvía.

Se odiaba por haberle hablado así, pero no veía otra alternativa. Le aterraba pensar en las palabras de Iván, y, sobre todo, en su significado. Iván Rubio dijo que él le importaba, él, que no valía nada. El remordimiento de Ingo Müller no mermó en los siguientes días, sino que se agudizó al regresar el lunes a comisaría y tener a Iván delante durante tantas horas. Se le antojó que Rubio, con su ceño fruncido y su cara de pocos amigos, estaba todavía más guapo que cuando era un joven alegre y sin preocupaciones. Darle una orden y enfrentar su mirada gélida fue duro para él, pero también la evidencia de que Iván no mentía. Si lo hubiera hecho, si todas aquellas palabras dichas en el calor previo al orgasmo hubieran sido patrañas, el enfado se habría esfumado con el tiempo. Ingo se debatía entre las ganas que tenía de plantarle un beso y volver a sentir su lengua suave recorrerle la boca, o armarse de valor y contarle la verdad.

Esa verdad, la suya, le ocupó la memoria la mayor parte del martes, a pesar de que en el exterior de su cabeza todo seguía su curso. Afuera buscaban a José Romero. Iván Rubio trataba de localizar a los testigos del crimen de la cloaca que no hubieran fallecido o abandonado la isla. Manuel Cabral, que fue el primero en mencionar las manchas de sangre sobre la calle Mayor de Triana. Manuel Trujillo, que fue amenazado por los hermanos Romero, macana en mano, para que no avanzase por el camino la noche de

autos, y que tuvo que desviar el rumbo por la calle Pérez Galdós. Iván, además, trataba de dar con Rosario, la criada de los Stewart. Por su parte, Asier Ochoa hacía una petición a un amigo de Tenerife para tratar de conseguir los ejemplares de algún periódico del año 1904, que habían desaparecido de manera misteriosa de toda Gran Canaria.

No obstante, en el interior de Ingo, la tarea era distinta. Simulaba controlar la investigación tan bien que hasta lo creyó él mismo. El comisario Arteaga se paseaba de vez en cuando por las dependencias, henchido de orgullo al ver a su equipo trabajar unido con tanta dedicación, e incluso lo felicitó brevemente. Admitió que acudir a «El Hoyo de Arenales» había sido una locura, pero que esa locura había dado sus frutos.

Eran más de las siete de la tarde del martes cuando Ingo Müller vio desaparecer al último de los veteranos. Iván ya no se quedaba tras finalizar su jornada, como hacía antes, sino que se levantaba de su mesa puntual como un reloj y daba las buenas tardes en voz baja, solo dirigidas a Torres y Ramos. A Ingo Müller ni siquiera le encontraba la mirada.

—Parece que te han dejado solo, alemán —la voz de Mauro de Ares resonó en la estancia.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué crees que es esto, tu dominio particular?

—Vaya, vaya, vaya. Veo que tu humor no cambia. ¿Podríamos al menos ser civilizados? Vamos, hombre. Por los viejos tiempos.

Ingo se puso en pie y flanqueó la derecha de Mauro. A continuación, alzó la mano con la palma abierta hacia arriba y le indicó la salida.

—¿No podemos charlar al menos? Recuerdo que teníamos mil temas de conversación, tú y yo. Nos gustaba tanto debatir...

—¿Qué demonios quieres, Mauro?

—Venía a entregarte una invitación. Organizo una *soirée* solo para caballeros. Será en veinte días. El quince de mayo. Habrá música, bebida y, por supuesto, entretenimiento. Me encantaría que pudieras acudir.

—¡¿Cómo te atreves?! —bramó.

—¡Vamos, alemán! Hace mucho tiempo de aquello, te aseguro que

yo lo he olvidado, y si te preocupan los asistentes a tu última fiesta, ninguno ha salido de Tenerife. Y, aunque lo hicieran, tienen mucho más que callar que tú.

—Me da asco haber formado parte de tu vida —espetó Ingo entre dientes.

—Pues yo no recuerdo repulsión en tus palabras, sino todo lo contrario. Adorabas mi culo, eso me decías mientras te vaciabas dentro. Pero, de acuerdo, acepto tu negativa. ¿Qué le vamos a hacer? Invitaré en tu lugar a ese agente tan joven, ¿cómo se llamaba, Rubio? Creo que en la fiesta hará bonito.

La sola mención de Iván por parte de Mauro fue suficiente para que Ingo lo agarrase por el cuello, lo empujase contra la pared y le hablase de forma grave y enérgica, muy cerca, casi sobre su boca.

—No te atrevas a acercarte a él.

—¡Ingo Müller amenazando a las altas esferas! Me gusta —admitió acercando también su boca a la de Ingo—, hace que se me ponga dura.

—Déjalo en paz, lo digo en serio, Mauro.

—Haremos una cosa... ven tú, y así me evitarás tener que jugármela con él, desconozco si gusta de los placeres que disfrutamos tú y yo.

—Te repito que no pienso ir. Y lo dejarás en paz. Si te acercas a él, si tan solo respiras su aire, te juro por Dios que acabo contigo como debí hacer cinco años atrás.

Mauro de Ares se aferró a Müller para besarlo, y este le soltó el cuello echándose hacia atrás.

—A veces te extraño, ¿sabes? Esa vehemencia tuya, esa protección cuando quieres a alguien. La conozco bien, la he vivido. Te importa ese muchacho; ahora solo hay que saber si podrás amarlo tanto como me amabas a mí.

—¿Amarte? —rio Ingo con ironía—. Te tienes en muy alta estima. No se puede querer a quien no tiene alma.

—Sí, aunque te queme, me amabas. De hecho, a veces me da por pensar que todavía me quieres. Te aferras a tu odio con tanta fuerza que la única explicación posible es el amor no correspondido.

—Vete, Mauro. ¿No tienes una vida, una esposa que te espera? —

escupió Ingo.

—Ah, es cierto. Las mujeres se emocionan con tan poco... Ahora no hace más que bordar para el pequeño que llegará en unos meses. ¿No te lo había dicho? Voy a ser padre, alemán. ¿Lo imaginas?

—Rezaré por esa pobre mujer y ese niño. Solo saber que comparte sangre contigo es motivo suficiente para compadecerme de él —confesó Müller.

—Me voy por ahora, pero volveré. Así que disfruta de tu pequeño momento de gloria, alemán, ¿quién sabe? Puede que esté a punto de acabársete.

Las horas de la noche pasaron lentas para Müller aquel martes. El enfrentamiento con Mauro había revuelto las aguas y sus peores miedos volvieron a surgir. Apuró una copa tras otra en la soledad del estudio, alzó una de ellas en dirección al retrato de su padre y lloró amargamente al pensar en lo avergonzado que el patriarca estaría de él. «Ellos tienen más que callar que tú», había dicho de Ares. Aquella frase, de apariencia inofensiva, era un puñal que no se saca de la brecha, sino que se mueve de vez en cuando para recordar al herido que continúa allí.

«La verdad. La cruda, terrible y sucia verdad», murmuró Ingo. Se preguntó a sí mismo, anestesiado por el alcohol, si sería capaz de verbalizar lo ocurrido, de contárselo a alguien en el futuro. Lo había conseguido únicamente con su tío, de cuyo amor incondicional estaba seguro. Pero con Iván ni siquiera se lo planteaba. Iván, tan fresco y energético, tan transparente, tan limpio. Si supiera qué clase de hombre era él, no le habría permitido besarlo siquiera. Si conociera hasta qué cloacas había bajado Müller, no soportaría estar en la misma estancia con él.

Ingo se abrió la camisa y contempló la herida de su pecho antes de colocar la palma abierta sobre ella. Iván Rubio se había preocupado tanto que había olvidado sus propios golpes. A Ingo le enterneció su insistencia en cuidarlo. Entre los recuerdos de uno y de otro, del ángel y del demonio, Ingo escuchó en su cabeza otra de las frases de Mauro. Cerró los ojos con fuerza, tratando de expulsar a la voz intrusa al cuestionar: «¿Podrás amarlo tanto como me amabas a mí?».

Müller de desplomó sobre la alfombra del estudio, trató de incorporarse, pero decidió echar una cabezadita en el último momento. No recordaba cuánto había bebido, pero no era lo suficiente. Mientras su cuerpo insensibilizado dormía, su mente daba vueltas al mismo asunto: cómo, seis años antes, cuando más ilusionado estaba, empezó a apreciar en Mauro actitudes hacia los demás que no le gustaban. Lo bien que se le daba manipular la realidad a su antojo. Las palabras que empleaba eran tan halagadoras y certeras que resultaba imposible no creerle. Y luego llegó esa sensación extraña que le hacía aventurar que algo terrible le ocurriría si continuaba a su lado. Mauro y su ambiente sórdido y vicioso, empolvado de dinero y de elegancia.

Ingo abandonó a Mauro el día antes de su cumpleaños. No fue capaz de decírselo a la cara, sino que lo hizo por carta. Hacía más de un mes que de Ares había salido de viaje a Portugal, a firmar unos documentos de la herencia familiar. Regresaría enseguida, eso le dijo. Pero en un mes Ingo no tuvo noticias suyas. Al principio lo echó mucho de menos, pero se riñó a sí mismo diciéndose que nadie era el dueño de nadie. Luego comenzó a preocuparse, temió por su bienestar, por su integridad. Desconocía si Oporto era una ciudad peligrosa o si estaba llena de desaprensivos. Cuando faltaban tres días para completar el mes de ausencia, se dio de bruces con la verdad. Llegó de manos de un amigo, al cual Ingo preguntó lleno de preocupación. «¿Oporto?, Mauro está en Londres. Se pasa allí un mes cada año. ¿No lo sabías?».

En los dos días siguientes, se debatió entre darle una oportunidad de explicarse o asumir que había sido de lo más inocente al enamorarse de alguien que miente por hábito. Finalmente, redactó una larga carta en la que terminaba con él. Le decía que lo amaba más que a nadie y que le costaría la vida olvidar su tiempo juntos, pero que, por el bien de los dos, debía hacerlo.

Mauro no contactó con él en doce meses, a pesar de que Ingo supo de su regreso. Algunos amigos comunes confesaron que estaba dolido, que lo extrañaba y lo mencionaba siempre. Exactamente doce meses después, con motivo de su cumpleaños, Mauro de Ares organizó el primer baile de invertidos de Santa Cruz de Tenerife.

Cursó invitaciones a quienes conocía de fiestas privadas: caballeros de gran relevancia y mayor debilidad por los jóvenes en cueros. A Ingo no le sorprendió recibir una de las invitaciones, sino todo lo contrario. Había pasado un año, y se emocionó al pensar que podían recuperar la amistad que habían tenido. Mantenerse alejado de Mauro había sido doloroso, y lo extrañaba mucho. A menudo se repetía que había sido demasiado duro, y esperaba que este nuevo comienzo fuera bueno para los dos.

La entrada del salón de bailes alquilado por Mauro para la ocasión estaba custodiada por cuatro agentes del Cuerpo de Vigilancia, a quienes había sobornado con una buena suma por el trabajo extra. En el interior, lacayos vestidos de época portaban bandejas repletas de copas de champaña. La música lo inundaba todo, y también lo hacían las risas de los presentes. Algunos de los hombres vestían elegantemente, con traje negro. Otros, los más arriesgados, habían decidido maquillarse para la ocasión y habían comprado vestidos de mujer, que lucían acompañados de las joyas de la familia.

Mauro de Ares saludaba a todos y recibía los halagos propios por haber organizado un evento tan importante. También recibió a Ingo con una sonrisa y un gran abrazo. Todo parecía estar perfectamente coreografiado: la entrada de unos jóvenes semidesnudos a modo de Batallón Sagrado de Tebas, que portaban entre todos un gran jabalí asado; los bailarines travestidos, cubiertos de gasas de colores, que tan pronto hacían piruetas en el aire como comenzaban la danza de los siete velos.

Ingo y Mauro compartieron una copa y charlaron animadamente dos horas después, cuando el alcohol ya había hecho mella en la concurrencia. Ingo admitió haberse equivocado un año antes y verbalizó los sentimientos que aún tenía por él. Se besaron en medio de la pista de baile, rodeados de gente como ellos, y rieron ante las bromas que a veces hace el destino.

Fue poco después de ese beso cuando Mauro lo llevó aparte. Ser el organizador del evento tenía sus beneficios y conocía cada palmo de aquel lugar. Entre cortinajes de terciopelo color rojo se ocultaban espacios para quienes preferían disfrutar de la noche de una manera más íntima. Daba la impresión de ser una pequeña ciudad dentro de

una mayor. Un pasillo llevaba hasta el distribuidor, desde el cual se separaban las estancias en unas menores. Mauro tomó a Ingo de la mano y cruzaron un arco cerrado por una cortina. Se trataba de una sala de dimensiones medianas que, en su zona derecha, tenía varias sillas tapizadas con la estructura forrada en pan de oro. Ingo besó con ímpetu a Mauro, se sentía tan feliz de volver a encontrarse con él... Estaba dispuesto a cualquier cosa para que Mauro le diera otra oportunidad, incluso a jugar como a él le gustaba.

De Ares agarró entonces una de las sillas y la arrastró hasta la mitad de la sala. Sentó a Ingo sobre ella y se arrodilló ante él al tiempo que abría su pantalón. Ingo Müller le acariciaba el pelo, y, de vez en cuando, tiraba de él para besarlo en la boca. Y entonces todo cambió. Ingo obvió las banderas rojas, olvidó los rumores, desoyó a su intuición. Dejó que Mauro llevase el juego un poco más allá y le atase las manos detrás de la espalda, contra el respaldo de la silla. Accedió a un poco más por él, cuando Mauro le dijo que lo ponía muy caliente pensar en vendarle los ojos. Y se abandonó a la sensación de la lengua de Mauro, al sonido de su succión sobre él.

Ingo Müller desconectó de cualquier otra cosa: de la música de fondo, de las voces y gemidos de los otros apartados. Cuando estaba a punto de llegar al clímax, Mauro preguntó si le gustaba. Ingo respondió entre jadeos afirmativamente, pero Mauro requería mayor detalle. «Dime cuánto, vamos, alemán, ¿cuánto te gusta que te la chupe?», preguntó. Ingo debió darse cuenta en aquel momento de que algo no iba bien, pero no lo hizo. No solo el apelativo, que jamás había utilizado con él y que Müller había compartido como uno de los traumas de su infancia, sino que, aunque Mauro hablaba, él seguía sintiendo su boca sobre él.

Un segundo después de que Ingo pronunciase la frase «no pares nunca», alguien le quitó la venda de los ojos. Un Mauro sonriente lo observaba desde el otro lado de la sala, a unos metros de distancia. Junto a él, más de una docena de hombres, sentados sobre las sillas de terciopelo rojo, se complacían a sí mismos, masajeando sus miembros mientras miraban la representación. Otro dibujaba la estampa en un cuaderno, y un tercero aguantaba la risa, tapándose la boca con la mano.

Ingo miró hacia abajo con extrañeza, y todo su mundo se rasgó en ese momento. Sentía la sangre abandonar su cuerpo de alguna manera, como si la adrenalina empujase a la hemoglobina para echarla a patadas. El corazón comenzó a bombearle muy rápido y trató de zafarse de la silla, en vano. Allí abajo, lamiéndolo a conciencia, había un mendigo, sucio, viejo y desdentado, cubierto de pústulas y vestido con harapos.

Los gritos de Ingo y el llanto de pánico, de traición y humillación, se oyeron solo tras los cortinajes rojos. También había risas entre los asistentes a la función, y sonidos de placer. Ingo, sin embargo, solo recordaba una frase de aquel momento. La que Mauro de Ares pronunció junto a su oído al acabar aquella terrible noche: «Ahora, alemán, intenta olvidarme».

CAPÍTULO 24

Mercado de abastos de Vegueta, 27 de abril de 1909

Rosario Ruano odiaba el olor a pescado. Solo había algo que detestaba todavía más, y era tener que eviscerarlo, desescamarlo y limpiarlo. Se secó el sudor de la frente antes de continuar rascando la sama, y emitió un suspiro de resignación.

—Límpiamelo bien, Sarito. Que ya sabes que mi señor se pone puntilloso si encuentra alguna escama —dijo una de las clientas, una criada con uniforme oscuro.

—¡Válgame Dios! ¡Tantos estudios y se asusta por eso! Que sí, mi niña, que sí. Más no la puedo rascar, ¿qué quieres, que le arranque hasta la piel?

Müller y Rubio contemplaban la tarea desde una de las esquinas del puesto. Llevaban allí plantados más de dos horas, y esperaban el momento en el que Rosario terminase su jornada. Rubio se había acercado al llegar para identificarse, y la mujer, nerviosa y poco colaboradora, había zanjado la cuestión indicándole que todavía le quedaba un buen rato.

Para Ingo, el vocerío del mercado, y especialmente el de Rosario clamando «sardinas frescas» o «lapas de Agaete, recién cogidas», le pareció un suplicio. Sentía un pitido en los oídos y la cabeza le dolía tanto que pensó que le explotaría en cualquier momento, arruinando el género de la Ruano. Se había despertado en el suelo del estudio, y tras una carrera al jardín donde vomitó hasta la bilis, comenzó su tortuoso día de resaca. Incluso bañado, perfumado y bien vestido, tenía un aspecto deplorable, y algunas mujeres se aferraban a las cestas de la compra o echaban mano a la bolsa de dinero por temor a su mirada agotada y sombría.

Iván, en cambio, despertaba sonrisas en las muchachas más jóvenes, que cuchicheaban entre ellas al verlo. Algunas se acicalaban el pelo, pensando que un buen mozo como él podría invitarlas a dar un paseo si tenían la suerte de cruzar una mirada.

—Pero ¡¿cuánto más va a tardar esa mujer?! —se quejó Müller.

—Cálmese, inspector, está usted asustando a las señoras.

—¡Vaya, qué suerte tengo, se ha dignado usted a dirigirme la palabra! —El comentario había provocado un desdén mayor, y el inspector lanzó una mirada de indignación a Rubio.

—Si no ha tenido usted buena noche, no es culpa de nadie.

Müller exhaló con irritación y se guardó las quejas. No estaba enfadado, sino dolorido. Lo único que lo hubiera calmado en ese momento hubiera sido cruzar los escasos metros desde el mercado hasta el Muelle de San Telmo, quitarse la ropa y lanzarse al mar. Permanecería allí abajo, sentado sobre la arena del fondo, donde no había ruidos, donde dejase de pensar y hasta de respirar. Estaba harto de sí mismo, harto de tener rencor y repugnancia al espejo. Si tan solo pudiera abrirse la cabeza y sacar ese trozo de memoria que lo pudría todo desde dentro, tal vez seguiría adelante. Consideró, mientras veía a una clienta, y a otra, y después otra, realizar sus pedidos a Rosario, que aquella mujer quería lo mismo que él. No parecía contenta en absoluto con su vida. Tal vez Müller no fuese el único avergonzado de su propia existencia.

—Pues ustedes dirán —comenzó Rosario treinta minutos después, mientras se limpiaba las manos en un delantal manchado casi por entero.

—Bien, queremos hacerle unas preguntas sobre el crimen de la cloaca.

—¡Ah, no! ¡Por ahí yo no paso otra vez! ¡No, señor! Si a eso han venido, ya se pueden ir largando.

La respuesta terminó por sacar a Ingo de sus casillas.

—Pero ¿con quién se cree usted que está hablando? Somos del Cuerpo de Vigilancia, señora. O responde ahora mismo, o me la llevo derechita al cuartel; pero no al nuestro, no, al de la Guardia Civil. ¡A ver si con ellos mantiene usted esa chulería!

—Doña Rosario —comenzó Rubio, al tiempo que apartaba a Müller, que se había ido acercando a la mujer con actitud agresiva—, sabemos que debe de estar usted muy cansada después de tanto trabajo y, además, este asunto es muy tedioso. Entendemos que durante años tuvo usted que relatar las mismas cosas a un juez y luego a otro, pero le pido, por favor, que nos ayude. Lo que usted tenga que decir será muy importante para nosotros.

Rosario echó un vistazo a los dos y asintió con cara de pocos amigos.

—Está bien. Pero le respondo a usted, que tiene cara de buena gente. Al borracho ese no pienso decirle ni estas —señaló con la punta del dedo índice.

—No se confunda, señora, que aquí el que manda soy yo, y no él. No se me enfrente, y mucho menos me falte al respeto, o duerme usted esta noche en el calabozo —rezongó Müller.

—¡Qué quiere, si huele usted a alcohol que tira «pa' trás»!

—Hable conmigo —insistió Rubio—. Le prometo que serán solo unas preguntas.

Rosario inspeccionó a Ingo Müller de arriba abajo y frunció el ceño con disgusto. Luego irguió la barbilla y encaró a Iván, a la espera de que el joven comenzase.

—Sabemos que lo ha relatado usted muchas veces, pero le pido, por favor, que nos cuente todo lo que recuerde del joven inglés que visitaba a los señores Stewart en el tiempo en el que usted trabajó en la casa.

—¡Madre mía, si esto no tiene fin! Se me va a secar la boca de decirlo. Ese muchacho venía casi todos los días. Era educadísimo, simpático como él solo. Al principio «chapurreaba» el castellano nada más, luego se comprende que fue cogiendo el tranquillo al idioma y ya se le entendía un poco. Era guapo, bien puesto y muy generoso. A veces nos traía regalos al servicio. Unas garrapiñadas un día, un tapete de ganchillo otro, era muy detallista.

—¿Era habitual que llevase regalos?, ¿por qué motivo iba a hacerlo? —preguntó Müller, pero Rosario Ruano se mantuvo callada, sin pronunciar palabra.

—¿Le importaría contestar al inspector, doña Rosario? Si no le es mucha molestia —tradujo Iván.

—¡Mire que la gente es mal pensada! Estaba agradecido, por eso era. Le cuidábamos al perrillo cuando venía, porque la señora no lo dejaba entrar en la casa. El perrillo a mí me adoraba. «Ralfi», le decía él.

—¿Siempre acudía con el perro a la casa? —preguntó Iván.

—Sí, señor. Porque solo en el hotel no iba a dejar al pobre animal.

Luego se lo llevaba caminando o en la misma tartana en la que había venido.

—¿La de José Romero?

—Uno de los hijos de Faustina, el más chico. Más mal encarado y más sinvergüenza no pudo encontrar. Yo a Faustina la conocía, de vista, pero la conocía. No era una mala mujer, pero los hijos le salieron ruines como perros.

—¿Sabe si eran amigos, el joven inglés y él? —Iván Rubio trataba de averiguar la naturaleza de la conexión entre los jóvenes.

—Yo de eso no sé nada. Que lo llevaba y lo traía, sí. Pero nada más.

—Háblenos de la última vez que vio al inglés.

—Pues no sé. La última sería cuando el señor ya estaba malo. Pero al poco dejó de venir tan a menudo, y eso que a cada momento estaba allí. Se iban con el barco los tres, o a dar paseos por la playa. Siempre juntos los tres, como si fueran familia. Lo apreciaban mucho, esas cosas se notan, ¿sabe usted? La señora incluso me mandó al Hotel Metropole para que yo enseñara al cocinero de allí a hacer las pastas que al señor «Flu» le gustaban. Pero un día ya no vino más, y el señor John empezó «pa' tras, pa' trás», como un alma en pena se quedó.

—Espere, doña Rosario. Ha dicho señor «Flu». ¿Así se llamaba el inglés? ¿Está usted segura? —insistió Rubio.

—Mi niño, yo no sé de idiomas. Pero a mí me sonaba así, «Flu», «Fu». Algo así. Pero como ellos hablan que ni se les entiende, pues no le puedo decir nada más.

—¿Sobre qué fecha dejó de visitarlos? —inquirió Müller.

Rosario Ruano miró únicamente en dirección a Iván y contestó que antes del día de Santa Engracia. Recordaba la fecha porque era la onomástica de su madre y, para entonces, el señor Stewart ya se encontraba en cama.

—A mediados de abril, entonces. ¿Y el señor Stewart comenzó a enfermar justo después? Sería la tuberculosis.

—No, señor. La tisis la tenía él desde hacía muchos años y ya estaba mucho mejor. El señor John estaba como triste, decaído, no quería comer. Yo a veces lo escuchaba llorar a través de la puerta.

No sé, algún problema tendría —explicó Rosario, encogiéndose de hombros al acabar la frase.

—Pero dice usted que el joven inglés volvió una última vez. Quizá fuera a despedirse —apuntó Iván.

—No lo sé. Pero, al ser tan simpático con nosotros, digo yo que, si fuera a marcharse, nos habría dicho adiós. Eso sí sabía decirlo en castellano. Estuvo un rato, poco tiempo, arriba, en el dormitorio del señor, y luego se fue. Y ya no lo volví a ver por allí.

—Y luego los señores Stewart se marcharon de la isla —Iván lo pronunció como un hecho irrefutable, puesto que el periódico indicaba que la señora Stewart había declarado que su esposo había fallecido en el 1900 en suelo británico.

—No, señor. Se fue ella, pero el señor John se quedó aquí.

—No entiendo, ¿su esposa se marchó sin él?

—Ella dijo que se habían ido los dos, pero se fue ella sola. Él se murió en diciembre y ella se marchó antes de final de año. —Rosario parecía completamente segura al narrarlo.

—No, doña Rosario, me parece que se ha confundido usted con las fechas.

—Mira, mi niño, te digo que el señor John se murió en aquella casa. Yo misma lo amortajé. Mandé a avisar a la iglesia de ellos para que viniera un cura de esos raros. Aquí murió, y aquí mismo lo enterraron.

—No entiendo. Pero la señora Stewart dijo... —trató de recordar Müller.

—Sí, esa mujer... ¡No me haga hablar mal de nadie, eh, no me haga hablar! Por culpa suya estoy como estoy. Cuando la llamó el juez y nos pusieron a las dos frente a frente, no dijo ni una sola verdad. Pero la creyeron. ¡Vaya que si la creyeron! Que si no conocía al señor «Flu», que si no le sonaba de nada —Rosario había afinado la voz y hacía ademán de imitar a su antigua empleadora—, que si a la casa llegaban muchas visitas, ¡mentira! Ella sabía perfectamente quién era aquel muchacho.

—¿Por qué cree que mintió?

—Por vergüenza, vaya usted a saber.

—¿Vergüenza de qué? —preguntó Müller—. Si sabe usted algo más,

este es el momento de decirlo.

—¿Por qué habría de decirlo? —lo enfrentó ella, enfurecida—. ¿De qué me ha servido a mí decir la verdad, eh, de qué? Al contrario, desde que vino esa mujer ya nadie me creyó. Me echaron del trabajo, y eso que servía en una casa buenísima. Mire dónde he acabado, ¡mire! Ustedes, la gente de dinero, no se dan cuenta, ¿verdad? Sueltan las cosas como si no afectasen a nadie. Ella vino, soltó su sarta de patrañas y ¡ahí que te zurzan, Sarito! Pero yo tengo bocas que alimentar, ¿sabe usted? Tengo a mi madre postrada desde hace años, a mi padre consumido, que a veces no sabe ni cómo se llama, y dos hijos que tienen que comer todos los días. Hasta el más pequeño ha tenido que ponerse a trabajar y solo tiene diez años. ¡¿Qué sabrá usted?!

Müller apretó los dientes y tragó saliva. Ese tipo de historias no le eran ajenas. Conocía bien las dificultades por las que había pasado Ermelinda antes de emplearse en su casa, y por ese mismo motivo, la veía como la mujer más fuerte que había conocido nunca. Él la adoraba y admiraba a partes iguales.

—Tranquilícese, doña Rosario, solo queremos averiguar lo que ocurrió, nada más —intercedió Iván.

—Y a estas alturas, ¿para qué? Después de saberse todo, a nadie le importó que a un pobrecito lo hubieran matado a palos y lo hubieran metido en la cloaca. ¡Ese juicio daba hasta vergüenza! Así se lo digo. La mitad de los que fueron negaron acordarse de nada, solo unos pocos repetimos lo que sabíamos. Y ya ve usted cómo nos ha tratado la vida. Yo no sé dónde estará el señor «Flu», pero algo malo le pasaría para dejar al perrito abandonado, con lo que lo quería. Y en cuanto al otro pobre muertito ahí abajo —añadió, santiguándose—, que Dios lo tenga en su Gloria.

—Espere, doña Rosario. Me parece que no la entiendo. El señor inglés murió en la cloaca. No abandonó al animal. ¿A qué otro se refiere? —preguntó Iván, confuso.

Rosario Ruano inspeccionó con extrañeza la expresión de Iván y soltó una última frase, una que cambió el rumbo de la investigación desde ese mismo instante.

—El muerto de la cloaca no era el señor «Flu». El señor «Flu» era

blanco, y el muerto era negro.

CAPÍTULO 25

Hotel Europa, 20 de junio de 1902

Victoriano Barreto cerró el libro de cuentas y anotó en su cuaderno las cantidades a pagar a sus acreedores. Las deudas se le acumulaban. El arrendamiento de la nueva ubicación del Hotel Europa, en la antigua Casa Falcón, había sido de todo menos barato. La capacidad para los huéspedes era mayor, y también la presencia exterior de la casona: imponente, en la esquina de la calle de Los Remedios con Peregrina. No había nadie que, al pasar por el Puente de Palo, no reparase en la distancia en el enorme letrero anunciador. Los hoteleros españoles ya no lo miraban por encima del hombro como antes, como si él fuera un advenedizo; no, habían pasado a saludarlo con respeto, y ese respeto bien merecía el esfuerzo que había hecho.

Escuchó, en la lejanía de la recepción, el timbre del flamante teléfono de la compañía Bell, recién instalado. No reconocería ante nadie que todavía se sobresaltaba al oírlo sonar. Le costaba acostumbrarse al progreso, a pesar de hablar de modernidades a boca llena. Aguardó a la consabida respuesta de Carlos, el recepcionista, y se sintió orgulloso de cuánto había mejorado su vida en los últimos años. Minutos después, el mismo Carlos se acercó hasta el despacho para informarlo de que la llamada era para el propio Barreto.

—Dígame, Victoriano Barreto al aparato —recitó con el pecho henchido y una voz grave y potente. Ese tono inicial cambió pronto a un titubeo, y Victoriano dio la orden a Carlos de que comprobase en las cocinas si había llegado el carbonero a tiempo, quitándose de en medio al muchacho. Aguardó unos segundos hasta que lo vio desaparecer de su vista, y sonrió en la distancia a su hija María del Pino, que jugaba con una muñeca en el suelo del pasillo—. Está usted totalmente loco. ¡No vuelva a llamarme aquí!

—¿Está hecho? —preguntó alguien al otro lado de la línea. Tenía un acento muy característico, a pesar de hablar el castellano a la perfección, con cierta entonación extranjera.

—Sí, hombre, le he dicho que sí. No seguirán escarbando. Ese incendio ha sido un fatal accidente, nada más, y así quedará para los restos. Una pena, unas oficinas tan importantes reducidas a escombros.

—Recibirá usted el resto del pago la semana que viene —anunció el interlocutor.

—Debería añadir un poco más, no solo por las molestias de tener que mantener las amistades en el Cuerpo de Vigilancia, que son costosas, sino por lo que pueda estar por venir.

—No juegue conmigo, Barreto; le recuerdo que son sus manos las que están manchadas de sangre, no las mías.

—Hay un nuevo juez, uno empecinado en volver a abrir la causa. No querrá usted arriesgarse a que Miranda suelte la lengua y diga que le pagaron por quemar la Grand Canary, ¿verdad? Porque ese hombre está tan nervioso que saltará como una pulga en cualquier momento —advirtió Victoriano.

—Yo a Miranda no lo conozco de nada, ni a su cuñado, y si me apura, tampoco lo conozco a usted. Lo que hayan hecho y deshecho ustedes, en su conciencia queda.

—No me venga con pamplinas, inglés, que aquí los dos sabemos muy bien lo que pasó. Tengo amigos, ¿sabe? Gente importante. No me costará que me crean, especialmente si revelo ciertos detalles. Mi silencio vale dinero. Si no quiere que hable cuando me llamen a declarar... a buen entendedor, pocas palabras bastan.

—¿Se atreve a amenazarme? ¡Qué desfachatez la suya! —preguntó, indignado.

—Mire, joven. Usted podrá engañar a quien quiera, pero a mí no. ¡Yo peino canas, oiga! Esos llantos suyos se los creyeron los demás: Miranda, que es muy impresionable, e incluso Pepe, que no sé por qué le tiene a usted cierto aprecio. Pero no yo. Tengo muy claro que, si hubiera querido parar aquella desgracia, la hubiera parado. Le hemos hecho un favor deshaciéndonos de ese hombre, y los favores, amigo mío, se pagan.

Victoriano cortó la comunicación y volvió al estudio, seguro de haberse hecho entender a la perfección. Le resultaba ofensivo que ciertas personas pudieran cuestionar su honradez. Había cometido

un delito, sí, pero no se consideraba un criminal, ni siquiera un desaprensivo. La situación se presentó sin él buscarla, y como hombre de honor que era, callaría y seguiría adelante con su vida, aunque no de balde. En cierto modo, una parte de él se arrepentía de haberse prestado a semejante locura. José le pidió ayuda para un amigo, y él simplemente la prestó.

Barreto se excusó a sí mismo al recordar que no estaba al tanto de los pormenores de la situación. Solo que Pepe, a quien conocía de vista y por los servicios de su tartana al hotel, le había dicho que necesitaba un par de hombres para dar un susto a alguien. Así lo llamó: un susto. El hombre al que debían amedrentar era alto y fuerte, por eso Pepe necesitaba ayuda. Victoriano prefirió ofrecer a su cuñado Cirilo, que no le hacía ascos a cuatro duros, y ya puestos, él echaría una mano. Barreto no quería arriesgarse con unos profesionales. Si los pillaban, acabarían empañando el buen nombre del hotel.

Jamás pensó que aquel susto acabaría en muerte. Nunca adivinó que aquel hombre se rebelaría, que lucharía, ni tampoco que saldría malherido a la calle, corriendo por su vida. Miranda, aquella noche, temblaba como una hoja, no supo estar a la altura. Pepe, Cirilo y él, en cambio, atajaron el problema de cuajo.

CAPÍTULO 26

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, Barrio de Vegueta,
27 de abril de 1909

Müller y Rubio comprobaron, durante el resto de la tarde del miércoles, la información que tenían. Revisaron cada dato, punto por punto, sin comprender la situación. Estaba claro que los periódicos en los cuales se ofrecía la crónica del proceso judicial eran cruciales para entender el galimatías.

—He telefoneado a mi tío. No han dado con los ejemplares de esos meses en ninguna de las redacciones. Es demasiado raro. Un amigo suyo los enviará desde Tenerife en el correíllo. Veamos lo que pasó en ese juicio, porque ya estoy empezando a pensar que esto no tiene ni pies ni cabeza.

Iván Rubio asintió sin pronunciar palabra con respecto a la información de Müller, y volvió a la lectura de sus notas mientras escuchaba a Ingo elaborar preguntas en voz alta. Estaban solos, como de costumbre a esas horas.

—Si el tal Flu, o Food, o como diantres se llamase el inglés no murió, entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no presentarse ante las autoridades al conocer el hecho o saber que lo buscaban? Se me hace muy difícil pensar que, en más de cuatro años, no llegase a sus oídos todo este asunto. Y ¿quién era el muerto entonces? ¿Por qué, si el inglés no murió, tendría que mentir la señora Stewart? No lo comprendo. —Iván ni siquiera levantó la cabeza en esta ocasión, sino que prosiguió como si Müller ni siquiera estuviera allí—. ¿Vas a seguir así, sin decir una sola palabra, por el fin de los tiempos? —La pregunta hizo a Iván alzar la vista y encogerse de hombros—. Llevo desde el lunes pidiéndote un momento para hablar con franqueza de lo que pasó, y no me lo has puesto nada fácil.

—Lo siento, inspector, me temo que no tengo tiempo con todo lo que está pasando. Pero no se preocupe, me quedó muy clara su postura en aquel momento.

—¡Mira que eres cabezota! —bramó.

—Creo que las noches de juerga no le sientan nada bien. Pero

usted sabrá. Eso sí, yo no tengo por qué aguantar sus malos humores y, mucho menos, sus gritos. De modo que me voy. Que tenga usted buenas noches.

La Posada Alborada ocupaba las dos plantas de la casa ubicada en la calle Domingo J. Navarro, en esquina con la de Viera y Clavijo. Era una de las pocas supervivientes de la zona, que había ganado auge turístico y veía cómo los establecimientos más modernos apartaban a empujones a los menos refinados. Ingo Müller encendió un pitillo al otro lado de la calle y miró hacia arriba. Desconocía la habitación exacta en la que vivía Iván, aunque, tras revisar los archivos del personal, había dado con las señas del edificio. Tenía una excusa para la visita, débil y casi cómica, pero no aparecería ante la puerta de Rubio de vacío y sin un pretexto. Le había costado un pequeño triunfo sacar fuerzas de flaqueza para llegar hasta allí. Notaba en los huesos que era su última oportunidad, un último intento de hacerse entender. Había experimentado unos días eternos, con la garganta atenazada por la culpa y el estómago encogido.

Apagó el cigarrillo con la suela del botín y se atusó el pelo. No tenía energía para discutir, ni siquiera para subir los veinticinco peldaños que lo llevaron desde la entrada hasta la planta superior. Incluso sin ella, siguió adelante, Iván le importaba mucho más de lo que quería admitir. Tanto como para arrastrarse un poco más. Respiró hondo, infundiéndose algo de valor, y golpeó la puerta con los nudillos. La cara de Iván le dijo muchas cosas. Le dijo que la visita le había gustado, aunque no fuese a verbalizarlo. Le dijo también que su presencia le causaba cierta emoción, ya que se había ruborizado al tenerlo delante, y hasta había carraspeado.

—Inspector. ¿Qué hace aquí?

—El pañuelo —dijo Müller, entregando su propia prenda prestada semanas atrás— se lo ha dejado usted sobre la mesa. Se lo he acercado por si lo echaba en falta.

—Se lo agradezco, pero puede quedárselo. Ya no lo necesitaré.

—Como prefiera —murmuró Ingo con la voz quebrada.

—Si no quiere nada más, inspector, le deseo buenas noches.

Ingo vio la puerta comenzar a cerrarse ante él, y su miedo a perderlo de nuevo le hizo colocar el pie entre el marco y la hoja de

madera.

—Diez minutos, por favor. Solo le pido diez minutos para explicarme.

—Lo siento, no creo que haya nada que explicar, inspector.

—Cinco, entonces. —Ingo acompañó la propuesta con una mirada llena de súplica—. Por favor.

—Le concedo tres. Diga usted lo que tenga que decir y luego márchese, es tarde y quiero acostarme.

Iván abrió la puerta de par en par. El espacio no era demasiado grande, solo unos metros en los que había una cama de un cuerpo, una mesita de noche y una silla. Ingo observó a Rubio sentarse a los pies de la cama, mientras él hacía lo propio en la silla frente a él. Estaba tenso. De repente, todas las frases que había repetido en su cabeza se habían esfumado o le parecían manidas y poco honestas.

—Pues usted dirá.

—Es acogedor este lugar. Algo pequeño, pero parece cómodo.

—¿Tiene tres minutos y quiere perderlos hablando de esta habitación sin ventanas? Pensaba que tenía usted algo importante que decir.

—¡Vaya! No le reprocho la dureza. Imagino que me la merezco —admitió Ingo.

—Imagina usted bien.

—Quería decirle... ¿le importa que lo tutee? Me será más sencillo.

Iván se encogió de hombros, no iba a ponerle las cosas fáciles en absoluto.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón por mi comportamiento de hoy. He pasado unos días un poco... digamos complicados. Pero soy consciente de que he sido muy desagradable. Desde el sábado, yo... ¡Dios, no sé por dónde empezar!

—Pues le quedan a usted poco más de dos minutos —apremió Iván, sin un ápice de paciencia.

—Lo que dije, me entendiste mal. Yo no pretendí insinuar...

—Dijo que yo no era como usted. Eso dijo. Creo que está más que claro. —La frase amargaba tanto a Iván que hasta el pronunciarla le cambió la expresión de la cara.

—No, yo no dije eso. Lo que dije es que yo no soy como tú, que es

muy diferente.

Iván bufó.

—Espera, deja que me explique, te lo ruego. Yo no soy como tú, y es la pura verdad, aunque no me refiero a lo que tú estás imaginando. Me refiero a... ¡Maldita sea! —se quejó—. Si pudieras ponerte en mi lugar...

—Me temo que el tiempo avanza y sigo sin escuchar nada coherente por su parte. No entiendo qué sentido tiene esto, la verdad.

—No conozco la ternura, ¿vale? —Ingo mostraba una actitud de derrota, con los hombros caídos y los ojos expectantes—. No sé lo que es eso, nunca ha sido así para mí. La intimidad la he vivido de otra manera. Llámalo brusco, urgente o carente de sentimientos. Pero esa es mi realidad. No digo que no haya amado nunca; para mi desgracia, lo he hecho, y ese amor me destrozó. Acabó conmigo. Esto que tienes delante es el resultado. Desde entonces preferí distanciarme, como si por un lado fuera mi cuerpo y lo que hago con él, y por otro... Creo que no me estoy haciendo entender. Lo cierto es que nunca me había topado con nadie como tú. Eres sincero hasta sin querer.

—Y eso es malo —dijo Iván Rubio, confuso.

—No, claro que no. Eso es maravilloso. Pero cuando me hablaste de ir despacio, de romance, de cuánto significaba aquel momento para ti, yo —Ingo Müller decidió abrirse de par en par, y continuó— me asusté. Sé que es un tópico, estás en tu derecho de no creer una palabra de todo esto, pero me entró pánico, Iván. Tuve miedo a lo que ocurriría después. Tú y tus altas expectativas sobre quién crees que soy. De pronto me imaginé una mañana en la que te levantarías y echarías un vistazo al otro lado de la cama, y ese héroe que veías en mí se habría convertido en poco más que un ser oscuro e indeseable. Por eso preferí zanjarlo en ese momento, para que ese día no llegase nunca. Preferí que me odiaras para que no acabases sintiendo repulsión por mí. —Iván escuchaba con atención. Nunca habría imaginado que el inspector Ingo Müller, el hombre sobrio, recto y controlado, acabase sentado en una silla barata con los ojos vidriosos y la voz quebrada—. Cometí un error, uno solo, y lo siento

mucho. Sé que te hice daño, y créeme cuando te digo que, si pudiera echar el tiempo atrás, lo haría. Pero me temo que es demasiado tarde para eso.

—Tiene razón, inspector —Iván Rubio quería dar una respuesta diferente, pero él también tenía miedo al dolor y a la decepción. Cogió aire antes de terminar la frase, y sintió un pequeño vuelco en su interior al pronunciar la última aseveración—: lo es.

CAPÍTULO 27

Los Arenales, 28 de abril de 1909

Otilio Mesa no era chatarrero profesional, aunque se entretenía en dar una vuelta por el barrio de los hoteles y mirar al suelo con detenimiento. No era la primera vez que encontraba alguna moneda, e incluso, en días afortunados, alguna joya perdida. En más de una ocasión, los tesoros olvidados por los turistas habían servido para llenar su despensa durante los momentos de mayores apreturas económicas. Dejó el exterior del Hotel Santa Catalina atrás y anduvo en dirección a la Carretera del Puerto. Si coincidía con algún conocido, se ahorraría la caminata, puesto que tampoco contaba con el importe del billete de tranvía.

Sorteó las dunas y, tras un buen trecho, se sentó a descansar un rato en la cima de una de ellas. Eran las doce de la mañana y el calor apretaba. A lo lejos se escuchaba a las gaviotas emitir su graznido sobre la playa, e incluso más allá, se percibía el trasiego de gentes caminando, a caballo o montados en carros tirados por burros, que transportaban materiales desde el puerto hasta la capital. Resopló Otilio, acalorado, y se secó el sudor de la frente y la nuca con un pañuelo que sacó de su bolsillo.

A escasos metros, una bolsa de tela anudada sobre sí misma sobresalía de entre la arena. Otilio pensó, en un primer momento, que se trataba de un fallo de su vista. Había estado mirando al cielo un buen rato, y al volver a observar las dunas, necesitó unos minutos para apreciar los detalles con claridad. Se puso en pie con rapidez, emocionado de haber hecho aquel camino a pesar del tiempo, y corrió junto a la bolsa, imaginando toda suerte de alhajas en su interior.

Al otro lado de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, Ramos y Müller echaban un vistazo al informe completo de la autopsia de Victoriano Barreto. Iván Rubio planteaba sus propias hipótesis en silencio, lanzándose mil preguntas sobre quién era en realidad la víctima del crimen de la cloaca. Sabía que Müller tenía razón, aunque le molestase mucho admitirlo. No había excusa posible que

explicase las mentiras de la señora Stewart. Repasó sus notas con respecto a las declaraciones de Rosario Ruano, tanto las que figuraban en los diarios como la que había escuchado en el mercado. Él la creía a pies juntillas. No le pareció que Rosario hablase con ambages, sino todo lo contrario: si aquella mujer tenía algún fallo, era soltar las verdades sin filtro. Un día antes, la había visitado de nuevo para convencerla de entrevistarse con un retratista profesional. Si tuvieran un dibujo del aspecto del inglés, les resultaría más sencillo dar con él.

Las múltiples incongruencias del caso obsesionaban a Iván Rubio. ¿Por qué habían pensado que el inglés era el tal Cirisl, si al final era negro? ¿Por qué el perro, que era del inglés, lloraba junto a la cloaca si el muerto no era su dueño? ¿Qué podían tener en común José Romero, el inglés, y la víctima? Le pareció una extraña casualidad que el incendio de la filial de la Elder, Dempster & Company, se produjese en el mismo año en el que se reabrió el caso. Consideró la loca posibilidad de que alguien tuviera interés en borrar un rastro, el nombre de la víctima, por ejemplo, o incluso el del inglés, y hasta la salida de la señora Stewart. Sin los registros de salidas y entradas de los vapores, cualquiera podría elaborar mil historias.

Que tanto Miranda como la hija de Barreto mencionaran el apelativo «inglés» significaba mucho. Miranda era, sin lugar a duda, el eslabón más débil, el primero en romperse. Si él había dicho que la víctima era un inglés, entonces lo era. En cuanto a «Pino la loca», su sinceridad debía compararse a la de un niño pequeño. Si ella soltó la frase «papá mató a un inglés», Rubio no vaciló ante la aseveración.

En medio de los cientos de cuestiones que revoloteaban en su cabeza, también se encontraban las personales. Iván quería romper el hielo con el inspector y contarle sus ideas, aunque lo frenaba su orgullo. El momento en la posada había supuesto para él un hecho importante, a pesar de haberse mantenido en su sitio, a pesar de haberse hecho el duro.

Las palabras de Müller le habían sonado tan parecidas a las suyas, sobre todo cuando repitió que únicamente había cometido un error. Él conocía bien la sensación de impotencia cuando uno es cauto

hasta el extremo, y ese carácter no se valora, sino que por el contrario se juzga un único hecho nefasto. En el caso de Iván Rubio, el juicio había llegado de manos de su padre. Cuatro años antes, había dejado Madrid tras un año agotador, en el cual simultanear trabajo y estudio había sido difícil, y había visitado la granja familiar durante el verano. Aunque su idea era descansar un poco, a los dos días ya estaba echando una mano en la granja. Desde niño intentaba enorgullecer a su padre, un padre que le decía que los hombres de verdad no estudiaban, sino que trabajaban el campo como él. De modo que no le importó demasiado emplear su permiso en hacer un último intento de acercar posturas.

Durante las primeras dos semanas de descanso, Iván trabajó de sol a sol. Arreó ganado, ayudó a alumbrar a las ovejas, aró el campo y recogió verduras y frutas. Cada día había una nueva tarea que su padre consideraba imprescindible, e Iván la acometía sin rechistar. Trataba de disfrutar el tiempo con él, sintiendo que, poco a poco, la distancia se estrechaba. Una semana antes de marchar, organizaron un baile en el pueblo vecino. Iván no tenía ganas de ir, pero su madre insistió tanto en que fuese, con la excusa de que habría muchachas solteras, que Iván accedió por complacerla. Solo esa vez, en todos los días de trabajo duro, se permitió relajarse y disfrutar un poco. Aquella noche, tras el baile, vivió su primer momento de pasión en el establo de la granja. De la mano del hijo de unos vecinos llegó el primer beso y también el primer encuentro íntimo. Pero, después, el cansancio de tanto trabajo reclamó su pago, e Iván se quedó dormido en el establo, abrazado a aquel joven.

Su padre los encontró a primera hora de la mañana. Se preocupó al no verlo levantado al alba, como de costumbre, y recorrió la finca en su busca. Al joven le dio una bofetada y lo echó de allí. A Iván, sin embargo, lo sacó a empujones del pajar y lo tumbó de un golpe. Todavía desnudo, ató sus pies al caballo y recorrió con él la granja para que todos vieran la clase de animal que era su hijo. No le importaron las súplicas de Iván y solo se detuvo al llegar a la casa. Allí, delante de su madre y sus hermanas pequeñas, que habían salido al escuchar los insultos, lo desató y le dio una paliza que mantuvo a Iván en cama durante una semana.

No lo dejó explicarse. Ni siquiera lo miró cuando, tras el reposo, lo vio marchar de la finca. Iván Rubio apretó la mandíbula al recordar los años siguientes, en los que sus cartas quedaron sin respuesta, e incluso fue más allá, hasta el momento en el que, recién licenciado de la escuela de policía, viajó de nuevo a su pueblo natal. Tenía tantas esperanzas puestas en aquel viaje. Quería que su padre viera el hombre en el que se había convertido, todo un agente del Cuerpo de Vigilancia, una persona íntegra y digna de respeto. Manuel Rubio no saludó a su hijo aquel día. Ni siquiera su madre se acercó a besarlo, aunque Iván leyó en sus ojos el dolor. El patriarca abrió la boca únicamente para decir que su hijo había muerto muchos años atrás.

El agente Torres entró en la sala resoplando, como si hubiera echado una carrera desde La Puntilla de La Isleta hasta la misma puerta del cuartel. Apenas podía articular palabra.

—Hable, hombre, hable —lo apremió Ingo Müller.

—José —logró decir.

—¿Han dado con él? Estupendo, tráiganlo. Veamos qué tiene que decir ahora ese Romero.

Torres caminó unos pasos y se dejó caer sobre una silla, todavía inhalando con dificultad.

—Va a ser difícil, inspector. Está muerto. Lo han encontrado enterrado en Los Arenales. Solo le sobresalía la cabeza.

CAPÍTULO 28

Isla de Santorini, 1 de enero de 1903

Cyril se levantó de la cama y caminó descalzo sobre los adoquines de terracota. Le gustaba esa pequeña punzada de realidad a primera hora de la mañana: el frío bajo sus pies era como recibir un pellizco cuando estás distraído. Se enfundó el cuerpo desnudo en una bata de seda azul cielo y anudó el cinturón. Estaba de buen humor, el cambio de año siempre le había parecido una oportunidad para comenzar de cero. Entró en el baño anexo al dormitorio y se lavó la cara con cuidado. Analizó su reflejo en el espejo y se regaló una gran sonrisa. Su vida no era perfecta, pero era suya.

Ya lavado y perfumado, recorrió los pasillos de la villa hasta llegar a la terraza y se sentó, como de costumbre, a observar la vista imponente. El Mar Egeo le daba los buenos días. Sibilia apareció puntual, portando una bandeja de plata sobre la que humeaba una taza de té y el desayuno favorito de Cyril: tomates de Santorini aliñados con aceite de oliva y un poco de menta. La mujer dispuso el contenido de la bandeja sobre la mesa de la terraza y, tras una inclinación de cabeza, lo abandonó a su tranquilidad.

Cyril adoraba su condición de muda, aunque aquella fuera una característica que otro patrón hubiera interpretado como un defecto. Para él, la mayor virtud de su criada no era que estuviera siempre pendiente de él y de sus necesidades, tanto si era el desayuno diario como una cena para veinte. Tampoco valoraba en exceso que la casa estuviera escrupulosamente limpia y ordenada, siempre a punto. Sibilia cocinaba, lavaba, planchaba, acarreaba leña, e incluso se atrevía con algunas reparaciones ligeras de la villa. No obstante, el hecho de no tener que escucharla canturrear o quejarse en el proceso llenaba de felicidad a Cyril.

Llevaba más de dos años con él cuando, tras llegar a la isla, decidió comprar la casa. Era la primera vez en su vida que tenía algo suyo, elegido por él y pagado por él. No le importó que la vivienda, aunque majestuosa y enorme para una sola persona, estuviera casi en ruinas. Dedicó todo su tiempo a reconstruirla y decorarla a su

gusto. Trató de vivir con austeridad los primeros años, dedicando todo su dinero a pagar a los peones y a los carpinteros. Pronto, demasiado pronto, se dio cuenta de que la comodidad con la que había vivido no era fácil de costear, y trató con todas sus fuerzas de olvidar sus caprichos de antaño.

Si caminaba por la Playa de Eros y divisaba a lo lejos un velero que lo hacía añorar el de John Stewart, reprimía su impulso inicial de comprarse uno. Si acudía al sastre a probarse la chaqueta o el pantalón necesarios para reponer su indumentaria de verano, se mordía la lengua cuando el buen hombre le ofrecía confeccionar alguna prenda más. A veces extrañaba no tener esas preocupaciones. Con Paul jamás las había tenido que afrontar. Otras veces se repetía que estaba mejor así, que, al fin y al cabo, la madurez conllevaba hacer concesiones con los deseos extravagantes.

Eran escasos los momentos en los que pensaba en Paul. Lord Bradford había sufrido un accidente mortal y él debía seguir adelante. Así lo calificaba Cyril, un accidente. Jamás imaginó que José traería a más de un acompañante. Nunca valoró la opción de que algo saliese mal. Cyril simplemente quiso avivar su relación, o percibir una suma mayor tras tantos años juntos. Le pareció lo justo. Cuando Paul le entregó el dinero que consideraba que merecía, a Cyril se le torció el gesto. Él valía mucho más que mil libras. «¿Tan barato le resulta deshacerse de mí?», pensó entonces. Ideó aquella misma tarde del veintinueve de mayo un robo en su habitación del Hotel Europa. Cuando Paul se enterase de que le habían robado, repondría la cantidad. Pero dos mil libras tampoco le parecieron adecuadas. Ninguna de las cantidades como compensación a la ruptura lo satisfacían.

Si Paul lo amaba, y él sabía que lo amaba, entonces debían seguir juntos. Tomó la decisión con calma. Comprendió que se había equivocado y que tendría que devolver las aguas a su cauce. Una idea, una nueva y romántica, apareció de la nada aquel veintinueve de mayo. Cuando Paul llegase al Europa para despedirse, él provocaría un último momento de intimidad, un broche de oro a su historia de amor. Luego, José y algún otro desarrapado entrarían de

improviso en medio del acto, amenazarían con darles una buena paliza, y entonces Cyril se echaría a los brazos de su amado, buscando protección. Así lo pensó, como si se tratara de una novela por entregas. Tras el mal trago, Paul no mencionaría de nuevo la separación, sino que se llevaría a Cyril de aquella ciudad y lo mantendría cerca hasta que se sobrepusiera del trauma. «Ganaré unos meses», pensó aquella tarde, «recuperaré su confianza, lo volveré a ser todo para él».

La vida es tan aleatoria, un hecho planificado puede torcerse con tanta facilidad que asusta; y la fantasía de Cyril se torció por completo. Primero ocurrió que Paul no quiso sucumbir a sus encantos de alcoba. Ni siquiera se quitó el sombrero al entrar a la habitación. Para colmo, José no vino acompañado de un desarrapado, sino de tres; y cuando los matones entraron tras dar una patada a la puerta, Paul se enfrentó a ellos. El primer golpe se lo dieron en la cabeza, y Paul, tratando de defenderse, escapó como pudo de la jauría. Cyril ni siquiera los siguió, no se asomó a la ventana para comprobar qué suerte había corrido el que había sido su compañero de vida. A lo lejos, solo escuchó los ladridos de Ralphie, tratando de avisar de que su amo estaba en peligro. Él se limitó recoger el reloj de oro del viejo Bradford del suelo, contar los treinta minutos siguientes y limpiar la sangre de la alfombra con el cubrecama. Los matones no fueron rápidos, eso lo recordaba, porque le dio tiempo a inspeccionar el maletín que llevaba Bradford cuando entró en el dormitorio y a vaciar su contenido.

Frente al Mar Egeo, escuchando el rumor del mar mecer la mañana, Cyril se olvidó de los detalles que no le gustaban. Los eliminó para siempre de su memoria porque no le resultaban relevantes. Él no era el culpable de aquello. Él no sabía que Paul llevaba tanto dinero encima ni que pensaba continuar el viaje y comprar una plantación de azúcar en Cabo Verde. Lo leyó después, tras revisar el contenido del maletín: una promesa de adquisición de unas tierras de treinta mil acres. ¿Qué se suponía que debía hacer él con aquella suma, regalarla a los necesitados? Tampoco era culpa suya que Paul Bradford se hubiera enfrentado a José y sus amigos. Si hubiera protegido a Cyril, todo aquello habría quedado en un problema

puntual.

Cuando José regresó a la habitación para contarle lo ocurrido y exigir el pago de sus servicios, Cyril le dio un poco más de lo acordado. Sabía muy bien que doscientas libras adicionales, para alguien como él, eran una fortuna. El resto de los hombres siguieron su ejemplo, aceptaron el dinero y se marcharon de allí. Solo el dueño del hotel forzó un poco la situación. Mencionó que, de saberse todo, Cyril acabaría colgado. Lo convenció para dejarlo a él a cargo del entuerto. Por una suma de mil libras extras, Victoriano Barreto se aseguraría de que los demás estuvieran callados, se encargaría de lo necesario. Cyril accedió, y en aquel momento, Barreto se convirtió en su verdadero héroe, algo parecido a un salvavidas.

CAPÍTULO 29

Depósito Municipal de Cadáveres, 29 de abril de 1909

Ingo Müller no había pegado ojo en toda la noche. A su cansancio previo, tras toda una semana de borracheras para olvidar su mala fortuna con Iván, se había sumado la preocupación del caso, y en última instancia, la muerte de José Romero. Pasó la noche del jueves debatiéndose entre su cuaderno de notas y los recuerdos de su conversación con el tartanero. Las pocas horas previas al alba fueron para Iván. No sabía qué había causado aquel afecto intenso, ellos no habían intercambiado más que unos besos y algún roce, pero el agente le había calado hondo.

Con una migraña descomunal, un humor de perros y un agotamiento creciente, Ingo Müller cruzó la entrada del Depósito Municipal de Cadáveres aquella mañana de viernes. El olor, que en otras visitas le había parecido soportable, le golpeó en la cara como un tronco de madera recién cortado. Torres, Ramos y Rubio aguardaban en la puerta de la sala de autopsias la llegada del superior y charlaban sobre las novedades publicadas en el diario respecto a la Guerra de Melilla.

Müller ni siquiera abrió la boca para saludarlos, temía vomitar su remordimiento. Aquella era la verdad. El reconcomio de haber cometido tantos errores, no solo en su vida personal, sino también en su trabajo. Si él hubiera pillado antes a José, entonces no lo habrían matado. Si él no hubiera soltado aquella frase a Iván, entonces estarían juntos. Ingo hizo un gesto con la cabeza a los tres agentes y golpeó con los nudillos la puerta de la sala. Desde el otro lado se escuchó un «adelante». La primera bocanada de aire pútrido y dulzón del interior le frunció el entrecejo de inmediato. Müller se apartó entonces a un lado y dejó paso a la comitiva, aprovechando para inspirar algo del ambiente limpio del pasillo.

—¿Se encuentra bien, inspector? —se preocupó Iván. No era habitual en Müller dudar antes de entrar a ningún sitio.

—Perfectamente.

Un médico canoso y sexagenario soltaba el cerebro recién extraído

del interior del cráneo de José en una báscula, cuando, sin dejar de prestar atención al peso, decidió presentarse.

—Buenos días, me temo que el doctor Millares no está hoy. Ha fallecido su suegra en Moya y ha tenido que acudir al sepelio. Soy el doctor Zambrano.

—Su suegra —rio Torres por lo bajo—. ¡Pues menudo alivio!

—¿Es usted imbécil? ¡Cállese! —bramó Müller.

—Tampoco es para ponerse así, alemán. Usted, porque no tiene suegra, y eso que gana, porque la mía tiene un carácter que es de órdago. Amargadito me tiene.

—Discúlpelo, doctor. Continúe —añadió.

El forense comenzó su explicación pormenorizada de las heridas del finado, empezando por la descripción de la causa de la muerte. Al igual que Miranda y Ginés Pérez, a José Romero le habían roto el cuello. Se detuvo, este nuevo facultativo, en detallar la forma más rápida en la que fracturar las vértebras cervicales, y Müller palideció. Cada palabra le provocaba un nuevo revuelo en el estómago.

Rubio, de vez en cuando, apartaba la mirada del cadáver o del médico y hacía una comprobación rápida al inspector. Sabía que algo no marchaba bien.

—Y luego está lo de la piel. Esto que ven oscuro no es la epidermis. —El facultativo tomó un bisturí y, con el dorso, raspó la superficie del cuerpo de Romero. Sobre su mano extendida cayó la mezcla resultante, que acercó a la cara de Müller para que pudiera explorarla con detalle—. Es arena, inspector. A este hombre lo han desollado, y al estar la sangre fresca, la arena de las dunas ha creado una costra, ¿lo ve?

La sala entera daba vueltas como una peonza a los ojos de Ingo. Dio dos pasos torpes hacia atrás, e Iván Rubio colocó un brazo a su espalda para evitar que cayese.

—Estoy perfectamente, Rubio —se zafó él—. Y díganos, doctor, ¿quién podría hacer algo así? Se requiere instrumental necesario, imagino, dotes o conocimientos especiales.

—Lo cierto es que cualquier carnicero lo haría sin demasiados problemas. Bastaría con realizar cortes alrededor de las extremidades, como han hecho en este caso. ¿Ve usted? —aclaró el

médico, alzando la pierna ennegrecida de José, que mostraba el pie intacto—. Luego, solo hay que cortar hacia arriba, se coloca la hoja entre el músculo y la piel, y se va separando una capa de la otra. Se lo mostraré.

Ingo Müller solo apreció el primer tajo del bisturí sobre la carne muerta de José, y luego todo se volvió blanco.

La brisa entraba a raudales por la ventana abierta del estudio. No era cálida en absoluto, sino fresca, a pesar de que durante el día la temperatura había sido elevada. Ingo percibió cada nota del aroma a través de sus fosas nasales. La maresía venía cargada de toques de alga, de arena y de roca cubierta de lapas. Con los ojos todavía cerrados, estiró su cuerpo y se sintió relajado. Sus músculos ya no estaban tan tensos y la migraña había remitido. Dejó salir un suspiro de alivio y pensó que debía empezar a cuidarse más. La última semana le había supuesto un problema tanto física como mentalmente. No podía volver a ese hábito de castigarse por cualquier error. Abrió los ojos y miró al techo de la habitación convencido de dejar atrás todo aquello; se había equivocado mucho, sí, pero tenía que seguir adelante.

—Está usted despierto. Nos ha dado un buen susto, inspector.

Iván Rubio estaba sentado en una silla junto al sofá, y alguien había colocado la lamparita del escritorio de Ingo cerca de él, para que leyese con menor dificultad en las horas de la noche. Müller se incorporó deprisa. Estaba muy confuso y no sabía qué había ocurrido. Desconocía que el mismo forense había tenido que examinarlo aún desvanecido, y que, entre los tres agentes, lo habían sacado del depósito. Meterlo en un coche había sido tarea difícil, aunque bajarlo y entrarlo hasta su domicilio había resultado incluso peor. En la Casa Brown, Ermelinda comenzó a dar voces de auxilio al primer vistazo. La criada pensaba que «su niño» estaba muerto, y que los tres guardias se lo habían traído para que lo velase en condiciones.

—¿Qué hora es? —preguntó con la boca seca.

—Las nueve y diez. Ha dormido usted todo el día.

—¡Dios! La autopsia de Romero, ¡tenemos que volver ahora mismo!

—Tranquilo —Iván llenó un vaso con el agua contenida en una jarra

de cristal—, beba un poco. Está todo bien. Después de dejarlo aquí, nosotros volvimos con el doctor Zambrano. Luego le enseñaré las anotaciones de mi cuaderno, aunque sería mejor mañana. Ya lo ha dicho bien claro el médico: tiene usted que descansar. Le ha diagnosticado agotamiento.

—Estoy perfectamente, Rubio —dijo Ingo, levantándose. El cambio de postura, tras tantas horas dormido, lo hizo tambalearse un poco, y cayó de culo sobre el sofá.

—¿Ve cómo necesita descansar? ¿Cuánto hace que no duerme, inspector?

—Acabo de dormir.

Iván alzó las cejas, esperando una respuesta más honesta.

—Estoy bien. Tengo que cuidarme un poco, eso es todo. Y usted, ¿ha estado aquí todo este tiempo?

—No, como le decía estuvimos en el depósito y luego en el cuartel. Su tío y su madre no se han separado de su lado en todo el día. Al terminar el turno he venido para que ellos pudieran descansar.

—Lo siento, no quería causar tantas molestias.

—No ha sido una molestia. —Rubio trataba de esbozar una sonrisa, a pesar de que tenía la preocupación grabada en la cara—. Además, el correíllo ha traído los ejemplares del diario de Tenerife. He aprovechado para comenzar a leerlos.

—Echémosles un vistazo, entonces —dijo, poniéndose de nuevo de pie con mayor suerte.

—De ninguna manera. —Iván se levantó con rapidez, lo agarró del brazo con ternura y lo condujo hasta el sofá, donde ocupó el espacio junto a él—. Lo hablaremos mañana. No supondrá una gran diferencia, ¿no crees?

—Me has tuteado. —El aturdimiento desapareció de la cara de Ingo en una fracción de segundo.

—Quería decir... bueno, podemos analizarlo todo con calma en otro momento, inspector.

—No te irás, ¿verdad? Ahora que estoy despierto. —Había cierta inseguridad en las palabras de Ingo Müller.

—¿Quiere que me vaya?

Ingo negó con la cabeza.

—Además, me da la impresión de que ha estado fingiendo un poco para tenernos a todos pendientes de usted —bromeó Rubio para quitarle hierro a la situación.

—¡Me has pillado! —rio Ingo antes de volver a ponerse serio—. Pero sigamos fingiendo. Tú puedes simular que sigues enfadado conmigo. Y en mi caso, trataré con todas mis fuerzas de callar que estoy loco por ti.

CAPÍTULO 30

Casa Brown, 30 de abril de 1909

Había pecas de color avellana tostada en la parte superior de la espalda de Iván, justo sobre sus hombros. Müller admiró la curva formada en su zona lumbar y cómo la carne volvía a mostrarse sinuosa y sensual a la altura de su trasero. Era una estampa digna de observar con deleite: Iván, dormido plácidamente entre un revuelo de almohadas y sábanas. Su cara, con los ojos cerrados, parecía bastante distinta. La chispa de su mirada era una de las cosas que derretían a Ingo, aunque la nariz algo chata y la tez sonrosada no tenían nada que envidiar a la preferida. En cuanto a la boca carnosa, el labio inferior que se mordía por instinto al ponerse nervioso y esa barba rebelde que le salpicaba el mentón y la barbilla eran puntos adicionales a considerar. Todos juntos resultaban en una belleza contra la cual Ingo Müller había tratado de resistirse. «Pero ¿qué me pasa?», se había preguntado el inspector demasiadas veces, «si ni siquiera es guapo». En los días en los que buscaba una explicación a su encaprichamiento, se había dado de bruces con la realidad: a Iván Rubio no le hacía falta ser más apuesto para interesar a Ingo, solo ser Iván Rubio. Inteligente, carismático, tenaz, tierno, algo salvaje y muy atractivo. Las características de la lista del inspector dejaban a Iván en muy buen lugar, y en opinión de Müller, justificaban la fascinación.

Ingo recorrió la habitación con los ojos clavados en la cama al tiempo que recogía la ropa del suelo. Se sentía como si fuera un domador de fieras en medio de la pista del circo y no pudiera distraerse un segundo. Colocó con cuidado las piezas en el galán de madera, herencia de su padre, y regresó sobre sus pasos hasta apoyar el trasero sobre el marco inferior de la ventana de su cuarto. Se sentía a gusto y tranquilo. El sol, que había hecho su aparición unas horas antes, calentaba su espalda a través del cristal, y él se entretenía en mirar a Iván dormir. Acababa de descubrir que aquel era su pasatiempo favorito.

Allí, absorto, oscilando mentalmente entre la visión de su amante

desnudo y el recuerdo de su última conversación antes de subir al dormitorio, Ingo Müller continuó sin creérselo del todo.

—Prometo no volver a sacar el tema —dijo Ingo entonces—. Ya es lo bastante vergonzoso haberme sincerado. Si escapar es lo único que te provocan mis palabras, no te culpo, ¿sabes? No te culpo en absoluto.

Iván lo miró a los ojos sin pronunciarse.

—Creo que, siendo honestos, yo tampoco querría estar con alguien como yo. Así que, quédate, Iván, por favor. Charlaremos de otra cosa, del caso si lo prefieres.

—Será mejor que no digas nada más —advirtió Iván Rubio al tiempo que se acercaba. Por un momento, Müller temió que Rubio se hubiera hartado de aguantar sus majaderías y estuviera a punto de soltarle un derechazo.

—No lo haré, el tema está zanjado. Me equivoqué y perdí mi oportunidad, esa es la realidad. Con un poco de tiempo acabaré por aceptarla.

Iván lo agarró por los hombros e Ingo entrecerró los ojos, dispuesto a aguantar el golpe.

—Calla, además de cansado estás ciego. No hay nada que aceptar. No puedes perder a alguien que ha elegido pertenecerte.

CAPÍTULO 31

Barrio de Vegueta, 30 de abril de 1909

Mauro de Ares dio un sorbo al café y continuó leyendo el periódico, cuya primera plana era la muerte de José Romero. Le gustaba analizar el diario entero, de cabo a rabo. Lo que otros pasaban por alto, para él suponía una posibilidad de negocio. «La distinguida señorita tal y tal, hija de don Fulano, ha contraído matrimonio con el señor cual y cual. Deseamos a la pareja una eterna felicidad». Mauro siempre anotaba en su cuaderno de matrimonios los nombres de los esposos y sus respectivas familias. Solo la vida de las personas prominentes salía en el diario, y esos eran los contactos que importaban. Había aprendido hacía muchos años que, cuanto mayor era la posición, también lo era el deseo de compartir los hechos relevantes: bautizos, meriendas, confirmaciones y comuniones, entre otros. Muchos inventaban hasta el motivo de celebración con tal de poder ofrecer un baile por todo lo alto, y ya habían comenzado a escucharse sandeces del estilo del baile de la primavera o del solsticio de invierno.

Terminado el desayuno, caminó por el pasillo principal de la casa de tres plantas y entró en su despacho. Aprovecharía las horas previas al paseo de rigor de los sábados para ultimar los preparativos de su propia fiesta privada. Faltaban dos semanas para el acontecimiento y tenía mil cosas que hacer: hablar con el cocinero para repasar el menú y decidir los postres, encargar el vino y el resto de los licores a la taberna, comprobar la respuesta de los asistentes. Coordinar un evento digno de recordar no era tarea fácil, y requería de un temple especial el cuadrarlo todo para que encajase y funcionase como una máquina de precisión.

Si echaba la vista atrás, le costaba recordar en qué momento de su vida había decidido que aquello era lo que mejor se le daba. Comenzó como las cosas que te marcan: por casualidad. El amante de un amigo celebraba su onomástica, y este quería impresionarlo dando un baile en su honor. No eran más que quince parejas de hombres. Algo sencillo. No obstante, durante la velada se produjeron

tantos desaguisados que el amigo de Mauro, sobrepasado y hecho un manojo de nervios, comenzó a caminar de un lado al otro sin saber muy bien qué problema atender primero.

Aquella noche, Mauro se apiadó de él y comenzó a dar órdenes al personal de servicio. Tomó decisiones, valoró la opción más favorable y actuó con rapidez. La comida no resultó suficiente para los treinta comensales, y Mauro envió a dos mozos a una fonda cercana. Los apremió a traer lo que fuese con tal de llenar los estómagos de los invitados. Tampoco se había realizado una reunión previa con el personal, y alguno de los camareros mostraba extrañeza al ver a los hombres en actitud cariñosa. Dos de ellos renunciaron a sus puestos al primer beso, y otro se indignó tanto que lanzó su bandeja repleta de copas de vino al suelo en un acto de falsa hombría. Para terminar de torcer la noche, el cuarteto de cuerda tuvo un percance en el viaje, por lo que el mismo Mauro de Ares se sentó ante el piano y tocó hasta que los músicos llegaron.

Mauro se sintió tan satisfecho de su capacidad para solucionar los problemas que decidió que aquello sería algo bueno en lo que emplearse, algo que no solo le gustaba, sino que, además, le proporcionaría un rédito y algo incluso mejor: contactos interesantes. «La discreción», murmuró Mauro al abrir el sobre con la respuesta de uno de los invitados, «la discreción es la clave de este negocio». Anotó con cuidado el nombre completo del juez que acudiría a su *soirée* y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Señor, la señora está lista para el paseo. —El mayordomo de voz grave y aspecto rígido hizo una inclinación tras el anuncio y abandonó el despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Mauro de Ares recogió el contenido de su mesa antes de salir, le gustaba guardarlo todo bajo llave. Nunca era excesivo pecar de cauto. Se acercó hasta la pared en la que, entre dos enormes cuadros que ofrecían escenas campestres, uno más pequeño mostraba la imagen de la ciudad de Londres y el Támesis cubierto de bruma. Descolgó el cuadro y sacó un llavín del bolsillo derecho de su chaleco. Accionó el mecanismo de apertura al introducir la pieza de metal y girarla dos veces. Acto seguido, manipuló las dos ruedas destinadas a guardar en secreto la combinación numérica, y la

puerta de la caja fuerte se abrió ante él.

Allí mantenía todo lo importante: listas de nombres y más nombres de caballeros con fechas de asistencia a sus reuniones, e incluso los secretos que sabía de cada uno de ellos. También había dinero en el habitáculo, las joyas de su esposa y algunos de sus relojes más valiosos. Mauro de Ares revisó que todo estuviera en su lugar. Era un hombre metódico en exceso y nunca confiaba en la lealtad ni en la honradez de nadie. El hecho de que solo él conociera la combinación y portara la llave no eliminaba la posibilidad, en su cerebro, de que alguien pudiera acceder y husmear a gusto.

Aquel cofre blindado e incrustado en la piedra también guardaba algunas fotos a buen recaudo, las que Mauro consideraba más importantes: un político de renombre besando a un hombre travestido. En otra se mostraba a un jurista con un cargo en la Audiencia Provincial de Madrid, desnudo, a excepción de un pañal enorme cerrado con un alfiler de diamantes. En la instantánea, el bebé adulto mamaba famélico del miembro de su devoto cuidador. En otra de las impresiones, todo un catedrático de la Universidad de Oxford, a cuatro patas sobre una alfombra persa, era azotado en el trasero por su jovencísimo alumno. Mauro de Ares había visto tantas cosas que ya nada lo sorprendía, y a sus ojos, aquellos pequeños vicios eran la llave que abría todas las puertas. La información era poder, y también lo era la vergüenza. Por ese motivo evitaba a toda costa ser fotografiado, y llegaba incluso a pagar cifras exorbitadas a cambio de que solo él tuviera acceso a sus imágenes. Las guardaba todas allí, en su preciada caja fuerte. Un Mauro más joven sonreía bajo el sol en la proa de un barco o posaba con aspecto formal en un estudio privado.

La más pequeña de las instantáneas de la caja fuerte mostraba la imagen de una mujer y un joven, ambos elegantemente vestidos. El chico se parecía un poco a la mujer, que se dejaba retratar sentada en un diván, mientras que el joven se mantenía de pie junto a ella. Como hacía siempre, Mauro de Ares analizó el reverso antes de volver a ponerla en su sitio y cerrar la puertecilla. Era una manía que había adoptado con el tiempo, le ayudaba a centrarse, a recordar quién era y de dónde venía. Echaba un vistazo breve a las fotos, y a

continuación, leía los nombres y fechas anotados detrás. Consideraba que, si uno sabe dónde ha estado, ve el camino a seguir con mayor claridad.

Mauro de Ares colocó el cuadro en su sitio y lo equilibró en su parte derecha para que no estuviese desnivelado antes de salir de la estancia. La estampa de Londres entre la niebla tenía cierto aire de oscuridad, transmitía desasosiego, y, si uno dejaba vagar la imaginación, algo de sordidez. No obstante, era la pieza fundamental de aquella pared. Resultaba obvio a la vista. Tenía un simbolismo que solo el dueño de la casa conocía. La escueta frase manuscrita sobre la trasera de la última de las fotos resonó en la cabeza de Mauro mientras avanzaba por el pasillo en dirección al recibidor para encontrarse con su esposa: Margaret y Cyril Todd, septiembre de 1898.

CAPÍTULO 32

Casa Brown, 1 de mayo de 1909

Una extraña conversación durante el desayuno fue el momento más irreal de toda la vida de Iván. Tras levantarse y bajar a la planta principal en busca de Ingo, se topó con una estampa familiar enternecedora: Asier Ochoa, Clara Müller y su hijo disfrutaban del café y charlaban animadamente. Tras la llegada de Iván, no solo Asier lo hizo sentir bienvenido, sino que Clara Müller pronunció una frase que el agente jamás olvidaría: «Para nosotros Ingo es lo más importante. Lo queremos tal y como es, y cualquiera que haga lo mismo será bien recibido en esta casa».

Para Iván Rubio, aquella confluencia de palabras aparentemente inocentes tenía mucho significado. Nunca había escuchado a nadie decir algo así en voz alta, y mucho menos, con tal tranquilidad. Formaban un clan algo extravagante, pero el cariño se palpaba en el ambiente, y lo que era mucho más difícil de encontrar, el respeto por la individualidad de cada uno.

Le resultó irónico a Iván el hecho de extrañarse y ponerse en guardia de inmediato ante la situación, lo hizo cuestionarse el estilo de relaciones a las cuales estaba acostumbrado. En su normalidad, la de él y la de otros muchos, la familia renegaba de ti si se enteraba de que gustabas de compañía masculina siendo un hombre. En su normalidad, y la de otros tantos, no podía mencionarse el destinatario de los afectos; y si se hacía, se trataba del compañero de trabajo, del compadre de juerga, del cuñado, del jefe o de cualquier cosa que no sonase a marica.

La tranquilidad de los Ochoa-Müller lo descolocó, esa era la verdad. Nunca, en toda su vida, había experimentado aquel abrazo genuino a todo cuanto él era. No solo lo que parecía, no solo lo que se esperaba de él, sino lo que era por dentro, sus anhelos más profundos y secretos. Sintió cierta envidia por la clase de amor que Clara profesaba a su hijo, la clase de amor que Ingo recibía, aun sin darse plena cuenta. Quizá, si su experiencia hubiera sido distinta, Ingo hubiera sabido apreciarlo en todo su esplendor, con todos sus

matices...

Con el rumor de las olas de la Playa de Santa Catalina de fondo y la risa de los bañistas del cercano Hotel Metropole escuchándose a lo lejos, Iván Rubio entrecerró los ojos y recordó a su madre, a sus hermanas e incluso a su padre. Pensó en ellos uno a uno, tratando de rememorar solo las cosas buenas, y con ese sentimiento de conciliación, los dejó atrás.

Los dos miembros del Cuerpo de Vigilancia pasaron el resto del día revisando los periódicos de 1904 y exponiendo las hipótesis de quién podría haber sido la víctima real del crimen de la cloaca. De vez en cuando, la proximidad les hacía imposible aguantar sin besarse, y se dejaban llevar por el momento. Otras veces, Müller se sentaba junto a la ventana y repasaba su cuaderno de notas con el ceño fruncido. Iván lo observaba divertido desde la distancia, y luego se levantaba y masajeaba sus hombros para evitar que volviese a estar tan tenso como de costumbre.

—¿Quién crees que era? —Ingo Müller era incapaz de dejarlo estar. Había perdido demasiado tiempo, y los cadáveres se acumulaban en el depósito sin ni siquiera visos de dar con el culpable de los recientes crímenes.

—¿El muerto de la cloaca? No tengo ni idea.

—Es raro, ¿no te parece? Lo más obvio sería asumir que un ladrón robó la ropa del inglés, y no sé, quizá Barreto y compañía lo pillasen y la situación se les fuera de las manos. Pero luego ves la declaración de los médicos que practicaron la autopsia, y resulta imposible.

Los doctores Francisco Martín y Luis Millares realizaron el reconocimiento inicial al cuerpo de la víctima hallada en la cloaca de la rinconada de San Telmo aquel tres de noviembre de 1900. Según el informe, expuesto durante el juicio, el cadáver contaba con varias heridas de consideración. Una fractura de catorce centímetros por siete, justo sobre la oreja derecha. También un corte en una de las costillas del lado izquierdo, en la zona denominada «el vacío», además de contusiones y roturas en otros tantos huesos. De la osamenta del difunto pudieron averiguar que se trataba de un hombre de edad aproximada a los cincuenta años, de talla alta y

complexión fuerte, a juzgar por la ropa y la estructura de su esqueleto. El análisis del cráneo había sido decisivo, y tras enviarlo primero a Madrid, y después a París, se había concluido que el ancho de los pómulos era un centímetro mayor al ancho de la raza blanca. Aquel había sido el motivo para determinar que el finado era negro.

—¿Sabes lo que sigo sin comprender? —expuso Iván Rubio—. Pongamos que todo eso es verdad. Pongamos que yo soy un ladrón negro que entra en el Hotel Europa a robar justamente en la habitación del único inglés que hay. Primera casualidad. No solo porque tanto el dueño como los empleados negaron que allí se alojase un inglés. Tenemos la declaración inicial de Ginés Pérez, él si vio allí a Cirisl. También la señora que vendía calados. Vale —continuó hablando en alto al tiempo que caminaba por el estudio—, imaginemos que soy ese ladrón negro y entro en la habitación de Cirisl, y no en cualquier otra. Supuestamente, me pongo la ropa del inglés. Yo, que soy el ladrón, que mido más de un metro ochenta y soy corpulento, me pongo la ropa de un hombre descrito como menudo, bajito y delgado. Y no solo me la pongo, me va como un guante.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Hazme un favor —Iván había alcanzado su chaqueta a Ingo—, póntela. Confirmemos la teoría. Yo no soy tan bajito como Cirisl ni tan delgado, pero tú eres más grande y fuerte que yo. Vamos, póntela.

Ingo ejecutó la orden, embelesado por el entusiasmo que ponía Iván en todo. La chaqueta de Rubio, a pesar de entrar a duras penas por sus brazos, casi no podía pasar la frontera de sus hombros, y desde luego no podía abrocharse.

—¿Ves? Es imposible que a la víctima la encontrasen con una chaqueta varias tallas menor, perfectamente abotonada. Esa ropa no era robada, no era de otro, era suya.

—¡Joder, él era el inglés!

Iván asintió antes de continuar.

—Esa es la única explicación. Recuerda que Miranda dijo que habían matado a un inglés. No dijo que habían matado a un negro. Si hubiera sido un ladrón, ¿por qué no utilizarlo en el juicio para

defenderse? Pero todos callaron. Lo único que no llego a comprender es el tema del perro.

—¿Has tenido mascota alguna vez? Yo nunca, a mamá la hacen estornudar, pero siempre quise tener un gato —rio—. Creo que nunca se lo había contado a nadie.

—Ingo, yo soy un chico de campo, allí todos los animales son mascotas.

—Me encantaría conocer tu teoría sobre el perro de la cloaca, chico de campo. —Ingo se había acercado para darle un beso en la mejilla, y volvió a su asiento de espectador en el sofá mientras Iván continuaba pensando en voz alta.

—Vale, un perro lloraría y aullaría durante noches por su amo, de eso no hay duda.

—Y perseguiría a una tartana hasta Tamaraceite, como hizo entonces —puntualizó Ingo.

—Exacto. Una suerte que alguien se apiadase de él y lo acogiera. Pobre animal. Luego, el muerto de la cloaca era su amo.

—Pero, Iván, los testigos vieron siempre al tal Cirisl con el perro, el mismo perro. Un perro no atiende a dos amos, ¿o sí?

En cuanto Ingo formuló la pregunta, se dio de bruces con la posibilidad, loca y enrevesada, de que en efecto el perro Ralphie, que había mandado traer el juez Ripoll desde Teror, había tenido, en su vida previa al crimen, dos amos.

—Espera, espera. Y si... —Ingo trató de ordenar todos los hechos en su cabeza: el silencio de la señora Stewart, el miedo del intérprete, el vínculo con Romero, la rapidez con despachar un caso sin resolver—, ¿y si eran dos los ingleses, dos los dueños del perro, dos las personas que había en aquella habitación?

—Te refieres a que fueran...

—Amantes —concluyó Ingo—. Eso explicaría muchas cosas. Puede que el tal Cirisl viajase con su amante negro diciendo que era un amigo, un criado, o algo parecido.

—Pero todos los testigos lo sitúan solo o con los Stewart. No viajaba con nadie.

—Solo, con los Stewart, o con José Romero, invitándolo a lo que él quisiera. Pero también con el joven Jones, de la Grand Canary,

¿cómo dijo el guardia del parque? —Ingo se levantó para coger su cuaderno del escritorio y leyó—: Como si fueran amigos íntimos.

Unas horas después, los dos miembros del Cuerpo de Vigilancia tenían muy claro que los dos ingleses mantenían una relación romántica. Incluso pensaron que el perro no siguió a la tartana pensando que pertenecía al asesino, sino que era posible que el tal Cirisl hubiera escapado en ella y que el pobre animal, al verse desamparado, buscase cobijo junto a él. Esta última teoría, en la cual José Romero y Cirisl huían juntos, tenía sentido para ellos. Entendían el miedo de Romero al salir de «El Hoyo». No hablaba de entes paranormales. El fantasma que mencionaba José no era el de la víctima de la cloaca, sino de alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo: Cirisl Food.

CAPÍTULO 33

Barrio de Vegueta, 2 de mayo de 1909

Asier Ochoa levantó el auricular del teléfono de la redacción e informó a la operadora de la dirección con la que pretendía contactar. El abonado no era otro que un viejo amigo de su época de juventud, con quien había mantenido el trato a través de los años. Nunca habían sido más que compañeros de tertulias y de veladas de ópera, aunque el tiempo había demostrado que los dos se habían equivocado al elegir a sus parejas. La suya era una relación que había durado mucho más tiempo que cualquier amante pasajero.

Al otro lado de la línea, Patrick saludó con un breve «hola».

—Querido, ¡cuánto me alegra escucharte! Hace demasiado tiempo que no nos vemos —continuó, con un marcado acento escocés.

—Me temo que te llamo para pedirte un favor, aunque prometo visitarte pronto.

—Lo que quieras, si está en mi mano, sabes bien que te ayudaré —afirmó rotundo.

—Se trata de mi sobrino. Busca a un viejo amigo de internado, ¿sabes? Han perdido el contacto y le gustaría volver a saber de él, aunque desconoce sus señas. Su familia se ha mudado continuamente. —Asier Ochoa echó un vistazo por encima del hombro para comprobar que nadie lo escuchaba—. Este amigo visitó la isla en febrero del noventa y nueve. Lo recuerda como Cirisl Food, quizá pudieras comprobar el nombre correcto. Nos ha parecido que debe de haber algún tipo de laguna en su memoria, ya que el apelativo resulta un tanto cómico e irreal, ¿no te parece?

—Dalo por hecho. En febrero, dices. ¿Conoces la fecha exacta de llegada? Así me será más fácil dar con él.

—Arribó a Gran Canaria a bordo del vapor Loanda el veinticinco de febrero de 1899.

—Si llegó el veinticinco, calculo que habrá salido una semana antes. Es el tiempo habitual de travesía —informó Patrick.

Tres horas después, el teléfono sonaba sobresaltando a Ochoa, que se había quedado junto a él a la espera de la llamada. Tomó el

auricular, escuchó la presentación de la operadora y anotó en un papel los datos que su amigo le proporcionó. Patrick ocupaba un puesto de confianza en las oficinas centrales de la Elder, Dempster & Company en Liverpool. Tenía acceso a los documentos de salida del pasaje. Asier había pensado en él tan pronto Ingo pidió su ayuda. En la breve explicación previa, Iván e Ingo le habían dicho que, puesto que los registros en Canarias se habían quemado, quizá en el país de origen siguiesen intactos, y estaban en lo cierto.

Asier colgó el auricular y salió de la redacción con prisa. Decidió tomar un coche en lugar de aguardar hasta que llegase el tranvía. Había ocasiones en las que el vehículo atropellaba a algún viandante, y el trayecto se alargaba hasta que llegaba la Guardia Civil.

Cuando llegó a la Casa Brown y entró en el estudio de Müller, todo el suelo estaba repleto de notas con fechas, nombres, dibujos y hechos. Iván e Ingo parecían tener entre manos un rompecabezas gigante que trataban de resolver a toda costa, y Asier justamente era el encargado de colocar la pieza que daba sentido a todo. Extendió un trozo de papel doblado y lo entregó a Ingo con una sonrisa. Era la primera vez que su sobrino le pedía ayuda de verdad.

Ingo Müller, expectante, abrió la nota y la leyó antes de decir: «Ya lo tenemos». No es Cirisl, sino Cyril. M. Cyril Todd. Sus señas son el número cinco de Saint Anne Villas en Londres.

CAPÍTULO 34

Saint Anne Villas, Londres, 2 de mayo de 1909

Margaret Todd hizo sonar la campanilla para reclamar a la doncella. Eran las cuatro de la tarde y no le gustaba tener que esperar ni un solo minuto para disfrutar del té. Lo tomaba aderezado con miel y una nube de leche templada, ni demasiado caliente ni demasiado fría. El aviso surtió su efecto, y una joven de no más de quince años, perfectamente uniformada de negro, delantal blanco, y una gran bandeja de plata, hizo su entrada en el salón. Sin mediar palabra, distribuyó el contenido de la bandeja sobre la mesa situada junto a la ventana. A Margaret Todd le entretenía la vista desde el ventanal estilo Reina Ana en la fachada de la casa de tres plantas. Observaba a las parejas pasar camino al Parque Holland, cogidos del brazo. Era un hábito con cierto romanticismo. Imaginaba las palabras que utilizarían los hombres para encandilar a sus enamoradas, los gestos de amor que provocaría la aceptación de la propuesta de matrimonio.

El sonido del teléfono en el número cinco de Saint Anne Villas no sobresaltó a Margaret aquel lunes por la tarde, a pesar del estruendo. Odiaba de veras aquel cacharro, pero se había visto en la obligación de instalarlo, puesto que todas las casas importantes contaban con uno. El artefacto solo había sonado una vez en todo el año, por Navidad, cuando su hermana la telefoneó para desearle una feliz Nochebuena.

—Señora —la doncella uniformada entró en el salón y, antes de hablar, se inclinó con reverencia—, la llamada es para el señor.

La viuda Todd se levantó con tranquilidad y, a pesar de no tener la más remota idea de quién podría contactar con su hijo mediante el odiado artefacto, anduvo hasta el recibidor y sostuvo el auricular, al tiempo que saludaba dando las buenas tardes. Al otro lado de la línea, un desconocido caballero le explicó en perfecto inglés que se trataba de un periodista español que realizaba un reportaje sobre el turismo en Gran Canaria, y que habían obtenido el nombre de Cyril, junto con otros ingleses ilustres, directamente desde las oficinas de

la Elder, Dempster & Co.

Tras informar brevemente al periodista de que su hijo Cyril hacía tiempo que no vivía en la casa familiar, Margaret Todd charló con el caballero agradeciendo su suerte. Siempre había soñado con que su nombre fuese de relevancia o interés para alguien, y durante unos minutos, se sintió verdaderamente importante.

Asier Ochoa y Margaret Todd hablaron durante más de media hora como si fueran conocidos de toda la vida. Él se sirvió del halago y algunas bromas de sociedad para que la matriarca se relajase lo bastante y le hablase de Cyril y sus viajes. Se quejaba la madre de la falta de noticias, y recordaba que, tiempo atrás, Cyril le escribía cada semana o cada dos, y siempre se mostraba alegre. Grecia, Italia, Francia y Suiza completaban la lista de países que había recorrido extensamente el vástago. No obstante, en los últimos tiempos, Cyril rara vez enviaba poco más que una breve nota mensual, junto con la considerable suma que mantenía su estatus, pero no había vuelto a visitarla.

En el salón del Hotel Santa Catalina, el olor a humo de habano se entremezclaba con las conversaciones sobre la guerra y la política. Müller y Rubio continuaban a la espera de que las habilidades sociales de Asier dieran sus frutos. Habían acudido los tres al establecimiento, puesto que era el único lugar próximo a la Casa Brown donde poder telefonear.

La señora Todd no solo se prestó a responder el cuestionario de Asier, sino que además estuvo encantada de ayudarlo. Durante la conversación, un nuevo nombre salió a la luz. Un conocido de la familia que también había visitado Gran Canaria. El tal Lord Paul Bradford había desaparecido en 1899 en la selva de Cabo Verde, junto con su *terrier* Ralphie. La coincidencia les pareció impresionante.

Asier Ochoa, lleno de intriga y totalmente entregado a la causa, volvió a la cabina dispuesto a obtener más datos de una fuente con mayor información: la redacción del *Times*. Como colega de profesión, achacó la solicitud a la elaboración de un reportaje sobre los peligros de algunos de los destinos más visitados por los británicos. La argucia del artículo dio sus frutos y tras aguardar una

hora, en la cual los tres trataron de ordenar sus ideas sin hablar demasiado del tema, el recepcionista del Hotel Santa Catalina avisó a Asier. Su petición había sido atendida y lo llamaban desde el periódico británico para contarle novedades. Asier Ochoa hizo un ademán con la mano, indicando a los dos que lo esperasen, y desapareció tras el arco de entrada al salón.

—Si estamos en lo cierto, puede que haya alguien que lo conociera, ¿no te parece? —comenzó Iván—. Me refiero dentro del núcleo cerrado de uranistas.

Iván había eliminado la voz justo al pronunciar la última de las palabras, gesticulando cada letra.

—Puede ser, pero uno no va preguntando por ahí a los caballeros si se han encamado con un joven inglés sospechoso de asesinato. Sabes de sobra que el hermetismo es mayúsculo en este tema —recordó Ingo, mirando a ambos lados para comprobar que nadie los hubiera escuchado.

—¡Madre mía, alemán! ¡Qué extraño verte por aquí! —la voz de Mauro de Ares provocó cierto sobresalto en Müller, que hasta el momento estaba concentrado en darle vueltas al caso desde otro punto de vista—. Espero no interrumpir. He llegado hace poco y no estaba seguro de si se trataba de vosotros. También me pareció ver a tu tío.

Ingo miró con descaro a Mauro de arriba abajo, como si quisiera transmitir hastío ante su sola presencia. Iván, en cambio, esbozó una sonrisa algo forzada y estrechó la mano que le tendía de Ares.

—Señor Rubio, ¡cómo me alegra que no se haya contagiado con las maneras tan toscas de mi amigo Müller! Tiene suerte de que no lo echen de aquí a patadas por semejante comportamiento —ironizó.

—¿Existe algún motivo para que te creas con la confianza suficiente como para acercarte a nosotros? Haz el favor de desaparecer de mi vista —masculló Ingo.

—Venía a recordarte la *soirée* del quince de mayo. No habrás olvidado acudir, ¿verdad?

Iván cuestionó en silencio la situación y miró a Ingo con extrañeza. Una punzada de celos apareció en el espacio entre su diafragma y su estómago, y de repente cayó del guindo. El desdén de Müller con

Mauro, la confianza de este al dirigirse al inspector, y las palabras de Ingo unos días atrás, cuando decía que no había sido ajeno al amor. De pronto le resultó tan obvio que los dos habían sido amantes que la novedad lo hizo sentirse inocente y estúpido. Ingo había amado a Mauro. Eso había dicho. Había pronunciado las palabras exactas: «Ese amor me destrozó». Para Iván, el despecho era una emoción tan poderosa que era capaz de transformar a cualquiera. No se olvidaba con el tiempo, sino que se instalaba en el alma hasta hacerla empequeñecer. El planteamiento de Iván fue rápido y su hipótesis sencilla: Mauro de Ares había abandonado a Müller para casarse, y este, con el corazón roto, no había sido capaz de sobreponerse a su pérdida.

—Creo que ya te respondí al respecto. No tengo intención alguna de ir —zanjó Ingo Müller con desagrado.

—Como quieras. Me temo que serías una compañía muy aburrida, vista la actitud que tienes últimamente. Solías ser tan divertido...

La punzada de celos volvió, e Iván Rubio analizó la mirada dura y resentida de Müller. De pronto, los últimos días juntos se tambalearon y pudo imaginar con facilidad una realidad pasada en la que Ingo sonreía desnudo en brazos de Mauro. Si los comparaba a ambos y emitía un juicio objetivo, hacían muy buena pareja. Tan distintos y, al mismo tiempo, tan parecidos. Müller, alto, moreno y varonil; y de Ares, rubio, con los ojos de un azul tenue y cierto aire de fragilidad. Los dos con un porte especial, un refinamiento innato. Los dos salidos de internados de renombre y universidades exclusivas. Iván Rubio se preguntó tantas cosas en aquel breve momento que apenas pudo asimilarlas. Él nunca sería como Mauro de Ares, jamás conseguiría estar a su nivel. ¿Y si era justamente eso lo que buscaba Ingo? ¿Y si lo había rechazado y echado de su casa porque Iván nunca sería como Mauro? ¿Continuaría él haciendo la vista gorda en caso de darse de bruces con la certeza de que Ingo Müller solo veía en él un mero entretenimiento pasajero? ¿O, por el contrario, le pondría fin a una relación que no tenía futuro? Cuando estaban a solas, Ingo parecía tan cariñoso, tan entregado, tan apasionado, que a Iván le resultaba muy difícil no creerlo. No obstante, ante Mauro, el cuerpo de Ingo temblaba como una hoja, a

pesar de esforzarse mucho en ocultarlo.

—¿Vendrá usted, señor Rubio? Lamento no haberlo invitado antes, pero temía que, al no conocernos demasiado, lo considerase un atrevimiento por mi parte. Será una velada encantadora. Venga, por favor.

—¿Cómo te atreves? —dijo Ingo entre dientes. Su respiración, ya algo alterada, había acabado por desbocarse.

—Iré encantado —respondió, Iván lleno de curiosidad. Necesitaba saber más de Mauro, sobre todo averiguar si continuaba interesado en Müller. Uno debe mantener a la competencia muy cerca.

—¡Por supuesto que no! Te prohíbo que vayas —soltó Ingo sin pensar.

—¡Vaya, alemán! —Mauro de Ares elevó las cejas e hizo una pausa dramática antes de continuar—. Ya veo que la confianza que tienes con los agentes a tu cargo te lleva no solo a tutearlos y arrastrarlos hasta un hotel, sino también a darles permiso sobre qué compañías deben frecuentar.

—Como le decía —insistió Iván—, estaré encantado de acudir a su *soirée*.

—¡Fantástico! Acordaremos los detalles durante la semana que viene. ¡Cuánto me alegra que haya aceptado venir! —exclamó Mauro, totalmente excitado ante la idea—. Volveremos a hablar, señor Rubio. Caballeros.

Mauro de Ares, que lanzó una última mirada a Müller conteniendo un gesto triunfal, se limitó a inclinar la cabeza hacia adelante antes de marcharse. La expresión de Ingo era digna de analizar, con los ojos muy abiertos, como si acabase de ver ante él un sangriento suceso. De vez en cuando, miraba de reojo a su amante, tratando de descifrarlo. Tardó unos minutos más en emitir un juicio sobre la conversación previa. Sabía que, cuando estaba enfadado, corría el riesgo de dejarse llevar por el momento y lanzar cualquier frase por la boca. Ingo inhaló profundamente hasta llenar el pecho antes de hablar.

—No puedes ir a esa fiesta, ¿me oyes? No es el tipo de celebración a la que tú estás acostumbrado.

—Que yo sepa, nunca hemos tratado el tema, ¿por qué asumes el

tipo de ágapes con los que estoy familiarizado? Es asombrosa tu altanería a veces.

—Es un baile de invertidos —dijo en un susurro—. ¿Comprendes? Un evento privado solo para caballeros. Allí, la gente...

—Se siente libre de estar abrazado si quiere, o de besarse si le apetece —dijo Iván acabando la frase—. No te equivoques, que no sea de tu clase no quiere decir que sea un palurdo de campo sin ningún tipo de instrucción ni educación. Conozco ese tipo de fiestas, he oído hablar de ellas.

—¿A qué viene esto? ¿Ahora te enfadas conmigo? ¿Palurdo de campo, en serio?

—Y ¿a santo de qué viene prohibirme acudir? ¿Un poco de intimidad y ya te crees mi dueño? —atacó Iván muerto de celos.

Ingo se levantó del sofá, atónito. La última frase se repetía en su cerebro como un eco molesto. Para Ingo Müller, aquellos días juntos habían sido los más felices de su vida. Cierto era que no se había llenado de valor para declarar su amor a Iván, pero sabía que lo amaba con cada poro de la piel, cada gota de su sangre y cada molécula del oxígeno de sus pulmones.

—Sobrino —Asier Ochoa regresó con novedades y estaba deseando contarles todo—, no vas a creer lo que he averiguado. Vayamos a casa. Será lo mejor. ¿Ocurre algo? —Un solo vistazo a la pareja fue suficiente como para percibir la tensión.

—Nada importante.

La explicación detallada de quién era Lord Paul Bradford y si había o no desaparecido en Cabo Verde les ocupó la siguiente hora. Asier Ochoa repitió las palabras de su homólogo del *Times*, que zanjó el tema con una frase solemne: «Nunca se ha publicado esa información, ni en primera página, ni en ninguna otra parte».

La opción de que Cyril, su madre, o ambos, mintieran parecía cada vez mayor. Especialmente al repetir Asier la biografía de Lord Bradford, una persona muy conocida entre la aristocracia londinense, que había heredado la fortuna familiar de su padre, un bastardo legitimado. Tras saber más sobre el tal Paul Bradford, les resultó muy sencillo a los tres realizar la conexión entre el cuerpo de la cloaca y el caballero desaparecido. Era un hombre racializado,

además de rico y sin ni un solo familiar que instase a las autoridades a investigar sobre su pérdida.

—De modo que el tal Cyril lo mandó matar —dijo Asier—. Y ahora ha querido quitarse de encima a todos los que podían identificarlo o denunciarlo. ¿Es eso, sobrino?

—Es una posibilidad. Pero esa hipótesis solo sería lógica si Cyril hubiera regresado a Las Palmas, porque si no estuviera aquí, desde luego no tendría miedo a ser reconocido.

—Quizá haya alguien que sí lo recuerde de aquel tiempo, o de otro más reciente —retó un poco más Iván Rubio, aun a sabiendas de que causaría desagrado en el inspector—. Si, como pensamos, frecuentaba a señores importantes, ¿quién sino Mauro de Ares para confirmarnos su presencia en la isla? Puede que hasta sean amigos y Cyril asista a esa fiesta que ha organizado.

CAPÍTULO 35

Plaza Vittorio Emanuele, Florencia, 3 de junio de 1903

No había un *cappuccino* más exquisito que el que servían en el café Gilli. La nube esponjosa de crema de leche, salpicada de canela, resultaba un beso previo, y cuando por fin se tomaba un sorbo del protagonista, la mezcla de granos y el tueste perfecto del café, hacían del primer trago un momento memorable. A Cyril le gustaba acompañarlo de los bombones estrella de la casa: las cerezas bañadas en chocolate. La combinación de la cobertura dulce con el toque ácido de la cereza le parecía soberbia. Como añadido, el cristal de Murano de las lámparas que decoraban el techo, los cuadros al óleo y la mantelería de hilo, planchada a conciencia, hacían que aquel lugar, instalado nada menos que en un palacete, fuese uno de sus predilectos en la ciudad.

A sus ojos, Italia ofrecía tantas posibilidades que se emocionaba solo de pensar en las nuevas aventuras que le aguardaban. Vender la casa de Santorini había sido casi como cortarse un trozo del corazón para dárselo de comer a las fieras, pero no le había quedado más remedio. «¿A quién pretendo engañar?», se dijo mientras notaba la segunda cereza deshacérsele en la boca, «nunca se me ha dado bien la austeridad». Llevaba seis meses viviendo con los réditos de aquella transacción, y tenía muy en cuenta que el dinero no tardaría en acabarse. Aquel, y no otro, había sido el motivo de su viaje a Florencia. En Grecia no se había prodigado demasiado socialmente, y no había tenido la oportunidad de conocer a nadie como Paul.

«El tutor adecuado puede hacerte mucho bien, hijo», le había escrito su madre un mes antes de tomar la decisión de abandonar Santorini. «La gente como nosotros no está acostumbrada a según qué incomodidades». Margaret Todd conocía a su hijo a la perfección. Sabía que Cyril no aguantaría demasiado viviendo en soledad. Él necesitaba de público, de admiradores, de devoción. Siempre había sido así. Cuando finalmente el vástago tomó conciencia y le dio la razón, Margaret se alegró de que las cosas

hubieran vuelto a su cauce.

Sería solo cuestión de tiempo que Cyril conociera a un nuevo protector. Durante su primer mes en Florencia se dedicó en cuerpo y alma a acicalarse para el momento. Repuso su vestuario completo de la mano del mejor sastre de la ciudad. Se hizo cuidar el cutis y hasta el cabello, como en su mejor época con Paul. Disfrutaba del baño turco, pero rechazaba cualquier tipo de encuentro furtivo en las dependencias del establecimiento.

Cuando estuvo listo para dejarse ver, acudió a infinidad de bailes y fiestas en los que sostuvo la mirada a los postores que le parecieron más adecuados. Incluso se atrevió a esbozar alguna sonrisa sutil, aunque nada más allá de eso. Su madre le había instruido bien: nada que se regale se aprecia de verdad. Y él debía ser anhelado hasta el punto de que el caballero elegido se rindiese a sus pies.

En menos tiempo del esperado, ya había más de una docena de pretendientes deseosos de contar con su compañía. Encontraba realmente halagador llegar al hotel tras su paseo matutino y encontrar su habitación llena de obsequios. Ramos de flores recién cortadas, cajas de dulces de la confitería más cara de Florencia, cartas de amor de tres páginas, e incluso alguna joya excesiva y fastuosa. Pero Cyril conocía muy bien las maneras de los hombres con dinero. Sabía la facilidad con la que desdeñaban un capricho pasajero. El interés era obvio, fácil de conseguir. Pero una presa adecuada solo se cercaba mostrando indiferencia.

Él no quería a cualquier viejo baboso que tuviera un pie en la tumba como sir Arthur Hydes. Tampoco alguien posesivo y asfixiante como Bradford, ni un pusilánime como John Alexander Stewart. Cyril buscaba una quimera. Su tutor ideal no debía ser un tutor, porque con veintiséis años no se busca ser el pupilo de nadie. Pensó que, junto a un joven como él, llegaría su felicidad plena. Cyril se encargaría de mantener la llama prendida. Cuidaría con mimo esa nueva relación, puesto que había aprendido de sus errores. Se dedicaría en cuerpo y alma a ser digno de su nueva pareja, diría las oportunas palabras de amor, estaría siempre dispuesto a complacerlo, tanto en el lecho como fuera de él.

La revelación le llegó tras echar un vistazo a la hora en el reloj del

viejo Bradford, apurar el café y depositar una cuantiosa propina al camarero alto y moreno de siempre. No obstante, la idea se formó por completo mientras el mismo camarero le desabotonaba el pantalón en el lavabo, y lo sodomizaba con brío. Cyril necesitaba a un heredero. Alguien rico y apuesto como él, alguien solo sin una familia que se entrometiese. Alguien que fuese como su propio reflejo, un hermano del alma, un amigo de armas, un compañero de vida.

CAPÍTULO 36

Cuartel del Cuerpo de Vigilancia, 3 de mayo de 1909

La discusión entre el comisario Arteaga e Ingo Müller se escuchaba hasta con la puerta del despacho cerrada. Era la primera vez que el inspector le soltaba a su superior todos sus pensamientos con respecto a la ineficacia y la precaria profesionalidad del equipo. Rebatía todos y cada uno de los argumentos de Arteaga, que se empecinaba en retomar la hipótesis de que Victoriano Barreto encargase la muerte de los otros tres hombres y luego se quitase la vida. Entre los gritos de ambos, Ingo planteó la posibilidad de un ajuste de cuentas. Relató lo que había averiguado en cuanto a Cyril Todd, su conexión con Paul Bradford, y sus ideas con respecto al crimen de la cloaca, todavía sin resolver. Pero Arteaga no solo desdeñó su alternativa, sino que además se sintió ofendido.

—Le recuerdo, inspector, que fui yo mismo el encargado del caso que menciona. No le consiento que ponga usted en entredicho mi buen hacer.

—Dígame una cosa, comisario: ¿cómo argumenta que la víctima fuese negro? ¿Cómo explica que lo denominasen «el inglés»? ¿Cómo vincula a ese muerto con el perro? ¡Dígame, vamos, dígame!

—¡Cállese la boca o lo suspendo ahora mismo! —bramó Arteaga.

—Sabe que tengo razón. Cuando se enteraron de que era negro, a usted, sí, a usted, le importó una soberana mierda. ¿Qué ocurre, comisario, la vida de ese pobre hombre no valía tanto como la de un inglés blanco de ojos azules, es eso?

—No es usted más que un mequetrefe, Müller, siempre escarbando, siempre incordiando, como una mosca cojonera. ¡Salga de mi vista!

—¡Le digo que ese tipo se rio de todos, de usted el primero! Ese Cirisl, ¡madre mía, si ni anotar bien el maldito nombre supieron! Ese hombre sigue aquí, y está vinculado no solo al crimen de la cloaca, sino al resto de muertes. Y le aseguro, comisario, que voy a dar con él con o sin su autorización.

Müller salió dando un portazo del despacho y el resto de los presentes guardó silencio. El comisario abandonó el cuartel poco

después, visiblemente contrariado. Ernesto Arteaga caminó entre las calles empedradas de Vegueta con el cerebro disparado. No admitiría ante nadie que había cometido errores en su trabajo. Por una parte, admiraba la vehemencia de Ingo Müller, puesto que él también había sido joven y apasionado; pero había aprendido pronto que los que quieren librarse, y pueden hacerlo, solo necesitaban dinero y contactos, nada más que eso para escapar de la justicia. No eran tipos como José Romero, ni siquiera como Barreto, sino gente importante. A esos pocos elegidos no les salpicaba ni siquiera el barro de las calles en un día de lluvia.

El comisario Arteaga cruzó con paso firme la Plaza de Santa Ana en toda su longitud, dejando las Casas Consistoriales a la derecha, y se detuvo delante de la edificación más grande de toda la calle Castillo. Tocó la campana, anclada sobre el muro de la fachada, y aguardó a que una doncella abriera la puerta. Lo hizo pasar, como de costumbre, acompañando sus palabras con una reverencia.

—Buenos días, comisario, ¿tiene cita con el señor? No ha informado al respecto esta mañana. —El mayordomo era el segundo filtro que debía rebasar en cada una de sus visitas, y a Ernesto Arteaga cada vez le parecía más insolente que aquel hombre lo tratase como si él no fuese más que un desconocido.

—Dígale que es urgente, por favor.

—Me temo, comisario...

—¡Que lo avise, le digo! Déjeme pasar si no quiere que llame a los guardias para que lo metan a usted en el calabozo más sucio y oscuro que tenga.

—Yo me encargo, Silvano, por favor, que nadie nos moleste —dijo el señor, que había acudido alertado por el vocerío.

El comisario Arteaga siguió al dueño de la casa hasta la estancia más alejada de la primera planta. Se instaló, bastante malhumorado, sobre el asiento de terciopelo de un butacón ancho, y contuvo un insulto mientras escuchaba el tintineo del cristal de Bohemia de los vasos de *whisky* al chocar entre sí.

—Tenga, Arteaga, a juzgar por sus nervios, este trago le hace falta.

—Señor, disculpe que haya entrado de esa manera, es que su mayordomo me trata siempre con una prepotencia que me saca de

mis casillas —admitió.

—No se lo tenga en cuenta, es de nacimiento. Bueno, ¿cuál es el afán? Parece usted alarmado.

—Es el inspector Müller, señor, no tengo forma de controlar a ese hombre. Sigue escarbando, aunque el caso esté cerrado. Dejé que husmease un poco con respecto a Romero, pero ahora parece que la bola se ha hecho grande. —Arteaga tomó el contenido del vaso de un trago después de sincerarse.

—¿Y ha venido usted a molestarme para que le enseñe a hacer su trabajo como es debido, Arteaga? ¿Qué es esto, una especie de broma?

—Le recuerdo que no estoy solo en esto. No dije ni pío con respecto a los otros tres; bien sabe Dios que, sin esos indeseables en las calles, esta ciudad es más segura, pero con Barreto la cosa se ha complicado. Eliminar a un sodomita y dos criminales es hacer limpieza general, pero lo de Barreto, señor... tendría que haberme escuchado, eliminarlo antes que a Romero fue una cagada.

—¡Cuide sus palabras en mi casa si no quiere que lo eche a patadas, Arteaga! Yo, en su lugar, mediría mis amenazas; no vaya a ser que se encuentre usted con la horma de su zapato. Dios no lo quiera. Tiene esposa e hijos, si no recuerdo mal.

—Si yo caigo, señor, caemos los dos —recordó el comisario.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. ¿No ha tenido usted lo que quería? Su objetivo era ser comisario, y ahora lo es. Además, tiene usted más dinero del que puede gastar. ¡No me vendrá ahora con cargos de conciencia!

—No, claro que no, pero debe de haber una forma de controlar a Müller. Es listo como un zorro, el cabrón. Quizá haya que pararle a él los pies, darle un susto para que tome conciencia —propuso Arteaga.

—Pensaré en algo a su debido tiempo. Por el momento, no haga usted nada. Y ahora, si me disculpa, tengo otros asuntos que atender.

El comisario Arteaga salió del salón algo contrariado. No le resultaba fácil acatar órdenes, pero entendía que se trataba de un asunto delicado y debía actuar con cautela. Había tragado durante

años, había hecho la vista gorda a cambio de favores y de dinero, y era demasiado tarde para sufrir ataques de moralidad.

En el estudio, sentado delante de la mesa de escritorio, Mauro de Ares abrió el primer cajón y extrajo una cuartilla de papel. La visita inesperada del comisario lo había interrumpido justo cuando estaba a punto de comenzar a redactar una carta. Tomó la estilográfica Waterman, bañada en oro, y escribió los detalles del encargo. Requería al estudio de fotografía de Gumersindo Manrique, ubicado en Arrecife de Lanzarote, la realización de una instantánea familiar. Mauro se mostraba bastante específico con lo que debía reflejarse, dando información sobre la pareja que acudiría en los próximos días a posar para la foto. Incluyó un importe generoso, que duplicaba el pago de esa clase de retratos, y cerró el sobre. Había formas menos agresivas de solucionar los problemas.

CAPÍTULO 37

Casa Brown, 5 de mayo de 1909

Asier Ochoa dejó salir un suspiro y se recriminó haber dado su nombre real durante la llamada a Margaret Todd, la madre del sospechoso. La buena mujer debía de encontrarse realmente sola, ya que lo telefoneaba hasta dos veces al día al Hotel Santa Catalina. El pobre botones se pasaba la mayor parte de la tarde yendo y viniendo para dejarle recado.

—Ni en cien mil años habría adivinado que aparecería una mujer que me llevaría de cabeza —ironizó al salir al jardín. Ingo no parecía de mejor humor que él y ni siquiera se había percatado de su presencia. Se mantenía muy callado, mirando hacia la playa con la mente fija en algo que lo atormentaba—. Y a ti, ¿qué te ocurre? ¿Existe algún motivo para que esté abierta la puerta de acceso? ¿Es que viene Iván y se retrasa, o algo parecido?

Ingo bufó.

—Se ha acabado. No sé cómo no lo vi venir. Estaba escrito que esto también me saldría mal. Es que no aprendo, tío. Primero Mauro y luego Iván. ¿Por qué demonios lo sigo intentando?

—Para el carro. No campares a Daimon con Afrodita. Mauro es la oscuridad e Iván es la luz. No hay equiparación posible. Explícamelo bien. Es cierto que hace días que no viene de visita, pero eso no significa...

—Ha aceptado la invitación de Mauro, tío. Irá a esa puta fiesta. ¿Qué crees que ocurrirá allí? Ya te lo digo yo, que Mauro de Ares se encargará personalmente de corromperlo, de viciarlo por mero entretenimiento. Y yo —soltó una carcajada tétrica y llena de angustia— yo ya no sé qué más decirle para evitarlo. ¿Y si le hace daño, tío? ¿Y si lo destroza como hizo conmigo?

—Dices que has intentado todo con tal de que no acuda. ¿Le has explicado lo que te ocurrió?, ¿toda la historia?

—¡Eso jamás! —exclamó Ingo, presa del pánico.

—Quizá deberías. De lo contrario, no podrá entender tu miedo.

—Si yo le importase solo un poco, confiaría en mi palabra, ¿no te

parece? ¿No debería ser bastante que yo se lo pidiera? Se ha disgustado porque dice que actúo como si me perteneciera. ¡Cree que estoy celoso!

—Y lo estás, es comprensible. Mauro, aunque sea el demonio encarnado, es guapo, tiene planta, una sonrisa encantadora y unos ojos tan azules que te da la impresión de haber tocado el cielo con las manos. Es simpático y risueño, agradable de trato y elegante.

—¡Pues muchas gracias por el apoyo! Ahora estoy muchísimo más tranquilo.

—Ingo, cuando queremos mucho, nos volvemos posesivos sin darnos cuenta. No hay nada raro en eso. Mauro es tu competencia, y es un rival muy fuerte. Pero no se trata de eso. Tú cuentas con información que Iván desconoce.

—¡Yo solo trato de protegerlo, por Dios santo! —estalló.

—Pues cuéntale la verdad.

—¿Y que me mire con asco? ¿Es eso lo que pretendes?

—Me temo que tu debate es entre el egoísmo de mantener la imagen que has creado para él y la generosidad de poner su bienestar por encima de todo, siendo honesto.

A Ingo Müller le costó tres horas más decidirse a visitar a Iván Rubio. Odiaba admitirlo, pero su tío tenía toda la razón. Subió los veinticinco escalones hasta la primera planta de la Posada Alborada, y, tras caminar hacia el dormitorio, golpeó la puerta con los nudillos. Aguardó un momento, y volvió a golpear. Repitió el proceso dos veces más, con la esperanza de que Iván se hubiera quedado dormido, pero no obtuvo respuesta. De vuelta a la calle Domingo J. Navarro, decidió darle una oportunidad a otra ubicación cercana. Se planteó la posibilidad de que Iván simplemente acudiese a la *soirée* para continuar con la investigación, puesto que estaba empeñado en encontrar a Cyril Todd entre los asistentes.

Ingo Müller recorrió la calle Viera y Clavijo en dirección a la Plaza de San Bernardo. La idea era comprobar si Iván se encontraba en el café ubicado en los bajos del Hotel Quiney, donde algunas veces habían pasado la tarde tomando algo juntos. Durante el trayecto se reprochó su hermetismo. Confiaba en Iván, esa era la verdad, le encomendaría su vida si fuera el caso.

La teoría suele ser mucho más sencilla que la práctica. Observar sobre un papel el dibujo de un puente de madera suspendido entre dos montañas a 300 metros de altura es una cosa, pero caminar sobre él desde una montaña a la otra es algo totalmente diferente. Con las indicaciones que Müller se repitió desde su salida de la calle Domingo J. Navarro hasta la puerta del Café Quiney, ocurrió lo mismo. Se derrumbaron nada más echar un vistazo rápido y darse de bruces con Iván y Mauro compartiendo mesa y hasta tetera.

—¡Müller, menuda sorpresa! Ven, amigo, únete a nosotros. —Mauro de Ares mostraba una cordialidad forzada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Inspector.

—Agente Rubio —saludó Ingo, ojiplático.

—¡Pero qué estirado es! Vamos, siéntate, hombre. Le hablaba a Iván de lo bien que lo pasábamos en Tenerife, en todas esas representaciones. ¿Sabes, Iván? A Müller no hay nada que le guste más que un buen espectáculo.

Ingo no acertaba a articular nada más, llevaba la mirada desde Iván Rubio hasta Mauro y vuelta al primero, como si su cerebro no pudiera salir de ese movimiento oscilante. De las palabras de Mauro solo resaltaba un hecho: que Mauro había empezado a tutear al joven, y eso no tenía buen augurio.

—¿Me necesitaba, inspector? —Iván aducía cierta sorpresa.

—¿A estas horas? No creo que el Cuerpo de Vigilancia requiera de tanta dedicación, ¿cierto, Müller? Estábamos a punto de irnos a cenar. ¿Sabías que Iván también siente debilidad por el pescado? ¡Quién lo diría! Tenemos muchas cosas en común. Tú puedes unirte si quieres, aunque si no recuerdo mal, siempre preferiste un buen trozo de carne. —Mauro de Ares clavó los ojos en Ingo antes de terminar su exposición—. Querido Iván, me temo que, para conseguir que Ingo Müller compartiese mesa conmigo, tendríamos que atarlo a la silla.

Ingo quiso echar a correr y esconderse en el agujero más profundo de la tierra. Aunque Iván no lo supiera, cada una de las palabras que pronunciaba Mauro de Ares estaba milimétricamente estudiada, pensada para hacer el mayor daño posible. Así había sido siempre. A

pesar de la ira, que sentía crecerle dentro y que le susurraba que le arrancase a aquel malnacido la lengua de cuajo, Ingo Müller tomó aire y se olvidó de sí mismo, de su miedo, su repulsión y su vergüenza. Se centró en priorizar lo importante, y lo importante para él, en aquel momento, era el bienestar de Iván.

—Lo cierto es que sí lo necesito, agente. Quiero repasar unos puntos del caso. Si fuera tan amable de concederme unos minutos antes de irse a cenar, todo sea por la investigación.

—Vamos, alemán, deja al chico divertirse un poco. ¿No querrás acapararlo? Iván es joven, necesita alicientes, vivir. No todo es dedicación y entrega, ¿no te parece?

—Serán solo unos minutos. Una hora a lo sumo —insistió Müller, mirando únicamente a Iván Rubio.

Tras una disculpa en la cual Iván prometía a Mauro de Ares retomar la cena en otra ocasión, los dos miembros del Cuerpo de Vigilancia abandonaron el Café Quiney. Iván interrogó al inspector con respecto al motivo de la interrupción tan pronto pusieron un pie en el exterior, pero este no respondió. Emitió un silbido rápido destinado a parar una tartana y se subieron los dos con destino a la Casa Brown.

—No es que no quiera hablar contigo —le dijo durante el trayecto —, es que prefiero hacerlo cuando lleguemos. Te contaré todo. Incluso los detalles que más me atormentan, pero necesito algo de tranquilidad para hacerlo. Hay muchas cosas que nunca he contado a nadie, pero, si ese es el precio a pagar para que abras los ojos, lo pagaré.

—Me parece que no entiendo ni una palabra —replicó Iván—. Entre Mauro de Ares y yo no hay absolutamente nada, solo ha sido cordial conmigo. Es todo un caballero y bastante agradable. No llego a comprender por qué estás así, a no ser que sea a él a quien celas realmente.

—Cuando lleguemos, Iván. Espera un poco —insistió, bajando la voz todavía más.

—¿Es eso? ¿Aún lo quieres? Porque si yo me estoy interponiendo entre vosotros, me apartaré. Solo dímelo y lo haré —replicó Iván con el corazón en un puño.

Ingo estaba atónito. De pronto, se dio cuenta del motivo exacto: Iván también estaba confuso y dolido, justo igual que él. Mauro se las había agenciado para dar a entender que su historia seguía viva, como las ascuas de una hoguera que pueden causar un incendio desolador si no se apagan bien. Eso se le daba a la perfección a Mauro, manipular la verdad a su antojo hasta convertirla en lo que él quería que fuera.

—No te engañes, Iván. Yo no siento más que odio por Mauro —aclaró Ingo.

—Pues actúas como si lo quisieras.

—Te equivocas, actúo como lo haría quien te ama a ti.

CAPÍTULO 38

Casa Brown, madrugada del 6 de mayo de 1909

Iván Rubio se incorporó en la cama y rescató la colcha del suelo para taparse. A pesar del calor de la primavera, algunas mañanas sentía el cuerpo estremecerse con la brisa de la madrugada. Observó, junto a él, a Ingo durmiendo a pierna suelta. Sus ojos cerrados se movían de un lado a otro, como si estuviera en acción en pleno sueño. Había sido una noche dura para los dos, pero especialmente para Ingo. Iván entendió tantas cosas después de aquella revelación... Sobre todo, su actitud hacia de Ares. Jamás en toda su vida había escuchado algo tan atroz.

En la academia de Madrid habían estudiado someramente a ese tipo de personas: los manipuladores natos, los perversos de nacimiento. A Iván le causaban tanto interés como pavor. Siempre pensó que no sería presa fácil de uno de esos especímenes, que él, tras finalizar sus estudios, estaba preparado para detectar al más eficiente de los mentirosos, pero se equivocaba. Mauro lo había manejado sin demasiados problemas. Analizó, en los minutos previos al alba, cada uno de los encuentros aparentemente casuales que había tenido con él, y cayó en la cuenta. Mauro estaba tejiendo una red con cuidado en torno a Iván, pero, según lo analizaba, mucho más evidente le parecía quién era la presa. La araña teje la red en torno a la carnada, la cerca para atrapar a la verdadera pieza. Iván, por tanto, era la carnada, y la presa no era otro que el mismísimo Ingo Müller.

—Buenos días —el inspector rodó sobre la cama y dio un beso en los labios a Iván—, ¿has dormido bien?

—La verdad es que sí, aunque no he parado de darle vueltas a la investigación.

—No, por favor, no. Dejemos el tema —dijo, tapándose la cabeza con la sábana—. Que le den a Cyril, a su madre y a toda Gran Bretaña.

Ingo comenzó un recorrido a besos por el abdomen de Iván, según mentaba a los implicados, y subió por su pecho hasta situarse sobre

él.

—Dejemos de hablar de todo eso, ¿vale? Quedémonos aquí un poco —rogó, volviendo a besarlo, esta vez en la boca.

La lengua de Ingo recorrió el contorno exterior de los labios de su amante, y luego su boca inició el rumbo hacia el cuello, donde tenía toda la intención de mordisquear a conciencia.

—Te quiero con locura —se escuchó decir a Iván en el silencio de besos. Ingo paró de inmediato y encaró a Iván Rubio. No sabía si volver a echar a correr o fundirse con él hasta que lo separasen con agua hirviendo. Analizó su mirada, franca, limpia y sin dudas, y supo que era suyo, y lo había sido siempre—. No hace falta que tú lo digas si no lo sientes, solo quería que lo supieras.

—Sí que hace falta —corrigió Ingo—. Estoy cansado de guardármelo todo. Mira cuánto tiempo lleva la verdad pudriéndoseme dentro. Mi tío tiene razón, las cosas hay que verbalizarlas, de lo contrario, corremos el riesgo de que nadie sino nosotros las sepa. Iván, sé que no soy fácil, soy complicado, soy obstinado, tengo un humor de mil demonios y me cuesta abrirme, me aterra sentirme vulnerable. Pero contigo nada de eso importa. Solo importa que tú estés bien y que yo lo esté contigo. Iván, no puedo jurarte que no volveré a equivocarme, soy un imbécil con un montón de fallos, pero te quiero. Soy consciente de que he tardado una eternidad en llegar hasta aquí, pero ya he llegado.

Iván abrazó a Ingo y tiró de su cuerpo hasta rodar sobre la cama y colocarse sobre él a horcajadas. Recostado sobre las almohadas, sintiendo a Iván guiarlo entre sus nalgas y colocarlo dentro, Ingo Müller se preguntó si aquello era la felicidad o, todo lo contrario, el abismo en el que caería sin remedio. Las caderas de Iván bien podrían ser las sirenas tentadoras de un barco a la deriva. El ritmo, pausado al principio y más urgente según se acrecentaban los gemidos de los dos, saldría en realidad de una caja de Pandora que atraería todo el mal de la tierra. Las manos de Iván, aferradas a las suyas, serían las cadenas que lo hundirían hasta el fondo del océano. Y su boca, su boca hambrienta y sensual, podría ser la mismísima puerta del infierno, y de serlo, Ingo Müller decidió que quería arder en él para siempre.

CAPÍTULO 39

Vapor Toscana, mar Mediterráneo, 15 de septiembre de 1903

Cyril se sentía tan dichoso que temía que su corazón estallase. Por fin había encontrado esa joya tan preciada como anhelada. Había merecido la pena pasar por todo, incluso su estancia en Gran Canaria, tan marcada por la tragedia y la muerte. Todos y cada uno de los pasos lo habían llevado hasta ese punto exacto del camino, y admitió, en un momento de honestidad, que repetiría sin dudar cada escollo, si eso significaba llegar al mismo destino.

Allí, en la cama revuelta, seis mañanas después de embarcar, se sintió enamorado por primera vez en su vida. No concebía que pasaran las horas separado de él, y lo extrañaba hasta cuando lo tenía al lado. Su amor verdadero era un joven de buena familia, un chico curioso, inteligente y apuesto. Cuando lo tocaba, Cyril se notaba morir de placer, y cuando lo miraba, pensaba que podría ser capaz de enfrentarse a cualquiera, incluso a sí mismo. No quiso estropearlo escribiendo a su madre al respecto. Tuvo miedo de que la viuda Todd buscase alguna excusa para chafarle la felicidad. Ella y esa facilidad tan suya de hacerle ver el lado malo de todas las cosas.

Cyril quiso mantener el secreto un poco más, proteger un sentimiento tan nuevo para él y tan suyo. No había un lado oscuro en sus planes. Su príncipe encantador y él viajaban rumbo a Oporto, y una vez allí, se instalarían en la mansión familiar de su amante. Ya habría tiempo de escribirle a su madre sobre cómo se habían conocido, al quedarse prendados el uno del otro en una sala llena de gente, o los días que siguieron, en los cuales no pasaron ni un solo segundo separados. Pospondría leer las palabras de Margaret Todd y las frases habituales, como el recordarle que debía esforzarse en ser perfecto, en cuidar su cara y su cuerpo, puesto que eran los dos únicos talentos que poseía. Si analizaba el pasado con franqueza, veía a su madre desde un cristal distinto, con una claridad que apartaba cualquier filtro. En el fondo, siempre lo había rechazado, y solo abrazó la diferencia de su hijo cuando la homosexualidad de Cyril le sirvió para algo.

De seguro, su madre le arruinaría esto también, y no quería permitírselo. No la dejaría que lo aconsejase y corrompiera todo, como siempre. Esta vez no. Mauro de Ares era todo lo que Cyril había soñado y más: arrebatadoramente apuesto, educado hasta el recato, apasionado hasta la saciedad y rico, obscenamente rico. Todos los días con él le parecían soleados, y las noches se le deshacían entre las manos, como si el reloj de bolsillo del viejo Archibald Bradford se hubiera vuelto loco de atar.

Su dicha era tal, que a veces, cuando Mauro no miraba, se pellizcaba para comprobar que no era un sueño. Que aquel joven hermoso era suyo para siempre, que también lo amaba, y que sería capaz de cualquier cosa con tal de mantenerlo a su lado.

Hicieron planes en aquellos seis días de travesía, muchos. Mauro había quedado solo en el mundo tras el fallecimiento de sus padres diez años antes, y había pasado la mayor parte de su juventud en internados europeos. Viajar junto a él rumbo a Oporto significó, para Cyril, el convencimiento de que Mauro le hacía un hueco en su vida. Cyril también se sentía huérfano y solo; él, al igual que Mauro, había tenido que cargar con el peso de una responsabilidad que no le correspondía.

Se auguraba un futuro tan espléndido para los dos... Cyril no conocía Portugal, y escuchó la descripción de Mauro de todas las cosas que harían a su llegada con júbilo y entrega. «Esta vez, sí», pensó Cyril mientras besaba el interior de los muslos de Mauro y subía para encontrar la bienvenida al paraíso. «Esta vez sabré estar a la altura y nada se torcerá».

CAPÍTULO 40

Barranco Alonso, Medianías de Gran Canaria,
13 de mayo de 1909

Ingo Müller no pudo sino apretar los dientes y contener el aliento mientras el cochero, uniformado a la antigua, le abría la puerta y lo ayudaba a descender del vehículo. Si no hubiera sido por Cyril Todd, por Paul Bradford y por John Alexander Stewart, probablemente él no estaría a punto de pactar con el diablo.

Los últimos días habían sido, para los tres —puesto que Asier Ochoa se había sumado a ellos en las investigaciones—, de un trajín incesante. Tenían la sospecha de que Cyril se dejaría ver en el baile organizado por Mauro. Pensaron que ambos se conocían o que, con toda probabilidad, serían amigos. Consideraron incluso la alternativa de que Mauro tuviese información comprometedora y llevase años chantajeando a Cyril. Manejar a todos a su antojo era lo que mejor se le daba, Ingo Müller lo sabía bien. No le resultó extraño elucubrar una hipótesis en la cual Mauro de Ares tuviera a Cyril escondido en algún lugar hasta que las aguas se calmasen a cambio de una buena suma.

El retrato del inglés, confeccionado por el dibujante con la ayuda de Rosario Ruano, fue mostrado en ambientes más cerrados. Evitaron bombardear de nuevo al personal de los hoteles, puesto que estaban seguros de que Cyril había aprendido de la experiencia y probablemente contaría con un domicilio en la isla, un lugar desde el cual operar. Contratar a los matones que quitasen de en medio a los que pudieran identificarlo solo era una cuestión de dinero. Daba igual si eran trabajadores del puerto, del campo o mercenarios a sueldo. Ellos, en realidad, solo habían ejecutado la orden. Las muertes de Victoriano Barreto, José Romero, Ginés Pérez y el pobre Juan Miranda habían sido necesarias.

En los días que siguieron a la obtención del retrato de Cyril, Iván Rubio paró a todos y cada uno de los hombres que salieron de «El Hoyo de Arenales», dibujo en mano. Asier Ochoa lo mostró a sus amistades más cercanas, e incluso a antiguos amantes. Por su parte,

Ingo Müller revisó cada ficha policial del cuartel, tratando de localizar a los caballeros arrestados por escándalo público o desviación sexual. Y con cada uno de ellos realizó la maniobra exacta: sacar a relucir el nombre y el aspecto antes de mostrar el dibujo. Tras aquellos días, en los que algunos dijeron haberlo conocido o haberse encamado con él en algún momento, los tres investigadores trataron de cerrar el círculo. No obstante, en vista del peligro cercano, decidieron ser previsores y poner a salvo a Rosario. La antigua criada de los Stewart, reconvertida en pescadera, era la única persona que lo había conocido de cerca y a Müller no se le ocurrió otra idea que emplearla en su casa. ¿Qué lugar había más seguro que el domicilio de un inspector del Cuerpo de Vigilancia? Ermelinda ya tenía sus años y necesitaba ayuda, y tanto Clara Müller como Asier estuvieron de acuerdo.

El problema radicaba en que, a pesar de lo positivo de las afirmaciones de los testigos, que admitieron conocer a Cyril, ni uno solo accedió a confirmarlo ante un juez. Nadie quería ser fruto de señalamientos por haber yacido con otro hombre o haberse arrodillado bajo el amparo de la noche delante de un desconocido. De modo que la alternativa restante era pillarlo en un lugar público, un lugar del cual Cyril Todd no pudiera escapar. Müller lo explicó con paciencia las veces que fueron necesarias al comisario Arteaga, a pesar de que al hombre le costó comprender que los hombres podían tener sexo entre ellos. Primero se escandalizó tanto que lo echó a patadas de su despacho, y después, cuando Müller y Rubio insistieron y explicaron paso a paso todo cuanto habían averiguado, Arteaga solo se rascó la barba y guardó silencio.

Asier Ochoa fue el primero en volver a verbalizar la necesidad de contar con alguien con buenas conexiones en las altas esferas, alguien que conociera a todos, especialmente sus inclinaciones y sus secretos. El nombre de Mauro de Ares resultó obvio para Iván Rubio y para Asier, aunque Müller no estaba convencido para nada. A sus ojos, no era lógico presentarse ante Mauro y pedirle ayuda después de haberlo despreciado tanto pública como privadamente. Él no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, y solo se ofreció a acompañar a Iván al domicilio de la calle Castillo para que no fuese

solo.

Mauro de Ares, aquel día, analizó el dibujo de un joven Cyril con cautela y colocó un dedo sobre sus labios, como si tratase de hacer memoria. Admitió que le resultaba familiar, pero que no acababa de recordar de dónde. Fue amable y respetuoso con los dos miembros del Cuerpo de Vigilancia y no se excedió en sus comentarios, para variar. Preguntó si podía quedarse con el retrato, tenía la intención de enseñarlo sin hacer demasiado ruido, y Müller y Rubio accedieron. Desconocían que, para Mauro, Cyril no era un desconocido, sino todo lo contrario. No tenían ni la menor idea de hasta qué punto Mauro controlaba las acciones de Cyril y también los pasos que estaba por dar.

El aviso llegó al cuartel unas jornadas más tarde. Mauro había averiguado algo y quería comentarlo con ellos. Un coche recogería a Müller y Rubio al día siguiente y los llevaría a Pino Santo, cerca del Barranco Alonso, puesto que Mauro se encontraba inmerso en los preparativos de su evento y no podía acercarse a la ciudad. No obstante, el mismo trece de mayo a primera hora, Iván Rubio fue requerido por el comisario para investigar un robo. El hurto comprendía nada menos que las joyas de su esposa, e Iván acató con reticencia la orden del superior.

Asier Ochoa se ofreció a acompañar a su sobrino, pero Ingo consideraba que, dada la animadversión de su tío hacia Mauro, obtendría mayor información si acudía solo. Subió al coche enviado por Mauro de Ares para emprender el camino hasta Pino Santo, sin mayor compañía que la sensación de estar acercándose a conocer la verdad.

La villa elegida por Mauro de Ares para la celebración de su *soirée* era de una belleza delicada y había sido el hogar de la familia Castro Caubín a finales del siglo anterior. Poner un pie en el exterior de la casona y ver tal cantidad de trabajadores alistando todo para el gran evento transportó a Ingo a los principios de su relación con de Ares. Cuando se admiraba al verlo conseguir que un ambiente aparentemente sobrio acabase siendo un jardín exótico, o los salones privados de un sultán. Mauro tenía imaginación y visión para emprender cualquier ágape y transformarlo en una celebración digna

de recordar.

Los jardineros cortaban los setos con grandes tijeras, dándoles forma redondeada y menos salvaje. Las doncellas sacaban la mugre del más recóndito de los espacios, y varias carretas traían lo necesario: muebles, alfombras, cientos de metros de tela de cortinas y gasas, además de cuberterías, cristalerías y la cerámica más fina. Los mozos descargaban cajas de licores y las apilaban junto a la cocina, y una mujer, enjuta y con mala baba, anotaba escrupulosamente cada producto en una lista interminable de tareas.

Una de las doncellas hizo pasar a Ingo a la planta alta de la villa, donde no había más que un dormitorio muy amplio y un saloncito a modo de despacho. Mauro de Ares, sentado tras la mesa de escritorio, anotaba y dibujaba sobre el papel cómo debía quedar todo, como si estuviera haciendo un repaso a cada momento de la velada que tenía en su cabeza.

—Has llegado, pasa, disculpa el desorden. Los días previos son caóticos, pero si no fuera por la energía que me inunda en ellos, creo que me dedicaría a otra cosa —admitió.

—Lo sé, lo recuerdo bien. —El comentario de Ingo iluminó la cara de Mauro de una manera inesperada—. Siempre me fascinó esta habilidad tuya. No todos podríamos transformar un lugar como tú lo haces —lo halagó con sinceridad.

Ingo Müller apreció que Mauro no había empleado el apelativo de «alemán» en sus últimas conversaciones, y lo consideró un esfuerzo de cordialidad por su parte. Para Müller no era tan sencillo pasar página, pero contarle la verdad a Iván había supuesto una especie de terapia. Ya no sentía que fuese la persona que había cargado con esa rabia y esa culpa, sino otro más limpio, más cuerdo y más honesto. Seguía sin fiarse de Mauro, pero ya no lo inundaba el odio, sino la indiferencia.

—Quería aprovechar para pedirte disculpas. Reconozco que últimamente he estado... —Mauro guardó silencio mientras buscaba la palabra adecuada— un poco incisivo contigo. Si te hablo con franqueza, la mayor parte del tiempo no sé cómo comportarme cuando estás delante. Por un lado, quiero hacer el esfuerzo de olvidarlo todo, pero cuando me miras con tanto odio, en fin, sé que

te hice daño. Eso es lo que quiero decir. Ojalá pudiera dar marcha atrás y cambiar lo que pasó —suspiró—, pero no puedo.

—He venido para hablar de Cyril Todd, creo que lo que haya pasado entre nosotros nada tiene que ver con eso.

—Déjame que te pida perdón como es debido, ¿quieres? O al menos que lo intente. Tú estás en tu derecho de detestarme, de no aceptarlo, pero necesito que sepas lo que ocurrió. Creo que eso no he tenido oportunidad de contártelo nunca. —Ingo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Mauro de Ares prosiguió—. Estaba furioso contigo, resentido. Sé que no llegué a decírtelo, pero te amaba, te amaba mucho, Ingo. Cuando te fuiste y me dejaste aquella carta, lo cierto es que el suelo se cayó bajo mis pies. Según pasaban las semanas, la sensación de abandono era peor, el dolor más grande, y desafortunadamente, el resentimiento también. Me llevó un año organizar la fiesta de cumpleaños que lo torció todo. Imaginé cada minuto de ella: cómo llegarías, cómo te comportarías y cómo te traicionaría yo a ti. Me llevó un año elaborar mi venganza y tan solo un día arrepentirme de ella. Traté de localizarte después, imagino que lo desconoces. Fui en tu busca al día siguiente. Quería plantarme ante ti y pedirte que me pegaras, que me golpearas tan fuerte que, al herirme, se equilibrase la balanza. Pero te habías ido. Busqué hasta en donde sabía que no estarías, con el único propósito de pedirte perdón. Por eso regresé a esta isla, porque albergaba la esperanza de volver a verte, aunque, a fin de cuentas, todo ha sido en vano.

—Querías decirlo, y dicho queda. Sigamos con lo que debíamos hablar. Será lo mejor —zanjó Müller, sin ganas de ahondar en un tema que aún lo escocía.

—Siempre has sido tú. Digo que te amaba porque dejarlo en el pasado lo hace más llevadero. Pero para mí nada ha cambiado. —Mauro de Ares cruzó la distancia entre ellos, quedando a unos centímetros de Ingo. Lo miró con franqueza, y por primera vez desde que se conocían, Ingo Müller vio sinceridad en sus ojos—. Estoy muy cansado ¿sabes? Cansado de mí mismo. Cansado de simular que soy feliz, que todo está bien. Me agota mi propia exigencia, mi propia obsesión por ser más y mejor a cada minuto.

—Eso tiene fácil solución —añadió Ingo por pura misericordia—, siempre puedes cambiar y afrontar la vida de otra manera.

—¿A quién voy a engañar? Este soy yo y este eres tú, y tal cual eres te sigo queriendo. Cuando veo la forma en la que te mira el agente Rubio, lo entiendo tanto..., aunque admito que me derrota observar tu veneración por él. Identifico esos momentos del comienzo. ¿Recuerdas el nuestro? Jamás he sido tan feliz, y estoy seguro de que no tendré oportunidad de volver a serlo. Contigo me sentí aceptado por primera vez, como si creyese de veras que nada podría llegar a romper aquella confianza y aquel amor. —Mauro alzó la mano al terminar la frase para acariciar la mejilla de Müller, que reaccionó por instinto y se apartó de él con sorpresa.

—Creo que lo mejor será que tratemos el asunto que nos ha llevado a reunirnos, Mauro. —La voz de Ingo Müller se había agravado, la sola mención a Iván lo incomodó y alertó a partes iguales, aunque fue la proximidad de Mauro y su tacto los que actuaron como repelente definitivo—. Hablemos de Cyril Todd. Decías en tu misiva que habías averiguado algo.

—Como quieras. —Mauro dio media vuelta y caminó hasta la mesa de escritorio. Del cajón inferior sacó una fotografía y la entregó al inspector.

La impresión mostraba a una mujer de mediana edad vestida con un enorme y elegante sombrero. La señora se sentaba sobre una silla y, tras ella, un joven bien parecido y rubísimo, se mantenía de pie, con una de sus manos colocada sobre el hombro de la mujer. El joven era idéntico al dibujo del retratista. Ingo Müller volteó la foto por instinto y leyó en alto: Margaret y Cyril Todd, Londres, 1908.

CAPÍTULO 41

Barrio de Vegueta, 13 de mayo de 1909

Iván Rubio consideró que realizar una investigación en casa del comisario Arteaga, con motivo del robo de las joyas de su esposa, había sido una soberana sandez. Más de tres horas después de poner todo patas arriba buscando algún rastro de los desaprensivos, dieron con las alhajas en una lata de galletas de la alacena. Aunque la señora de Arteaga no dio crédito y comenzó a culpar a todas las doncellas, para Iván Rubio la cosa no era tan obvia. Tenía una sensación extraña, como si estuviera a punto de darse cuenta de algo, pero no consiguiese hacerlo todavía.

El comisario Artega amenazaba a diestro y siniestro a todo el personal de servicio con encarcelarlos sin piedad, y las doncellas lloraban a moco tendido, asegurando no saber qué había ocurrido con las alhajas. Iván tenía el convencimiento de que aquel supuesto hurto no había sido fortuito, sino que se había planificado con cuidado para distraer al Cuerpo de Vigilancia de la tarea principal: dar con Cyril Todd y atar los cabos sueltos que unían el crimen de la cloaca con las recientes muertes. Pero, en caso de ser veraces sus sospechas, ¿quién había encargado aquella puesta en escena? Analizó a todas las criadas e incluso al mozo que visitaba la casa cada día para traer víveres y realizar alguna reparación en el domicilio, pese a no tener claro que el responsable fuera alguno de ellos.

De camino al cuartel, anduvo entre las gentes que llenaban las calles aledañas a las Casas Consistoriales y cruzó el Barranco de Guiniguada inmerso en su propio debate. No prestaba la suficiente atención al tráfico ni a los viandantes, y se dio de bruces con un hombre que caminaba con dificultad, ayudado de una muleta de madera. Se excusó de inmediato y recogió al hombre del suelo. Al mirar su cara amoratada por los golpes, a Iván Rubio la tenue angustia previa se le transformó en un nudo en la garganta, cerrado y grueso. El hombre de la muleta, el caballero marcado y golpeado, no era otro que el retratista al que Rosario Ruano había ayudado con

sus recuerdos, el encargado de replicar la imagen de Cyril Todd.

En su carrera hacia el cuartel, Iván vinculó la simpatía reciente de Mauro de Ares, que incluso había accedido a ayudarlos, con un interés oculto. Analizó las miradas entre Arteaga y su esposa, que exigía a grito pelado que todos los efectivos se centrasen en localizar sus joyas. Sintió un dolor en el diafragma al imaginar a Ingo solo camino de Pino Santo, y de nuevo la imagen de Mauro de Ares apareció ante él. Siempre presente, siempre conocedor de cada paso, de cada situación. No le resultó difícil cuestionar la integridad de un comisario que había tomado el mando cuando un crimen había quedado sin resolver y una investigación chapucera se había dado por buena. Y fue más allá, hasta que su memoria se detuvo en la etiqueta del ron difícil de encontrar, hasta la botella de Mount Gay de la cual Victoriano Barreto bebió antes de morir: el Mount Gay destilado en Barbados que también adornaba el mueble bar del salón del comisario Arteaga, y en el cual no reparó unas horas antes, durante la inspección en su casa. A veces la memoria tiene esos lapsos, registra las imágenes y las archiva para cuando el cerebro esté preparado para rescatarlas.

CAPÍTULO 42

Barranco Alonso, Medianías de Gran Canaria,
13 de mayo de 1909

—Eso es lo que me han dicho —concluyó Mauro de Ares, ante un Müller que inspeccionaba la foto con cuidado—, que el tal Cyril se marchó de la isla hace unos años y no han vuelto a verlo por aquí. Debe de haber regresado a Gran Bretaña. Tanto mejor, que se ocupen los ingleses de ese desecho humano.

Aunque, en un primer momento, Ingo creyó a pies juntillas las palabras de Mauro e incluso su disculpa, la sobreimpresión del nombre del estudio que siempre acompañaba ese tipo de instantáneas lo sacó de dudas. En el reverso podía leerse manuscrito «Londres», pero el estudio era el de Gumersindo Manrique, de sobra conocido en Lanzarote por su talento con la cámara. La revelación era obvia: si estaban en Londres, ¿por qué se había realizado la impresión en la isla hermana?

Mauro sacó del bolsillo de su chaleco un reloj de oro y comprobó la hora antes de continuar.

—Bueno, espero haber aclarado el entuerto. Ahora, sintiéndolo mucho, el tiempo apremia y debo seguir organizando la fiesta.

Los datos del caso se agolparon en el cerebro de Ingo Müller mientras observaba a Mauro, y también cada gesto suyo. Él se mostraba impasible, pero a Ingo se le daba bien leer sus pequeñas e involuntarias expresiones: Mauro estaba nervioso. Sobre todo porque, minutos antes, había tratado de tocarlo, de jurarle algo similar al amor eterno, y poco después emitió el equivalente cortés de echarlo de allí a patadas.

Ingo Müller echó un vistazo a la mano de Mauro, él conocía muy bien aquel reloj. Era su joya más querida. Bañado en oro de veinticuatro quilates y grabado a mano. Había hojas en su relieve y también una gran letra «b» mayúscula. A Ingo siempre le extrañó que fuese la segunda del abecedario y no la primera, como el apellido familiar. Años atrás, Mauro explicó que su abuelo se llamaba Baco de Ares, y aquel era el motivo de haber grabado la letra en

cuestión. Ingo Müller se replanteó, en aquellos segundos, todo cuanto sabía sobre Mauro. Ese acento tan característico que no tenía un origen claro, pero que definitivamente no sonaba portugués. La palidez de su piel y la claridad de sus ojos, que no coincidían con ningún originario de aquel lugar. Su facilidad para mover los hilos sin ser percibido, de conseguir siempre cuanto deseaba por medio de la manipulación. La coincidencia de las muertes de quienes podrían arrojar algo de luz sobre la identidad de Cyril Todd, justo después del regreso de Mauro a la isla. De pronto, una idea inverosímil cruzó su mente, una que explicaría muchas cosas, ¿y si Mauro de Ares era el mismísimo Cyril Todd?

—Recuerdo ese reloj —dijo, en un intento de corroborar su pálpito —, siempre lo has tenido en gran estima.

—Me costó una pequeña fortuna. No paré hasta que me hice con él en una casa de subastas de Florencia, ya lo sabes.

—Imagino que su dueño habrá sentido mucho el tener que deshacerse de una pieza tan exquisita —continuó, siguiéndole la corriente, aun a sabiendas de que la nueva historia del reloj distaba mucho de la que le había contado a él años atrás.

—Falleció. Según me dijeron, se trataba de un terrateniente jamaicano. Me gusta pensar que hago honor a su memoria llevándolo siempre conmigo.

—¿Puedo? —preguntó Müller, tratando de parecer calmado y curioso. Mostró una leve sonrisa para allanar el camino y rezó para que Mauro no sospechase y guardase de nuevo la pieza en el bolsillo. Pero Mauro no cedía, como si algo le rondase la cabeza a él también—. Siempre has tenido mucho gusto para estas cosas.

—No sabía que te interesaran las joyas. Cuando estábamos juntos, nunca me dio la impresión de que tuvieran ningún valor para ti.

—Es bellísimo —alabó Ingo con falsedad mientras lo veía dudar—, una pieza de colección, sin duda.

Mauro de Ares extendió la mano y dejó que Ingo cogiese e inspeccionase el reloj durante unos minutos.

—Archibald Bradford —leyó Müller en voz alta al abrir la tapa interior que cubría la esfera. Contuvo el aliento mientras imaginaba al difunto Paul Bradford en el fondo de la cloaca de la calle Buenos

Aires, y también a todos los demás muertos por causa o conexión con Cyril Todd—. ¡Qué extraño! Hubiera jurado que justo este reloj era el de tu abuelo Baco. Si no es el mismo, se le parece mucho.

—¿Lo quieres? Si tanto te impresiona, te lo regalo.

—Querido, no podría, es tuyo —respondió un Müller exageradamente cortés mientras se lo devolvía—. Además, es hora de marcharme. No te molesto más. Ya he abusado en exceso de tu tiempo.

Mauro de Ares dijo que avisaría al cochero de la partida y salió del dormitorio con paso firme. Y Müller no hizo ademán de seguirlo. Quería comprobar que estaba en lo cierto, quería aprovechar su breve ausencia para revisar los cajones del escritorio buscando algún documento, el que fuese. El nombre de Paul Bradford, Margaret Todd, Barreto, Ginés Pérez, Stewart, José Romero y Miranda retumbaban en su cabeza, causando que se le desbocase el corazón. Debía de haber una explicación para que el dibujo del retratista fuese el hermano gemelo de la foto del estudio de Lanzarote. Mauro debía de haber sobornado al fotógrafo, al dibujante, o a ambos.

Ingo no oyó a Mauro regresar, y tampoco escuchó cerrarse la puerta del dormitorio. La primera de las punzadas en el costado fue el único aviso de su retorno, palpitante y doloroso. Müller echó la vista hacia atrás y comprobó el origen del daño causado por la ráfaga de puñaladas. Un abrecartas de oro, con la empuñadura labrada, cayó al suelo provocando un ruido metálico. Él se tambaleó un poco, la adrenalina de su cuerpo se encargó de mantenerlo en pie a pesar de que la sangre brotaba del lado izquierdo de su abdomen, tibia y veloz.

—¡Lo siento, lo siento tanto! —dijo Mauro con los ojos llenos de lágrimas—. Las cosas no debían de terminar así. Te juro que no planeaba esto. Si tú hubieras dejado a los muertos en paz... —Mauro inspiró, llenando toda su capacidad torácica, y dejó salir el aire despacio con el ánimo de serenarse.

Ingo intentó alcanzarlo, pero cayó de rodillas en el suelo. Presionó con la mano sobre la herida, tratando de ganar tiempo. Unos segundos, incluso algunos minutos, antes de desmayarse por la hemorragia.

—¿Por qué has tenido que estropearlo? Tú querías un inglés al cual culpar de todo y yo te lo he dado, ¿no te bastaba? No —se respondió a sí mismo Mauro de Ares—, nunca es suficiente para ti, ¿verdad? Arteaga tiene razón, no pararás nunca.

Al escuchar el nombre del comisario y recordar que Iván Rubio se encontraba en su casa, Ingo temió lo peor. Imaginó a un Iván herido o incluso muerto mientras él estaba lejos y no podía prestarle su ayuda. El miedo a perderlo le dio las fuerzas para ponerse en pie, y, tambaleándose, trató de embestir a Mauro, quien recuperó el abrecartas del suelo y se lo hincó de nuevo, de manera más certera. La nueva ráfaga provocó que la sangre brotase también de la boca de Müller, que tosió un esputo rojo e incontenible.

—Créeme cuando te digo que esto me duele más a mí que a ti. No mentía cuando te dije que te sigo queriendo, Ingo. Ver morir al amor de mi vida será duro, pero no me queda más remedio que asumirlo y seguir adelante. Si tú hubieras podido perdonarme, quizá...

—Te perdono —susurró Ingo, alzando la mano hacia él—. Te perdono, querido.

—¿Crees que soy tan estúpido como para no darme cuenta de que tratas de utilizar mi debilidad hacia ti en tu beneficio? ¡Qué manejable debo de parecerte si solo con una palabra puedes meterme en el bolsillo! Me has llamado «querido». Así es como te referías a mí en el pasado.

—Aún podemos arreglarlo. Todavía puede ser como antes. ¿Por qué crees que he venido solo, querido? Podría haberme plantado aquí con el Cuerpo de Vigilancia al completo, pero no lo he hecho.

—No me manipules, Arteaga ha impedido que vinieras acompañado. ¡No ha sido por gusto!

—Podría haber traído a mi tío, pero no lo he hecho por respeto a ti. Para poder hablar a solas —dijo Müller, limpiándose la sangre de la boca—. Iván no me importa, ¿no te das cuenta? Solo quería ponerte celoso. Él no te llega ni a la suela de las botas. Te quiero a ti. Él lo sabe, tú lo sabes y yo lo sé.

—No soy un simple. ¡Mientes! —gritó Mauro, a pesar de que su mirada mostraba que quería creer cada palabra.

—No me importa la verdad, la verdad no me ha ayudado en nada

durante estos años separados. —Ingo trataba de convencerlo a toda costa. Hacía un esfuerzo sobrehumano de mantenerse consciente y presionar las heridas al mismo tiempo, pero sabía que tenía un pie en la tumba—. Te quiero, Mauro, Cyril o como quiera que te llames. No me importa quién hayas sido, sino quién eres ahora. No importa lo que hayas hecho. Te lo perdono todo, querido.

—¡Pruébalo! —insistió Mauro, cada vez con menos convencimiento.

Ingo Müller se arrastró hasta él y, con escasa energía, trepó lo bastante como para besarlo en la boca. Fue un beso corto pero lleno de urgencia, por diferentes motivos para cada uno de ellos. Para Mauro era el culmen de los sentimientos callados, de la espera eterna; para Ingo, sin embargo, era la diferencia entre la vida y la muerte, la oportunidad de escapar.

—No he vuelto a dejar que nadie ponga su boca sobre mi cuerpo —le susurró Ingo—. Nadie.

Mauro de Ares contuvo el aliento. Algo dentro de él le gritaba que Ingo decía la verdad. No consideró que el trauma hubiera causado aquella terrible confesión, prefirió pensar que lo amaba tanto que no se había descubierto del todo con nadie más que con él. O quizá fuese su necesidad de volver a tenerlo, de volver a sentirse amado por alguien, la que empañó su buen juicio. Fuera lo que fuese, resultó suficiente como para que abriese la puerta del dormitorio y pidiese auxilio desde arriba. Tras alertar a los criados, se arrodilló junto a Müller, le presionó la mayor de las heridas, y le tomó la cara ensangrentada y trémula.

—Lo siento, lo siento tanto, mi amor. Estoy harto de mentir. Es tan agotador... Yo no quería todo esto. Madre siempre dice que el amor es para quienes no tienen clase ni educación, pero se equivoca. ¡Cuánto he hecho yo por tener verdadero afecto, cuánto! —soltó Mauro en un ataque de sinceridad descontrolada, provocado por el miedo a perderlo para siempre.

Ingo Müller se sintió a punto de desvanecer cuando Mauro lloró sobre él, pidiéndole que no se muriera, que se quedara con él. También le habló sin descanso para evitar que se desmayase, mientras las doncellas entraban en el dormitorio, alarmadas por los gritos, y corrían de nuevo escaleras abajo solicitando que alguien

enviase a un médico. Le habló de su juventud torcida y viciada. De sus tutores ancianos y poderosos. Llegó más allá, y, mientras acunaba a Ingo entre sus brazos, le habló de un crucero por el Mediterráneo y del hombre al cual se había entregado únicamente por amor, seis años antes.

Mauro de Ares, el verdadero, era alto, moreno y de ojos oscuros. A sus veintinueve años, el único heredero de una gran fortuna portuguesa se rio con ganas al escuchar los planes de futuro de Cyril. Él tenía intención de disfrutar del viaje, y tan pronto pusiera un pie en Oporto, se casaría con quien se debía casar y tendría la descendencia que había prometido tener. A Cyril se le rompió el corazón aquella misma noche. Despertó a su amante de madrugada con la idea de pasar un último momento de pasión en la cubierta del vapor. Apoyado en la barandilla, un Mauro de Ares aún medio dormido observó a Cyril arrodillarse ante él.

Cyril Todd no planeó lo que ocurrió después; simplemente, en el momento del clímax, levantó los pies de Mauro y lo vio caer al mar. El barco siguió adelante y pronto su cuerpo desapareció en las profundidades del Mediterráneo. En su pavor por perder definitivamente al amor de su vida, Cyril Todd continuó relatando, le hablaba a Ingo, le pedía que no cerrase los ojos, que se quedase con él. Le contaba lo sencillo que había resultado impostar a un Mauro de Ares alejado de Portugal desde niño y la bienvenida de los abogados del difunto padre, que pusieron a su nombre todo cuanto el hombre poseía. Cyril consideró que la suerte estaba de su lado, porque de no estarlo, esos mismos abogados recordarían la fisonomía del heredero pese a los años transcurridos, o cuestionarían el uso del inglés para comunicarse. Cyril solo mencionó que hacía tanto tiempo que no practicaba el portugués, que había acabado por olvidarlo. Y la aleatoria suerte estuvo entonces de su lado.

Ingo Müller, con sus últimas fuerzas, pidió agua con un hilo de voz y Cyril se incorporó para correr hasta el escritorio. Si aquel sorbo era lo último que podía darle, lo sacaría del mismísimo barranco si era preciso. En la antigua casa de la familia Castro Caubín, en el Barranco Alonso, se escuchó un disparo ensordecedor justo en el

momento en el que Asier Ochoa e Iván Rubio descendían del coche que los había llevado a toda prisa hasta Las Medianías de Gran Canaria. Y la vida se escapó por la ventana de la planta alta.

EPÍLOGO

Me gusta el rumor de las olas por la mañana y el olor a maresía. También el café recién hecho y el trasiego de gente en la casa. Ermelinda y Rosario canturrean a veces mientras cocinan, y mi madre postiza maldice si se tiene que agachar a recoger algo que se le ha caído.

Mi tío respira melancolía siempre que se sienta solo en la terraza, a pesar de que finge muy bien sonreír. Puede que se arrepienta de no haberme contado nunca la verdad, que se reproche haberse callado un secreto tan grande.

Mamá se angustia con facilidad si la casa está en silencio. Revisa que las puertas y las ventanas estén cerradas, como si temiera que un ejército fuese a traspasar el umbral y acabar con todos. Contiene el aliento cuando escucha mi nombre y, a veces, hasta las lágrimas.

En cuanto a Iván, ha decidido mudarse a la Casa Brown y abandonar la pequeña habitación en el centro. Todo su tiempo lo dedica a investigar sin descanso, y hasta ha llegado a formar equipo con los dos inútiles que tiene por compañeros. De noche, cuando todo está en calma, toma un baño en la playa y se hunde entero; y sé que llora, aunque yo no pueda verlo.

Pensar que has estado a punto de morir es lo que tiene, enternece y asusta por igual a las personas que te aprecian, que te necesitan en su lado.

Yo, por mi parte, he decidido abandonar el Cuerpo de Vigilancia. Aún me repongo de mis heridas, sobre todo de las que no se ven. Leo mucho, escribo algo y pienso en lo que quiero hacer con mi vida. Dejar este mundo, aunque fuese momentáneamente, ha sido raro y revelador. Ahora veo cosas que antes no percibía. Todavía me esfuerzo por entenderlo, pero al menos he conseguido no correr despavorido a la primera visión.

Papá fuma siempre un habano en el estudio y sonríe cada vez que mamá cruza la estancia, la sigue con la mirada como si no pudiera evitarlo. El viejo señor García, nuestro jardinero, fallecido diez años atrás, continúa cuidando con mimo las flores del jardín. Incluso los

jóvenes Brown, que perecieron de tuberculosis antes de poder mudarse a esta casa, están aquí.

He escuchado que uno se queda junto a aquello que ha amado, e imagino que ese es el motivo de que todos ellos sigan entre estas paredes.

Él también está, aunque no sea su apego por la Casa Brown lo que lo mantenga cerca. Nunca lo miro de frente, aunque puedo captar su imagen por el rabillo del ojo. Siempre viste chaqueta azul marino y pantalones claros, y me busca con sus ojos azules, como si anhelase encontrar los míos. No le doy la oportunidad; actúo como si no existiese, como si, desde mi lado, el de los vivos, no percibiese su cercanía.

Cyril insiste, rompe cosas, apaga las luces o las vuelve a encender, solo con el ánimo de llamar mi atención. Es como un niño caprichoso en medio de un berrinche, ansioso de que ceda a sus deseos. Pero no lo escucho, él no merece sino el olvido. Seguirá aquí por toda la eternidad, eso sí puedo aseverarlo, nadie tan oscuro y tenaz se da por vencido. Cuando mi tío, mi madre, Iván o yo desaparezcamos para siempre, cuando nos reunamos con quién quiera que sea el creador de todo esto, Cyril se mantendrá aquí. Es su prerrogativa. Continuará exigente, voraz, decadente y solo por el fin de los tiempos.

Este libro ha sido editado con el pulso del pasado y los secretos que guardan las calles de Gran Canaria.

Gracias por haber elegido estas páginas como compañía; tu lectura da vida a nuestro pequeño proyecto lleno de amor por los libros.

El Sauzal, Tenerife,
2026

UNIÓN CONS

DE «ESPAÑA»

EL CRIMEN DE LA CLOACA

Octubre 1.°

Mas declaraciones

Han declarado ó declaran pronto según nuestras noticias, testigos de alguna importancia, que vendrán seguramente á aumentar los cargos que existen contra algunos de los procesados ó al menos á confirmar los que ya existen en el sumario.

No podemos hoy dar detalles, porque no queremos dificultar las gestiones del Juzgado. De las declaraciones de que nos hemos enterado faltan muchas cifras que comprobar y por lo mismo no podemos dar de ellas sino una ligera noticia. Otro día las detallaremos si nos es posible.

Se ha averiguado que el individuo llamado Cirilo, citado en su declaración por el testigo D. M. del Rosario no usaba nunca la «macana» canaria, ni instrumento alguno cortante, ni mucho menos armas. Pues bien, nuevos testigos han declarado que el tal Cirilo llevaba frecuentemente una «macana» colgada por una correa de la muñeca de las manos y que también, cual si fuese un bastón, la llevaba muchas veces, bajo el brazo. Estos testigos vienen á confirmar la verdad lo que se refiere a *Cirilo Food*, pues el vapor en que viajó venía consignado á la «Grand Canary» y todos los libros y registros de aquella fecha fueron destruidos por el fuego de principios de este año, No así el del *Capt. Proud*. Al oficio dirigido por el Juzgado á la Compañía de correos interinsulares, ha contestado D. Rosendo Ramos, según nuestras noticias que creemos exactas, manifestando que en efecto, en las listas del *Viera y Clavijo* del 6 de Febrero de 1899, figura el pasajero *Capt. Proud*, y como comprobación remite el billete de 1.ª clase expendido en Sta Cruz de Tenerife.

¿En este el nombre de la víctima del crimen de la cloaca?

Una declaración

Un testigo.—Ha declarado el testigo que [illegible]

∴

Existen también otras tres declar importantes y de ellas damos noticia tinuación.

Un testigo.—Conoció á un Cirilo, te de uno de los procesados con qu bló por cuestiones de intereses, e pendientes entre aquel y un herma declarante. Un día por dichas cue fué á la casa del Gonzalez y este le de mal modo amenasándole con un cana».

Al testigo se enseñó, según nuestr cias la «macana» encontrada en la let la casa de la rinconada y al parecer noció.

Otro testigo.—Era amigo del Faustina. Llamábase José Romero y le anunció su viaje á América, obsequ le con cerveza, según creemos. Le que con motivo de las quintas se iba sin pasaje, en uno de los vapores qu ban por este puerto. El testigo le ma que se exponía á que el capitán del le mandara á la barra.—¿Y mí? cont Romero. No va á la barra quien tien y enseñó una cartera con billetes de

¿Se averiguará el nombre?

Hace varios días, dijimos que Rosario Ruano, recuerda que el joven inglés á que hace referencia y que visitaba á los señores Stewart, se llamaba *Mr. Floux*, ó cosa parecida. El nombre lo tomamos nosotros al oido, y anoche, un colega había de lo mismo añadiendo que ese apellido es muy parecido á *Faulkes ó Flook*. Pero lo importante es lo que añade. En Enero de 1900, siete ú ocho meses después de cometido el crimen, se recibió un paquete postal dirigido á *L. G. Flouler, Hotel Metropole*, paquete que fué entregado, y esto nos extraña, á un mozo del citado hotel, por no encontrarse ya allí, la persona á quien iba dirigido,

También hemos dicho nosotros que Manuel Vera había de un inglés que cree se llamaba *Mr. Flook*, hospedado primero en el *Metropole* y más tarde en el *Hotel Europa*, inglés que desapareció de pronto y no volvió á ver.

¡El *Mr. Floux* de Rosario Ruano, será el *Mr Flooh* de Manuel Vera, y ambos el *Mr. Flouler* cuyo nombre aparecia escrito en el paquete postal, entregado á un sirviente del «Metropole».

A fin de dar cabida á una interesante información sobre *El crimen de la cloaca*, suspendemos por hoy la publicación del folletín.

La huelgas de carpintero de ribera de Las Palmas, se ha solucionado por haber aceptado los patronos la jornada de ocho horas diarias.

Recusado como Juez especial del Crimen de la Cloaca, como ya saben nuestros lectores, el dignísimo magistrado D. Alberto Ripoll, por el abogado de uno de los procesados D. José Romero, fué designado para aquel cargo el no menos digno Magistrado D. Mariano Cano, que ha sido también recusado por el mismo Sr. Romero Quevedo.

En su virtud, la Audiencia ha nombrado al magistrado D. Miguel Berriz.

¿Qué pasa?

¿Qué propósitos se persiguen?

Dia 4

El perro «Rafh»

Perteneció á la víctima de la cloaca: eso está demostrado plenamente y nadie, por lo mismo, lo pone en duda.

Pero ¿porqué siguió á la tartana que conducía á Teror á unos cuantos amigos de la familia de D. Juan Jimenez? ¿Porqué el perro abandonado y sin amo, no continuó vagando por los alrededores de la cloaca, donde se habia enterrado á la víctima del crimen?

Si el muerto fué el joven inglés que se hospedó en el «Hotel Europa», el amigo íntimo de José Romero, que con tanta frecuencia visitaba la tienda de bebidas de María Ramirez, podria preguntarse ¿la tartana que el dia 3 ó 4 de Junio de 1899, condujo á Teror á los amigos del Sr. Jimenez, era la de José Romero?



ojos humanos.

Así se hizo y en aquella cañería se rrojó el perro olfateando y dando ullidos lastimeros; y como animal ue lleva rastro, salió fuera, recorrió los alrededores de la cloaca, lió delante de las casas de D. José Caballero, donde hace algún tiempo e notaron regueros de sangre, demostrando temor y miedo al llegar al itio de la calle de Domingo J. Navaro, conocido por *La Pianada*, cuyo ugar se encuentra hoy cubierto de scombros y que hace más de un ño estaba lleno de cajones vacios.

El perro ha sido fotografiado para emitir el retrato á las autoridades de os pueblos de estas islas, como isimismo al Gobierno inglés, en averiguación de si el amo del animal ive y quién es, ó si en realidad el erro ha pertenecido á la víctima del rimen misterioso que se supone conectido en la calle de Triana de Las almas.

SUCESOS

A la una de la mañana del sábado, hubo en Las Palmas un conato de incendio en el almacén de la casa que en la calle de Viera y Clavijo posee D. Lorenzo Jiménez.

El fuego fué sofocado á los pocos momentos.

∴

Se ha dictado auto de libertad provisional, por el Juez especial del sumario del *Crimen de la cloaca*, á favor del sereno Pedro Alemán, de Juan Romero, y de los sirvientes de Victoriano Barreto, Carlos Quintana y la mujer llamada Dolores, presos desde el año anterior.

El Juez Sr. Peuichet estuvo con el doctor D. Luis Millares examinando el esqueleto de la víctima de la cloaca, que se halla en el Museo Canario.

Manuel Cabral.—De algo de lo dicho por este testigo tienen noticia nuestros lectores. El 31 de Mayo de 1899, al pasar por la calle de Triaca sorprendióle la abundante sangre que manchaba la acera frente á la casa de Grand Canary hasta la esquina de Mr. Gerber. Observó también la presencia de un perro ahullando sobre la cloaca, y además unas huellas de sangre que dejaban marcados sobre la acera unos pies desnudos. Dichas huellas partían de la esquina de Buenos Aires y trazaban una diagonal en la acera perdiéndose en el estadal ó borde, frente á la casa de los Sres. Caballero, como si aquel individuo hubiera pasado á la acera de enfrente. Haciendo estas observaciones y cálculos pasó junto á él un jóven que le dijo:—«¡No es nada, amiguito; borracheras; nada más que borracheras!» joven que dijo ser un tartanero, llamado José Romero, hijo de la procesada Faustina.

El testigo reconoció al perro *Rafh* como el perro de la cloaca.

Rosario Ruano.—Es la criada de Mrs. Stewart y de sus declaraciones tienen noticias nuestros lectores. De nuevo ha sido llamada ante el juzgado insistiendo en todo lo que tiene manifestado Reconoció el perro *Rafh* con el cual jugaba ella en el jardín de la casa de las Alcaravaneras mientras el joven inglés visitaba á sus amos. Añade que durante una temporada, al venir ella á la plaza en el tranvía de las 8, en el mismo tren regresaba, al parecer del baño porque le veía con una pequeña maleta y una toballa, el joven inglés quien bajaba frente al *Hotel Europa* entrando en dicha fonda. Según nuestras noticias esta testigo ha dado noticia del cocinero al que enseñó á hacer pudines. La Ruano habla también de valiosas anillos que lucía el inglés en los dedos.

También se ordenó, aunque sin resultado satisfactorio, que un guardia llevase el perro á todos los hoteles y fondas de Tafira, del Monte y de aquella población, con objeto de saber á quien pertenece ó ha pertenecido dicho animal; dándose el caso por demás raro, de que, de existir el dueño, no haya reclamado aquel cadrúpedo, cuyo valor se hace ascender de catorce á quince libras esterlinas. Solamente un comisionista que se encuentra en el hotel *Cuatro Naciones* y los empleados del *Metrópole*, dicen que recuerdan haber visto el perro hace año y medio, acompañado de un inglés.

—El cadáver de la cloaca—

CRIMEN MISTERIOSO

A lo menos, esto se deduce de lo que dice la prensa de Las Palmas al ocuparse del cadaver encontrado en la cloaca de la calle de San Telmo de dicha ciudad.

De este misterioso suceso dimos cuenta á los lectores de UNIÓN CONSERVADORA en la edición 243; en ella dijimos que los vecinos del sitio donde fueron descubiertos los restos humanos, hacían memoria de que en los primeros días de Junio

